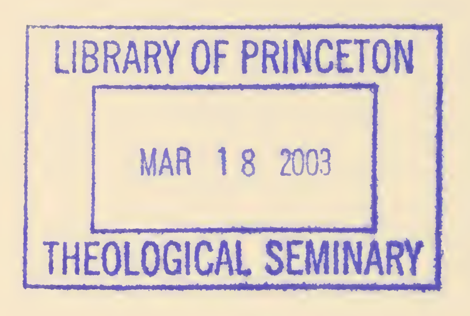
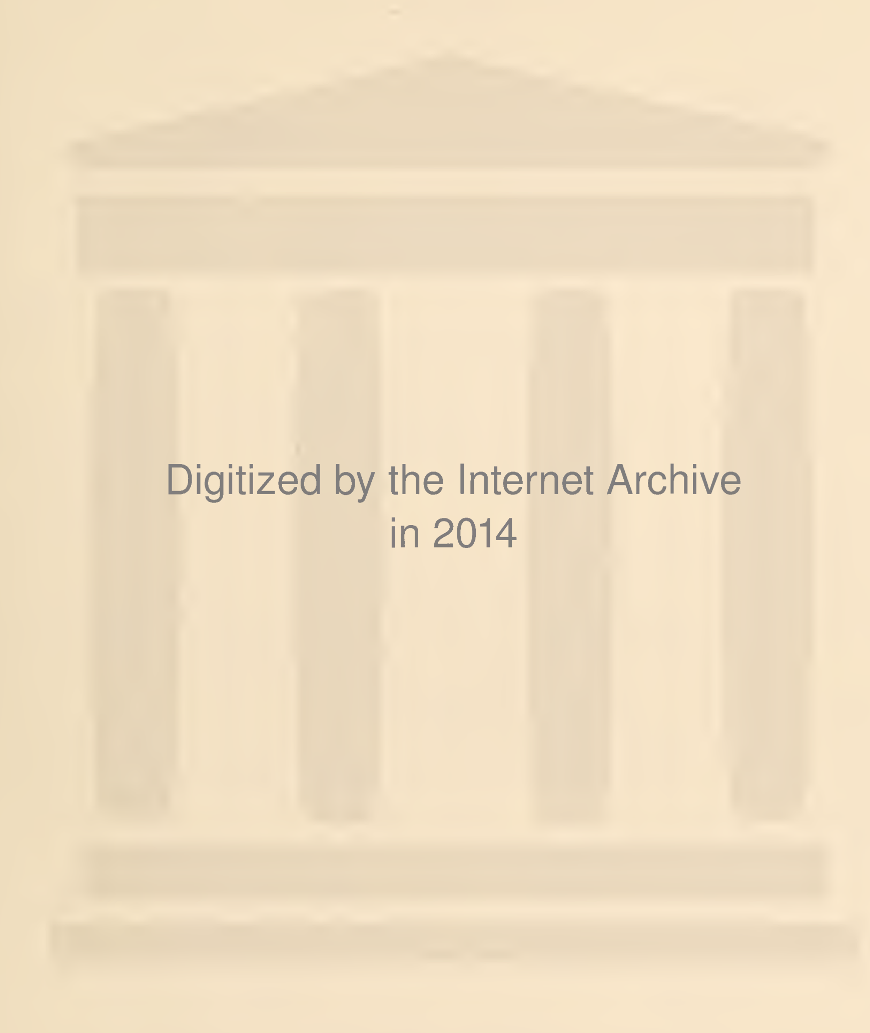



LIBRARY OF PRINCETON
MAR 18 2003
THEOLOGICAL SEMINARY



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA JAVERIANA - BOGOTÁ

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

El Problema Religioso en la Moderna Novela Española

Tesis de Grado presentada para optar al Título de Doctor en Filosofía y Letras

Madre María Luisa Negueruela Escribano A. C. I.

Presidente de Tesis: Dr. Francisco Gil Tovar

Bogotá, febrero de 1961

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA JAVERIANA – BOGOTÁ
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

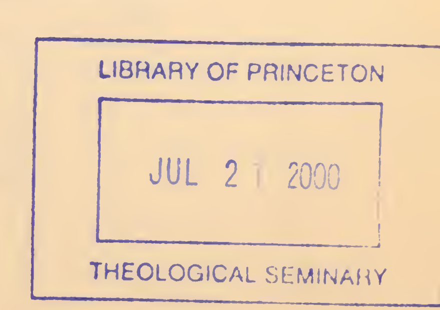
El Problema Religioso en la Moderna Novela Española

Tesis de Grado presentada para optar al Título de Doctor en Filosofía y Letras

MADRE MARIA LUISA NEGUERUELA ESCRIBANO
A. C. I.

PRESIDENTE DE TESIS: DR. FRANCISCO GIL TOVAR

Bogotá, febrero de 1961



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Bogotá, D. E.

—

Bogotá D. E., agosto 29 de 1960.

Ilustrísimo Monseñor
JOSE RESTREPO POSADA
Canciller del Arzobispado
Ciudad.

Ilustrísimo Señor:

Como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana, me ha correspondido dirigir y juzgar la Tesis de grado de la Madre María Luisa Negueruela Escribano, A. C. I., cuyo título es: "El Problema Religioso en la Moderna Novela Española".

Puedo certificar que dicha Tesis de grado está dentro de la plena ortodoxia y no tiene ninguna idea menos correcta en cuanto a fe y costumbres.

Solicito respetuosamente de Su Señoría la aprobación eclesiástica de dicha Tesis, para proceder a su impresión.

José Rafael Arboleda, S. J.
Decano

Con licencia Eclesiástica

José Restrepo Posada
Canc.

Rector de la Universidad:

R. P. JESÚS EMILIO RAMIREZ, S. J.

Decano de la Facultad:

R. P. JOSE RAFAEL ARBOLEDA, S. J.

Secretario General:

DR. GONZALO PANESSO JARAMILLO

Secretario de la Facultad:

DR. VICENTE CASTELLANOS PEÑA

Presidente de Tesis:

DR. FRANCISCO GIL TOVAR

Consejo de Examinadores:

R. P. FELIX RESTREPO, S. J.

DR. JOSEP DE RECASENS

DR. CARLOS LÓPEZ NARVAEZ

ARTICULO 23 DE LA RESOLUCION N.º 13
DEL MES DE JULIO DE 1946:

"La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales; antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia".

Puede imprimirse

José Rafael Arboleda
Decano

Bogotá, 10 de septiembre de 1960,

Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras
Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá.

Señor Decano:

Detenidamente he leído la tesis para optar al doctorado en Filosofía y Letras por parte de la Madre María Luisa Negueruela, después de haber seguido de cerca los trabajos preliminares de la autora en torno del problema religioso en la novelística española de los siglos XIX y XX.

La tesis de la Madre Negueruela es dificultosa por lo delicada, pues ha debido someterse al carácter objetivo exigible a todo trabajo universitario de este tipo en circunstancias en que tal objetividad puede ser ella misma objetable. La autora — nacida y formada en una de las regiones más tradicionalistas, católicas y clericales de España, perteneciente a una Orden religiosa y largo tiempo dedicada a la enseñanza en un colegio de rancio prestigio por su exigencia en orden a la formación espiritual — ha debido compenetrarse, seguramente por vez primera, con los problemas que plantean una serie de obras entre las cuales hay varias no ya solamente dudosas, sino abiertamente opuestas a todo aquello a que la Madre María Luisa se entregó por vocación.

El hecho de someterse a la objetividad en materia religiosa creo que ya puede considerarse difícil; más aún cuando se le exige tal sometimiento a una religiosa, la cual ha de enfrentarse a obras que evidencian un carácter subjetivo al tocar los mismos problemas.

Reconozco que al exigir desde el primer momento la máxima objetividad y serenidad a la graduanda al tiempo que le exigía leer buen número de novelas caracterizadas por su actitud anticlerical, colocaba a la Madre Negueruela en un plano de inferioridad respecto de una posible polémica. Y una tesis, en mi opinión, si realmente lo es, es una oferta a lo polémico.

Este trabajo confronta un problema vivo en la Literatura espa-

ñola. De su vigencia se deduce también su especial interés, pues ella lo coloca en un terreno más delicado que el que pisan otros trabajos de graduación, investigaciones serenas sobre cuestiones invigentes y por ello tal vez indiferentes a las conclusiones a que se llegue.

Y tiene vigencia y carácter polémico esta tesis, porque está montada sobre algo que generalmente mueve a pasión a cualquier español y, por tanto, a cualquier novelista español sea cual fuere la actitud — nunca fría — que tome ante lo religioso; porque lo religioso, y en esto parecen estar todos de acuerdo, ha vertebrado a lo largo de la Historia el carácter del pueblo español. Otras Literaturas occidentales podrán mantenerse largo tiempo al margen de cuestiones religiosas: la española, no. La española suele ser, en torno de este problema, literatura de compromiso: "quien no está conmigo está contra mí".

La presente tesis punza, pues, zonas delicadas y la Madre María Luisa ha sabido tocarlas con comprensión extraña y casi sorprendente. Concluye de sus observaciones y notas en torno a una veintena de obras significativas, que en ningún caso el novelista español está ausente de lo religioso, pues en el fondo incluso su anticlericalismo, cuando lo hay, puede probar una pasión religiosa. Llega también a la conclusión de que existe gran indigencia cultural, en lo que a ese problema se refiere, entre los novelistas estudiados: "quitados los ataques y exabruptos contra la Iglesia y sus instituciones, no hay nada original en doctrina o en herejías". Y no oculta las deficiencias de la Iglesia española en tiempo anterior, que hicieron fáciles las actitudes de ciertos escritores.

En términos generales, la tesis, dadas sus dificultades de fondo, me parece trabajo positivo y serio. Es, además, clara y elaborada sobre una bibliografía de alta calidad. Aporta conclusiones concretas y ofrece puntos de vista personales. Creo por tanto que reúne todas las condiciones exigibles a un trabajo de esta clase y que muestra la capacidad universitaria de su autora por su constancia al investigar, por su claridad de juicio y por la manera de enfocar los problemas.

Del señor Decano muy atentamente

F. Gil Tovar

A mis queridos padres y a mi amado Instituto con filial y agradecido afecto.

Capítulo I

LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX: SU ESPIRITU

Breve idea de la historia del siglo: el avance liberal. Reacciones absolutistas. La influencia francesa posterior a la guerra de la independencia.

Los primeros planos de una película suelen colocarnos dentro del ambiente que se va a desarrollar el argumento del film y hasta contienen en germen los problemas que se plantearán. También los pintores en sus cuadros acostumbran a dar, antes que nada, unos brochazos al fondo a fin de crear una situación que envolviendo las figuras les preste sus matices y resulte un conjunto armónico.

Por eso, en asunto tan delicado como puede ser el estudiar unos novelistas en su aspecto religioso, me ha parecido imprescindible describir, en primer lugar la época en que crearon su obra, o sea, "situarlos en la corriente de la vida", para que estas tintas den la precisa situación y suavicen, al mismo tiempo, algunos tonos que tal vez aislados quedarían demasiado chillones. No creo que con ello sea deformada la realidad, ya que no se apagan o acentúan los colores, sino que se coloca cada uno en su lugar e intensidad.

Pues todo hombre vive comprometido en su mundo histórico y para descubrirle y comprender su sentido auténtico no se le puede estudiar desligado de cuanto le rodea. Aun cuando cada uno tenga más relación con determinados aspectos de la vida, con aquello que más le preocupó en su paso por ella.

* * *

A este siglo se le ha llamado de las luces, pero quedaría mejor calificado entre nosotros como "siglo de las tinieblas". Esa es la impresión que produce España caminando a trompicones y alargando palos de ciego a diestro y siniestro sin acertar con su destino.

Hay dos épocas que aborrece todo estudiante en la Historia de España, más que por elevados motivos de patriotismo por el quehacer que han dado a su memoria: una es la interminable sucesión de reyes visigodos; la otra la vorágine del siglo XIX: en cada página se encuentran nuevos personajes, ministros, generales, revolucionarios, motines, pronunciamientos, cambios de régimen, ahora mandan los de un lado, ahora los del otro, ya los de en medio. De esta forma empezamos a comprender que era un siglo azaroso y también poco halagador a nuestro patriotismo encendido en las páginas anteriores. Aquello era como el final de una novela que acaba mal.

Nadie niega talentos a la época, ni anhelos de perfección, ni menos aún, bríos, pero cada uno tenía su punto de vista y a él tanto más se aferraba cuanto más se veía combatido.

Dicen que cada español es un líder y por eso poco manejable. Creo que es más acertado lo de su actitud de integración ante los problemas de la vida que se traduce en un dogmatismo inquebrantable. El español cree en sus ideas y está entregado y comprometido en ellas, con el corazón y la inteligencia. Puesto a ser católico, dará su vida por defender sus dogmas. A falta de esto, podrá trasladar su fe a un partido político y convertirse en un intolerante liberal, como en los órdenes menores de la vida ser intolerante defensor de tal torero, tal jugador de fútbol o de tal marca de automóvil. Por ahí se ve que donde reside su mayor virtud está también su mayor defecto.

Lo característico del siglo XIX y parte del XX es la constante línea divisoria entre lo que se ha llamado las dos Españas: a un lado, dogmáticos del lado derecho, aferrados al pasado, ciegos con el presente, sin acertar a recoger el oro de aquellos siglos dejando la escoria y aliarlo con las ideas nuevas, pero sanas, de sus enemigos de enfrente. Al otro, los dogmáticos de la izquierda, en cuyo estrecho campo de conciencia sólo se daba cabida a la última filosofía revolucionaria que circulase por Europa, todo lo del pasado era tinieblas y esclavitud. Lástima de energías y valores humanos derrochados en atormentar el país mientras pretenden levantarlo, y en abrir más cada vez el abismo entre los españoles.

España en el siglo XVI había llegado a la plenitud de su unidad religiosa y al cenit de su gloria. Es lógico que a toda costa quisiera conservar esta unidad que tanto sacrificio y sangre habían costado: siete largos siglos de lucha con los árabes, la expulsión de judíos, de moriscos, el tribunal de la Inquisición. Todo esto significan har-

tas amarguras, pues es mucho más agradable dar a todo el mundo la razón; dejar las tierras yermas, sin brazos que las cultiven, perder talentos relevantes y hacer acopio abundante de odios a su alrededor. No le bastó el teritorio nacional a su vocación misionera y lanzó a sus hijos a otro continente para evangelizarlo y, en empresa calificada después de quijotesca, se arruinó de oro y de la sangre de sus hijos por la unidad religiosa de Europa. Para muchos éste fue su mayor pecado, ya que como pueblo de frontera con otra cultura, sólo debía servir de baluarte contra el invasor sin esperanzas de recompensa. Pero España, la exótica semiagarena, cumplida su misión, pretendió inmiscuirse en los destinos de Europa, imponerle su manera de pensar, su fe, y sólo conquistó antipatías (2).

Es que había entregado ya su alma al ideal de la religión y si la dinastía austríaca, siendo extranjera, arraigó tan profundamente en la tierra española fue porque iba a una con los sentimientos de la nación y en su concepción se realizaban sus más íntimos anhelos: El Rey era el Representante de Dios y aparecía como investido de la autoridad divina.

Este es el único motivo por el que se le rendía acatamiento, pues como hombre nada más, dice el refrán popular castellano: de hombre a hombre va muy poco. El Rey, debe ser el primer servidor del Estado, el primer cumplidor de las leyes, y éstas, como venidas de Dios, han de ser justas, que de otro modo, como de ilegítima ascendencia, no obligarían. El mismo fin del Estado es el servicio de Dios en primer lugar y hasta pide la colaboración de la Iglesia en la consecución de este fin (3). Tal es la concepción del Estado-Iglesia del siglo XVI. Porque el español lo ve todo bajo luz de eternidad y queriendo apoyar sus instituciones sobre la base más estable y universal, no encuentra otra mejor que la religión.

También la monarquía austríaca era un símbolo, el símbolo de la nación. Aquí entra el otro rasgo del carácter español que se balancea con el anterior: su individualismo, su sensibilidad por los valores personales, su afán de encarnar las ideas abstractas en personas concretas de carne y hueso, y su monarquía, en los Austrias (4).

Pero los asuntos económicos van de mal en peor; falta dinero, falta gente, sobra cansancio y van a empezar las discrepancias en cuanto se pierda el sentido de autoridad y de jerarquía que todavía une a los españoles en el siglo XVII.

En 1700 muere el último Austria, el Augústulo de la raza como le ha llamado Donoso Cortés, y sube al trono nueva dinastía, la de

los Borbones. Por de pronto se sucede un nuevo concepto de monarquía que no encaja tan bien como el anterior en el carácter español; Rey-amo, o sea tipo Rey Sol, un hombre-rey; ya no es el representante de Dios, y las leyes son expresión de su mera voluntad en lugar de venir de más arriba. Es el despotismo del Estado.

Los legisladores de la antigüedad, a fin de superar el constante peligro de disgregación a que puede conducir el individualismo de la raza, organizaron el reino dando las mayores libertades a los municipios, gremios, intendencias de justicia. Por otra parte formaban un conjunto armónico trabajando de manera coordinada por el bien común del Estado.

Los nuevos gobernantes, cortados según el patrón de las Cortes de Versalles, se pierden en la multiplicidad de nuestras instituciones, fueros y privilegios y empiezan a centralizar los organismos y con ello el despotismo llevado a la administración.

Menéndez y Pelayo describe amargamente el advenimiento de la nueva dinastía francesa:

> "Estos tiempos vieron desalojar a nuestro ejército unos tras otros los presidios y fortalezas de Milán, de Nápoles, de Sicilia y de los países Bajos, y vieron, sobre todo, con lágrimas de indignación y de vergüenza, flotar en Menorca y en Gibraltar el pabellón de Inglaterra. ¡Jamás vinieron sobre nuestra raza mayores afrentas!
> Generales extranjeros guiaban siempre nuestros ejércitos y una plaga de aventureros, arbitristas, abates, cortesanas y lacayos franceses, irlandeses e italianos caían sobre España como una nube de langosta para acabarnos de saquear y empobrecer en son de reformar nuestra hacienda y civilizarnos. A cambio de un poco de bienestar material, que sólo se alcanzó después de tres reinados, ¡cuánto padecieron en la nueva dinastía el carácter y la dignidad nacionales! ¡Cuánto la lengua! ¡Cuánto la genuina dignidad española, la tradición del saber de nuestros Padres! ¡Cuánto su vieja libertad cristiana, ahogada por la centralización administrativa! ¡Cuánto la misma Iglesia, herida de soslayo pero a mansalva por un rastrero GALICANISMO y por el REGALISMO de serviles leguleyos que, en nombre del Rey iban despejando los caminos de la revolución" (5).

No faltaban hombres, como Forner, Capmany, sobre todo Jovella-

nos, que, aún reconociendo la necesidad de algunas reformas en las antiguas instituciones, adivinaron los peligros que pueden traer innovaciones intempestivas "queriendo producir artificialmente la revolución". Era una minoría entre las clases altas las que comulgaban con las nuevas ideas. En el pueblo, aún no habían madurado éstas, y a pesar de yacer como en la inercia y en lamentable abandono, seguía conservando latente el viejo espíritu de la tradición española.

Bastó que en 1808 viese hollado junto con el suelo patrio sus más íntimas convicciones, para que, despertando de su letargo, se alzase contra el invasor y al grito de "¡Viva el rey!, ¡viva la Religión!" los arrojase de la Península. No fueron sus lemas de combate: libertad, igualdad y fraternidad que tanto enardecían en las tertulias del café a los admiradores de la Revolución francesa, tan poco escrupulosos en entregar su patria al nuevo rey impuesto por Napoleón.

A la luz de la gesta nacional, pareció renacer la esperanza de todos en una nueva época de rectitud y justicia. Estos anhelos cristalizaron en la convocatoria de unas Cortes que legislara para un porvenir venturoso. Se percibía cierta añoranza de las antiguas cortes de Castilla, o quizá un deseo vago de una especie de Parlamento inglés o Convención francesa.

Hay que reconocer las buenas intenciones de muchos de los reunidos, al mismo tiempo que su inexperiencia de lo que era un régimen representativo, de ahí procedieron algunas irregularidades.

Así dice Menéndez y Pelayo: hablando de estas Cortes, hubiera sido un sueño que "después de un siglo de absolutismo glorioso y de política extranjera, aunque grande y de otro de absolutismo inepto que nos había hecho perder hasta la memoria de nuestra antigua organización política iban a asemejarse en algo aquellas Cortes a las de Castilla" (6). No lo daba ya de sí el ambiente ni la formación intelectual de los asambleístas. Y ocurría que, mientras la masa del pueblo moría por defender lo más sagrado del alma nacional, trabajaban las famosas Cortes de Cádiz, en nombre de este mismo pueblo, por dar forma en una Constitución, que había de regir al país en adelante, a todas las ideas de la Revolución Francesa.

Antes he mencionado a Jovellanos como uno de los pocos hombres que vieron claramente dónde conduciría la Revolución Francesa implantada en España. En 1808 escribe a Holland su deseo de que el espíritu tradicional presida las Cortes y huyan del triste ejemplo dado por Francia.

En otra carta al mismo, manifiesta su admiración por la antigua legislación de los Reinos de Castilla y León y se muestra con-

vencido que las Cortes serán muy distintas de las francesas: "No nos olvidemos más de lo que fuimos, ni dudemos aún de lo que somos, y no injuriemos a la libertad y gravedad españolas comparándolas con la liviandad e inconstancia francesas" (7).

Persuadido del valor de las venerables leyes españolas, afirma que la Junta Central no tiene derecho a destruir la antigua Constitución, sino, solamente a restablecer lo perdido y a modificar aquellos puntos que se vea han de ser más saludables a la nación.

El establecimiento de la libertad de opinión le parece un arma de dos filos y una medida precipitada, y sólo se conjurarían sus peligros si coexiste esta libertad con una buena Constitución. No encuentra a España madura para ello.

La soberanía popular en una nación como España, netamente monárquica, es, en su oponión, una herejía política: Toda la soberanía reside en el Rey, otra cosa sería degradarle (8).

Pero Jovellanos, uno de los hombres que mejor hubiera podido orientar a los procuradores de Cádiz para la restauración de un régimen representativo según la Constitución histórica interna española, falleció en 1811, sin llegar a entrar en ellas.

La nueva Constitución entretejida de todas las utopías e idealizaciones de aquellos asiduos lectores de Rousseau, Voltaire y demás camarilla de la Enciclopedia, nació sin vida y completamente impopular, pero fue la bandera que cobijó a su sombra al partido que entonces se iniciaba de los liberales, estrechándose entonces, por reacción, las filas de los que aborrecían las novedades, sobre todo las que ofendían los sentimientos religiosos o monárquicos.

Fernando VII volvió de Francia aureolado con la mayor popularidad, era "El Deseado" de toda la nación. Pero no supo o no pudo aprovecharse de tan privilegiada posición arreglándose de tal manera que pronto se le iban a apartar hasta muchos de sus antes incondicionales. Por un lado, al rechazar de lleno la Constitución elaborada en su ausencia y perseguir sañudamente a sus fautores, se granjeó la enemiga en el campo liberal, pues, no se daba en su lugar otra legislación que satisfaciese los anhelos de mejoras políticas y sociales que corrían por este sector. Y más adelante, cuando pareció inclinarse a los antiguos afrancesados de ideas algo avanzadas, se le separó otro partido que agrupado en torno a su hermano Don Carlos, tomó entonces el nombre de "apostólicos".

Los liberales se entregaron con fervoroso entusiasmo a impo-

ner sus ideas, dándose una curiosa contradicción entre el fuego y pasión por defenderlas, con lo que las mismas ideas contenían: puro materialismo, egoísmo matemático según las mentes de Condillac, Destutt-Tracy, Benthan y algún otro por el estilo (9).

Este grupo era minoría, siempre lo fue, como después lo serán los radicales, republicanos, socialistas y otras facetas de la izquierda, y al verse insuficientes para llenar la mayoría nacional, tuvieron que ir a mendigar al sable la fuerza que les faltaba en las urnas o caminos democráticos.

La primera alianza fue con Riego (el himno de Riego ha "armonizado" después todas las revoluciones liberales) y este militar, movido por los hilos de las logias masónicas que, en último término, eran las maestras del tinglado, sublevó a las fuerzas que iban a embarcar para América a defender territorio nacional, y se apoderó del gobierno.

Aquí están retratados los "hidalgos secularizados" del liberalismo español como les han llamado, que se sienten conmovidos ante "los pueblos oprimidos por la esclavitud", hacen causa común con ellos y se declaran contra su misma patria denigrándola a coro con los extranjeros. A ver qué liberal francés o inglés, en pleno apogeo de estas teorías, clamó contra las conquistas de Africa o de la India y no se sintió satisfecho de la corona de emperador de su Rey (10).

En 1833 muere Fernando VII sin descendencia masculina y hereda el trono una niña de 3 años, Isabel. La regencia está en manos de la reina madre, doña María Cristina, que, por proteger el trono de su hija amenazado por su tío don Carlos y sus seguidores los "apostólicos", ahora carlistas, se apoya en los liberales moderados. Estos son los antiguos afrancesados del despotismo ilustrado aborrecidos igualmente por los de la extrema derecha y extrema izquierda o progresistas.

La guerra civil asola la nación y el Gobierno para atraerse los partidos de los extremos, promulga el Estatuto Real, bastante acertado en su contenido pero que resulta, para unos, demasiado atrasado, y para los otros muy avanzado, y lo que en 1812 tal vez hubiera resultado, ahora en 1834, no contenta a nadie.

En el año 1835, sobre tantos males de guerras civiles y contiendas, se añade la peste que diezma las ciudades. Es el momento que aprovechan los anticlericales junto con las logias para hacer correr el rumor que los frailes son los causantes del cólera por haber envenenado las aguas y se da por primera vez en España

el espectáculo de una plebe desaforada que invade los conventos a sangre y fuego cometiendo toda clase de salvajadas.

Entre tanto, los carlistas se iban apoderando del terreno y comienza a sentirse la intranquilidad en el Gobierno. Entonces a Mendizábal se le ocurrió una medida que iba a privar a la guerra de las simpatías de muchas gentes acomodadas: Puso en el mercado y vendió a ínfimo precio los bienes del clero secular y regular, saltándose por encima de la legislación vigente que reconocía el derecho de propiedad de la Iglesia, y declaró abolidas las órdenes monásticas. Este reparto casi gratuito hizo que muchos, ante el dilema de lo divino y lo humano se quedara con lo de tan mal modo poseído y se hicieran liberales. El Estado embolsó el dinero y la guerra carlista se terminó por entonces con el Convenio de Vergara (11).

Ante la debilidad del Gobierno que iba haciendo más y más concesiones aún contra su conciencia, se iba abriendo paso el avance progresista. Un golpe de Estado en 1841, y gracias a la espada de Espartero, sube al poder. Este general había escrito una página brillante en la campaña civil, ahora la iba a deslucir con una intromisión no tan gloriosa en la política.

Ahora pueden consagrarse plenamente los progresistas a sus planes de reformas y de progreso. Como siempre, el primer número del programa es la persecución religiosa, dando rienda suelta a su fobia anticlerical.

Antes de tres años de estar en el poder, tuvo que salir Espartero por el mismo camino que había entrado, es decir, víctima de un nuevo pronunciamiento, tomando el poder de nuevo los "moderados" o partido, aunque también liberal, de ideas conservadoras y de orden. Tuvo el gran defecto de no ser nunca español y desconocer en absoluto la historia, empeñándose en querer imponer lo que era tan aborrecible a la nación: la rígida centralización administrativa. No obstante, dejemos en su favor el mérito de algunas mejoras sociales e incluso acertadas intervenciones en Europa.

La Reina Isabel II, fué declarada mayor de edad a los 13 años para evitar nuevos peligros y tras los efímeros gobiernos de Olózaga y González Bravo, entregó el poder al general Narváez. Este era un hombre de una sola pieza. Su espíritu práctico y realista le hizo ver que ante todo se imponía establecer el orden aún con mano dura. En este período de paz se hicieron mejoras en la Hacienda y se empezó a trabajar en el restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede, rotas en 1841. Por este motivo, venía padeciéndose

en la nación una situación dudosa creada por la desamortización de Mendizábal y otras intromisiones del gobierno civil en el gobierno eclesiástico.

Fue por entonces cuando Jaime Balmes dirigió una campaña en favor del matrimonio de la reina con el conde de Montemolín, hijo del pretendiente don Carlos, con el fin de lograr la unidad de la nación bajo una firme monarquía sostenida por todos los españoles. Desgraciadamente fracasó este movimiento por la oposición de Narváez que presentó como candidato al Infante don Francisco de Paula.

En 1851 se retira este general de la política cansado de luchar en vano con los de abajo y los de arriba. Los unos siempre dispuestos a armar bullangas y motines, los otros dificultando el gobierno entre frivolidades y ligerezas.

Con esto llegamos a la mitad de siglo. Hasta aquí, se puede decir que hay un constante esfuerzo por asegurar la monarquía sobre una base constitucional. De ahora en adelante presenciaremos su derrumbe gradual y al fin su extinción. Solamente en el "quinquenio glorioso" del general O'Donell hay un relámpago fugaz de gloria que recuerda tiempos pasados: las deslumbrantes más que efectivas victorias sobre el Imperio marroquí en Tetuán y Wad-Ras (12).

La situación política ya no es tan simple como antaño en que se separaban a un lado y otro dos bandos irreconciliables; cristianos-carlistas; progresistas-moderados. Ahora se han proliferado por lo menos en cinco partidos, más el socialista que comienza a caminar. Los carlistas formaban la mayor parte del grupo "absolutista"; dentro del liberal estaban: los "moderados", cuya cabeza era Narváez, la "Unión Liberal", el "progresista" propiamente dicho, el de los motines y barricadas, descendiente directo de las Cortes de Cádiz y que contaba en sus filas con todos los exaltados del romanticismo político, por último el "demócrata", formado por gentes con ribetes de intelectuales, filósofos, catedráticos, pedantes de toda clase, los que con el tiempo constituirían el partido republicano.

Con el adelantamiento de la industria y la aglomeración de las clases obreras en las ciudades, se va formando una materia apta para las nuevas revoluciones sociales que entonces tienen su principio. Como por arte de magia comienzan a menudear las huelgas en los centros fabriles: Max y Engels acaban de proclamar el manifiesto comunista en 1848.

Entre los pocos que supieron darse cuenta de lo que se aveci-

naba está Donoso Cortés y en un discurso ante el Congreso da la voz de alerta ante la división de clases sociales entre las que existe "un odio latente y que llegará a ser, en la primera ocasión, guerra declarada" (13).

Toda esta innovación de ideas cada vez más avanzadas van a conducir, en 1868, al destronamiento de Isabel II. Al año siguiente aparece la nueva constitución "extirpadora de las tiranías" y que iniciará al pueblo soberano en toda suerte de libertades: de cultos, de manifestación, de asociación, de prensa "encima de este ramillete político, de esa deslumbradora acumulación de conquistas modernas, que nadie sabía cómo iban a poder sostenerse contando con una base tan fementida como la realidad española, se levantaba a la manera de prodigiosa cúpula aérea (verdaderamente montada en el aire), una monarquía constitucional en la que el monarca debía reinar, pero no gobernar, reducida al decorativo papel de las monas de Pascua" (14).

Se buscó entre las cortes de Europa un monarca que se decidiese a colocarse en tan brillante posición; no era cosa fácil. Por último aceptó la corona un príncipe de la Casa de Italia, don Amadeo de Saboya. Pero incapaz de entenderse con los españoles, ni de que éstos se entendiesen entre sí, tuvo que abdicar a los dos años, en 1872.

En seguida se proclamó la República, o las Repúblicas, porque hubo varias según los distintos gustos, que no eran pocos. Hubo cuatro presidentes en poco más de dos años. Estos eran del grupo de los "demócratas". Ya dijimos que en su mayoría profesores, y por lo visto, pensaron seguir en ese oficio imponiendo a sus nuevos alumnos cómo se debían casar, educar a los hijos, cómo tenían que gobernar los Obispos y hasta cómo se tenía que enterrar a los muertos. Cumplieron muy bien aquello de "romper los antiguos moldes históricos", pero fracasaron en lo de "comulgar con el universal sentimiento religioso de la humanidad", no comulgaron en lo religioso ni en nada, porque España, entregada a la anarquía y a feroces cantonalismos amenazaba dividirse en nuevos reinos de Taifas, cuando se levantaron de nuevo los militares con el general Serrano a la cabeza y dieron la corona a don Alfonso XII en 1874.

El nuevo Rey, admirablemente dotado en todos sentidos, incluso psicológicamente, a pesar de su juventud, por haber madurado pronto por la adversidad, se sentó en el trono consciente de las responsabilidades que pesaban sobre la corona. A su lado colocó como primer ministro un buen colaborador: Cánovas del Castillo.

La situación de España después de las anarquías anteriores no podía ser más angustiosa. Todas las antiguas instituciones estaban dañadas y amenazando derrumbe: el trono era el primero que debía ser objeto de especial cuidado todavía tierna la restauración. La Iglesia, objeto de los más violentos ataques, se hallaba, por otra parte comprometida en su clero que había intervenido en las guerras políticas; empobrecida y sin recursos ni tranquilidad suficiente para dedicarse a la delicada tarea de formar a sus ministros y a la educación y evangelización del pueblo. El ejército entrometido sin cesar en todas las banderías de partidos, había perdido el sentido de su verdadera misión y se distinguía por lo contrario en que debía caracterizarse: por el espíritu de insubordinación a la autoridad.

Para consolidar a la monarquía era necesario una atmósfera de paz y de silencio "como en la cámara donde yace postrado un convaleciente grave, se cierran cuidadosamente ventanas y postigos, se apaga todo ruido y se pone sordina a las palabras y se tamiza la luz", del mismo modo Cánovas... fue tapando también todos los respiraderos y salidas al exterior, aislando a España de las disputas continentales y universales, esterilizando todas las iniciativas ambiciosas, conteniendo todos los movimientos e impulsos excesivos y conservando de mano maestra el sopor necesario para aplicarla al aparato ortopédico. Este era de hechura inglesa: turno de conservadores y liberales en el gobierno, lo que se denominó "turno pacífico". El sistema nacía con defecto de origen, pues lo del sufragio universal era una pantomima: las elecciones "se hacían" en el mismo Madrid. De entonces datan términos como "el pucherazo", "el caciquismo rural", testimonios de la corrupción política de la época. De este modo el Gobierno podía estar seguro de disponer listas favorables.

Alfonso XII, que tantas esperanzas había hecho concebir a la nación, falleció prematuramente dejando un hijo póstumo y a su esposa doña María Cristina en la regencia.

Al cerrar el siglo XIX, tras vergonzosos combates, se pierden los últimos dominios de ultramar: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Este último desastre hace despertar la conciencia de España, se empieza a tomar cuentas del pasado y a hacer un estudio a fondo del alma nacional.

Tenía 16 años don Alfonso XIII cuando heredó la corona de España. La monarquía lleva en sí todos los gérmenes de muerte. Prosigue el sistema turnante cada vez más maltrecho por las sacu-

didas de la época. Hay infinidad de partidos políticos y en aquel confuso mosaico es imposible encontrar mayorías, por lo que las crisis se suceden sin interrupción, impidiendo llevar a efecto ningún plan de mejora.

La lucha social tomaba un cariz cada día más violento: paros, pistolerismo, atracos a mano armada, odios e incomprensiones entre obreros y patronos, rebeldías de todo género: se ha perdido totalmente el sentido de la autoridad. En el mismo ejército se manifiesta este fenómeno. Un incidente provocado en Barcelona ofensivo al cuerpo militar, da como resultado la creación de las Juntas militares encargadas por el Gobierno de juzgar los delitos contra la patria y el ejército. Cunde el mal ejemplo y se reúnen del mismo modo los demás cuerpos armados y hasta los funcionarios, siendo el gobierno incapaz de imponerse.

Primero bajo apariencias de una simple autonomía, después en franco separatismo, se va formando en Cataluña un partido que dará graves quebraderos de cabeza.

Don Antonio Maura, político de mucho prestigio, se propuso, estando en la presidencia, dar nuevo impulso al viejo sistema canovista por medio de la Administración local. Consistía en cierta descentralización de los municipios y corporaciones que recordase a las organizaciones tradicionales españolas. Con esto trataba de dar un cauce legítimo a los deseos autonomistas catalanes. No pudo llegar a realizarlo por tener que salir del gobierno en nueva crisis.

Lo que provocó ésta fue un incidente típico de la época: "la semana trágica" de Barcelona, causa inmediata de tan funestos sucesos fue la leva de hombres que hubo de hacerse para la guerra de Africa, pero el origen estaba más allá: Barcelona era la sede en España del anarco-sindicalismo. El pueblo, durante una semana se dedicó a su gusto a toda clase de atropellos y desmanes especialmente en iglesias y conventos, primeras víctimas de todo motín desde 1835. La ola sangrienta fue repercutiendo en algunas otras ciudades industriales. El ala izquierda, que entonces estaba fuera del turno del gobierno, tiernamente conmovida porque se castigaba a los asesinos, se desató en vituperios contra los crueles verdugos de tal modo que hizo caer al gabinete. Con lo cual, en adelante, nadie se atrevió a imponerse a los malhechores yendo en ritmo creciente el atrevimiento de los terroristas y demás revolucionarios.

Canalejas tenía la presidencia del nuevo gobierno liberal, que logró distinguirse por las leyes anticlericales: la del candado, la de la exhibición de los símbolos del culto de todas las regiones. Los

católicos levantaron gran oposición mientras reían de gusto los del otro lado. Hay quien opina que Canalejas no pretendió otra cosa sino esto para hacer callar a los de su lado, con unas medidas que en sí no eran de gran trascendencia, evitando males mayores. Este gran estadista también pretendió resolver el problema catalán dando una solución parecida a la de Maura con la Mancomunidad Catalana, pero su carrera fue truncada violentamente por mano de un anarquista en 1912.

Sin embargo, no era un momento oportuno para abrir más las heridas de España con pedradas anticlericales. La Santa Sede, tan pródiga en ayuda y comprensión y asistencia durante los últimos lustros iba a recibir este ataque en reconocimiento. En el Congreso se exaltaron los políticos clamando contra la educación retrógrada de los colegios de frailes mientras por las calles apedreaban las turbas los conventos, estimulados por la representación de la "Electra" de Galdós, asaltaban monasterios, ponían bombas a los Obispos, quemaban imágenes... Era el liberalismo intelectual y económico manejando diestramente la miseria popular y lanzándola contra la Iglesia. Sin pretender ni por un momento afrontar el verdadero problema social.

A esto hay que añadir el continuo desangre por Marruecos. En 1920 sobreviene el desastre de Annual en que las pérdidas son considerables. Corre el rumor de la temeridad e irresponsabilidad de altos personajes del Ejército y del Gobierno, se piden represalias para los culpables, todo el país está pululante de anarquía y al soberano no le queda otra salida sino aceptar, aún con repugnancia, la dictadura militar bajo el mando del capitán general de Cataluña don Miguel Primo de Rivera.

Empezó la Dictadura queriendo dar al país la impresión de que una nueva vida comenzaba. Se sacó de sus puestos a todos los antiguos políticos en los que, según el dictador, estaba el origen de los males, y se renovó el personal. Con su ímpetu acostumbrado, resolvió en clamorosa victoria y en unión con Francia la situación de Marruecos; emprendió obras, carreteras, pantanos. Sujetó con mano firme el orden de la nación. Pero no pudo impedir que surgiesen los descontentos. Si hubiera dejado a tiempo el mando, su salida hubiera sido gloriosa, pero se prolongó demasiado y acabó completamente abandonado de todos.

Ernesto Jiménez Caballero coloca en agosto de 1930 como la última desvertebración de España, el último 98 después de una serie de trece anteriores, en San Sebastián, cuando

"entre copa y copa de vino en un banquete se acepta la desmembranza de Cataluña, se plantea el "estuario de las regiones, la restricción del verbo unitario de España, la oxidación de la Espada, el arrinconamiento de la Cruz y el puntapié a la Corona. Aquel 98 que sitúa a España en los umbrales de una nueva Edad Media" (16).

Al hacer el saldo de la monarquía produce asombro que en tal anarquía social se pudiese llegar a tal adelantamiento de la industria. Participa en la política internacional con motivo de la guerra del 14, en la que se mantuvo neutral, y por los asuntos de Marruecos. Restablece las amistades con Sudamérica, bastante frías después de la independencia de estas Repúblicas y hay un gran despertar intelectual.

El 14 de abril de 1931 se establece la segunda República en España, aparentemente en medio del clamor popular. Digo aparentemente, porque toda persona que reflexione un poco no puede menos de extrañarse de un éxito tan repentino. En realidad el resultado de las votaciones daba más número de votos por la Monarquía. El partido republicano propiamente dicho nunca fue muy numeroso y para las elecciones se habían reunido en el bloque antimonárquico gente de todo credo. La República resultaba bastante anticuada ya ante el pensamiento de los socialistas, sindicalistas, anarquistas y comunistas que, aunque ahora sólo pretendían con los republicanos tirar la monarquía, sus planes iban bastante más allá.

Y si el nuevo régimen tenía esperanzas de ganarse las voluntades que todavía estaban algo indecisas, la persecución religiosa que en seguida se desencadenó le restó aún más adeptos. La nueva Constitución, aparte de su intolerancia religiosa, llegó, en nombre de la libertad, hasta negar el sustento a los sacerdotes como si éstos no fueran pueblo, aparte de que era una deuda que se les debía en justicia después de la desamortización. Tanto se esmeraron en su empeño de legislar contra la religión que Azaña pudo exclamar satisfecho como quien quita de sí un gran peligro: "España ha dejado de ser católica".

Pero es que ni el mismo Presidente tenía libertad para gobernar la nación, pues en la mente de aquella gente todo el que está arriba, ya sea rey o presidente, venía a ser un tirano en potencia y había que atarle bien las manos para que no esclavizase al pueblo. Este, el pueblo, tomó muy en serio su papel de dictador dándose a la barbarie y a cometer toda clase de atropellos.

No faltaban hombres de fe sincera en el nuevo régimen que se dedicaron con empeño a restaurar la cosa pública, sobre todo en el ramo de la enseñanza. Desgraciadamente las logias masónicas estaban en la dirección y en los puestos más influyentes, resultando una labor de tipo francamente demoledor de todos los sentimientos católicos.

Los ánimos entre los partidos políticos se iban enconando más cada vez. No había tranquilidad por el ambiente de huelgas y persecuciones continuas. Hubo tres gobiernos con dos revoluciones en sentido opuesto. El gobierno del Frente Popular bajo los auspicios de Largo Caballero amenazaba venderse al partido comunista cuando el 18 de julio de 1936, el ejército español de Canarias y Marruecos, en combinación con el de las restantes provincias, se pronunciaba contra el gobierno. No solamente fue militar este alzamiento, sino civil, ya que participaron en él la gran mayoría de los españoles. "El ejército — declaró el general Franco — no tiene derecho a sublevarse contra un partido político, pero tiene el deber de levantarse en armas para salvar a toda la nación amenazada de muerte".

Tres años duró la guerra, que tuvo carácter de cruzada porque se luchaba en defensa de la religión católica y de la civilización cristiana. Además de las violencias que una guerra tan feroz, por ser entre hermanos, produjo en uno y otro bando, se desató en la zona ocupada por los gubernamentales el asesinato sistemático de eclesiásticos y significados derechistas con la destrucción de iglesias, conventos y bibliotecas.

Los españoles agrupados bajo la bandera nacional formaron un solo partido que resumía los puntos fundamentales de todos los de derechas y se llamó Falange Española Tradicionalista de las JONS. En el campo contrario se subdividieron y enconaron las rivalidades favoreciendo con ello el avance de las tropas nacionales y el 1 de abril de 1939 se daba fin a las hostilidades con la caída de Barcelona, último reducto gubernamental. Con ello se abría una nueva época en la historia de España hecha de fe en su destino y de esperanza en la resurrección de su pensamiento tradicional aplicado a las modernas condiciones de nuestro tiempo.

Rápidamente salta a la vista que la Religión es uno de los puntos capitales que se debate en las contiendas del siglo XIX. De un lado está el imperio católico, reino de Dios en la tierra, aspiración de los tradicionalistas; de otro, el reino laico, ideal de los liberales, que quedará implantado con la famosa frase de Azaña en 1931: "España ha dejado de ser católica".

Al rasgarse Europa en el siglo XVI entre católicos y protestantes, España quedó entregada a la causa apostólica y fueron sus ideales: Universalidad, Espiritualidad, Tradición y Autoridad, porque en eso se traduce el fondo del alma de cada español. Sobre esa base se constituye un Estado fundamentalmente religioso (17).

Pero mientras Menéndez y Pelayo proclama que la forjadora de nuestra unidad y de nuestra grandeza fue la Religión, Madariaga coloca esta misma causa con la que se identificó el Imperio, como el motivo de su decadencia. Son dos opiniones que resumen toda la contienda (18 y 19).

Al caer la dinastía Austríaca, tenía que venir el derrumbe de cuanto estaba vinculado a su nombre, sobre todo al constatarse que estaban vacías las arcas del erario público y que en España no se daban hombres como Voltaire, Rousseau o Diderot, señal evidente de que íbamos a la deriva en la cultura, aprisionadas las inteligencias por las leyes y tribunales de la Iglesia.

Por eso se dieron tanta prisa, los que no querían quedar atrás del mundo europeo en aprender cuanto circulaba sobre todo en Francia, con el consiguiente enfriamiento de la antigua fe. Los ataques no fueron al principio descaradamente al catolicismo en sí, pues temían una reacción contraproducente. Dirigían sus baterías de forma más o menos solapada, a lo que llamaban la Iglesia de Roma y una acción preliminar fue el destierro de la Compañía de Jesús de todos los dominios borbónicos para después conseguir su supresión.

En el año de 1810 estaban infiltradas en España las siguientes herejías: Hispanismo o episcopalismo, por la que se deja al Papa una primacía honorífica, quitándole el poder de jurisdicción que, según ellos, reside en los Obispos como sucesores de los Apóstoles. Regalismo, o entrometimiento del poder civil en el eclesiástico. Economismo, que niega a la Iglesia y sus corporaciones el derecho a adquirir bienes inmuebles y es enemigo de la amortización civil

y eclesiástica. Antimonaquismo, que trabaja por la disminución de las órdenes religiosas. Criticismo histórico, que pasa por el tamiz racionalista las tradiciones de la Iglesia. El jansenismo, enemigo mortal de la Compañía de Jesús y que llegó a penetrar hasta en los mismos seminarios (20). Estas son como las cabezas o fuentes de las que se derivarán todas las demás que asolarán la Iglesia hasta bien entrado el siglo XX. Y detrás de todas estas teorías y manejándolas todas según la oportunidad las logias masónicas cuyo fin principal es la destrucción de la Iglesia Católica.

La gran mayoría del pueblo seguía fiel a su fe y tradiciones, aunque se tenían que hacer sentir los efectos de los ataques a la educación de los ministros de Carlos III, sobre todo la desaparición de la Compañía de Jesús. Un Auto Sacramental, que antes era capaz de comprender y gustar la mayoría del público, con toda su teología, seguramente ya en esta época, sería algo bastante confuso y ni aún hoy día ha vuelto a recuperar el pueblo esta cultura.

La libertad de imprenta, con la supresión del Santo Oficio, fueron los mejores medios de que se valieron para ir adoctrinando a las masas en las nuevas ideologías. Pero no se vaya a creer que era una formación intelectual de algo que pudiese suplir los dogmas. Se perdió la fe y se afiliaron al "no pensar", la mayor comodidad y "el pancismo". "Así se ha apagado la vida intelectual de un pueblo inteligente. Pero con ello no se ha amortiguado al mismo tiempo la vida afectiva. Lo que no mueven las ideas lo agitan las pasiones: La ambición y la envidia, la codicia y el resentimiento". (21). Este es el secreto de los desmanes de la chusma en 1844 y los que se han ido sucediendo cada cinco o seis años hasta la última guerra civil.

Los ataques a la Religión habían apretado las filas de los católicos y como desde tiempo atrás esas ideas y sentimientos habían tenido un carácter sumamente belicoso y se iba a las empresas guerreras con la Cruz al frente como contra los enemigos de la fe (22), no es extraño que ahora tomasen este mismo cariz. Los partidos políticos tenían sobre todo una filiación religiosa y así, unos se acostumbraron a ver en la religión la defensora de la esclavitud e irreconciliable enemiga de todas las libertades, por lo que sería la mejor señal de progreso el abandonarla, los otros, consideraban como impío todo lo que oliese a liberal (23).

Llegando a extremos ridículos como escandalizarse de las reformas "liberales" de S. S. Pío IX en los Estados Pontificios. Considerar a Balmes como sospechoso y solicitar oraciones por su con-

versión o parecerles una traición el besar la mano a la Regente liberal doña Cristina, como lo era para los fanáticos del otro lado atreverse a preguntar por la salud del rey niño (24). La consecuencia era una gran confusión de ideas. Por otra parte, tampoco ayudaba a la religión la incursión de lo civil en lo religioso y viceversa para fines que no tenían que ver con los propios de cada uno.

La división del campo católico a fines de siglo era francamente vergonzosa: por un lado los "católico-liberales" o alfonsinos, a quienes sus contrarios llamaban con desprecio "mestizos", porque los consideraban reos de pactos con los hijos de Satán, es decir, con la Monarquía constitucional y sus ministros; carlistas; integristas, desgajados por Nocedal del tronco carlista y llevados al paroxismo de una "ortodoxia" en que era posible conjugar los más bellos cánticos a la Iglesia católica con la rebeldía descarada a las consignas del Nuncio y de Roma. Así se perdían las energías de la vida religiosa española por el más innoble desagüe, la discordia: en estúpidas cuestiones — dijo Menéndez Pelayo — que se sostienen por católicos españoles sobre interpretación del Syllabus, grados de liberalismo, tesis e hipótesis, integrismo y mesticismo".

León XIII en carta al Obispo de Urgel — 20 de marzo de 1890 — señaló el profundo mal de la lucha entre católicos "bajo la dirección y mando de unos pocos que abusan de la eximia religiosidad de ese pueblo, para humillar a los adversarios con los que se hallan en disonancias en materias políticas, para satisfacer codicias y privadas aspiraciones y para convertir en propia sustancia las cosas que son de Dios". Se ve que es antigua la mala costumbre de utilizar los temas religiosos como sostén de posturas políticas.

En el mismo año también S. S. León XIII se había lamentado de la intromisión de los religiosos en tal campo: "Algunos eclesiásticos han olvidado su deber, y lo que es peor, algunos religiosos de antiguo distinguidos por su fidelidad y amor a la Sede Apostólica, los cuales, secreta o públicamente, ayudan a que este mal arraigue del todo y se propague más y más". Los PP. Agustinos con el Padre Conrado Muniños al frente, defendieron el "catolicismo liberal" y la intervención política en la monarquía alfonsina. Gran parte de los PP. Jesuítas andaban repartidos entre carlismo e integrismo. Sin embargo hubo una modificación de actitud en la Compañía a principios de 1905. El número de octubre de la Revista "Razón y Fe" publicó, en vísperas de elecciones municipales, un artículo del P. Minteguiaga en la que sostenía la obligación de los católicos de acudir a las elecciones unidos, dispuestos incluso a votar a favor

de candidatos no recomendables, si de esta manera podían evitar la presencia de otros peores. Era la famosa teoría del "mal menor" execrada por el integrismo. Gran revuelo, y ataques airados desde la extrema derecha. Las ideas del P. Minteguiaga fueron corroboradas por el famoso moralista P. Villada en el número de diciembre de la revista. El P. Muniños saluda la "nueva, feliz y resuelta orientación" de los jesuítas. La polémica se pone al rojo y los superiores decidieron presentar los artículos a la censura pontificia. Un breve de San Pío X al Obispo de Madrid, 20 de febrero de 1906, "Inter catholicos Hispaniae", aprobó aquellos escritos y los señaló como norma de conducta para los católicos españoles, de los cuales Su Santidad esperaba acabaran con los motivos de discordia. La bondad de San Pío X pedía demasiado a los "superortodoxos".

La situación no podía ser más triste, pero mucha culpa de esta "permanente salida al monte" de los católicos españoles, la tuvo la inteligencia liberal: durante más de medio siglo estuvo empeñada en mantener aquellas oleadas de vida popular al margen de las arterias que hubieran vivificado al país y le hubieran ahorrado el bochorno de unos partidos políticos vacíos de aliento. Dice Madariaga que "el ejército, la Iglesia y el rey mataron en España el sistema parlamentario". Se puede decir sin ninguna duda que se equivoca palmariamente por lo menos respecto a la Iglesia, que es lo que tratamos ahora. La Iglesia es un organismo disciplinado en el que las corrientes masivas discurren por cauces jerárquicos, y si alguna vez se produjo un derrame, Roma impuso al catolicismo español el acatamiento al poder constituido, dialogó y pactó, hizo frente a los extremismos de sus propios fieles, aun a costa de conflictos internos y de abundantes crisis de conciencia. Los Obispos encajaron rápidamente la consignas. Alguna voz de entre ellos discrepaba, hubo de apagarse. La educación "constitucional" de nuestra buena gente hubiera sido cosa de poco. Pero ¿valía la pena de esforzarse, cuando resonaban por el ámbito de España las sandeces y blasfemias del más obtuso radicalismo?".

Era un ataque continuo por medio de la difamación, robo a mano armada de sus bienes hasta dejar una Iglesia pobre y desprestigiada que se veía imposibilitada de atender convenientemente sus ministerios apostólicos, unas veces por causa de la persecución, otras por imposibilidad material. Ni siquiera podía, muchas veces, atender convenientemente los seminarios y casas de formación de los religiosos.

Llegó un momento en que muchos que querían aparecer como

intelectuales, se avergonzaban de aparecer públicamente como creyentes. He aquí la síntesis que hace Marcelino Menéndez y Pelayo del estado religioso de su tiempo:

> "Y entre tanto, los católicos españoles (doloroso es decirlo, pero estos días son de grandes verdades), distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias y corroer cada día un alma joven y no acudimos a la brecha cada día más abierta de la Metafísica, ni a la de Exégesis Bíblica, ni a la de las Ciencias Naturales, ni a la de las Ciencias Históricas, ni a ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas". (Congreso Católico de 1899).

Y el Padre Oromí: "...una religión decadente virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debe enseñar". Y Maeztu: "Nuestra herejía, en suma, es cazurrismo o palurdismo, o mejor, pancismo... Es una herejía esencialmente moral o amoral, por lo que se le llama también "ateísmo práctico", y sus adeptos, muchos de los cuales se llaman católicos, se caracterizan porque no dan dos higas por ninguna idea, ni heterodoxa, ni ortodoxa" (25).

Y Laín Entralgo:

> "La infantil descripción de esos jóvenes (se refiere a los del 98) a la fe y confesión católicas, apenas ha sido cordial e inteligentemente cultivada; el medio histórico a que han abierto los ojos adolescentes — un mundo que se llama a sí mismo católico — carente en cuanto católico de toda ejemplaridad social, intelectual y artística y, por añadidura, nada desvivido por conseguirlo — ofrece muy escasos apoyos humanos a una fe religiosa tan débil y amenazada. El resultado no es, no puede ser fatal, pero tampoco deja de ser probable: esos jóvenes, inteligentes, sensibles, deseosos de vida eficaz y egregia, terminarán con frecuencia apartándose espiritualmente — externamente también, si el medio social y político lo permite — de la ortodoxia católica" (26).

Y cito, por último estas frases del mismo Padre Oromí:

> "Lo clerical y lo eclesiástico estorbábanlos (a los intelectuales que se apartaban de la religión), más que los mismos dogmas. No fue la corrupción de costumbres lo que movió a los jóvenes intelectuales a abandonar el dogma católico, como suele decirse muchas veces por ahí por pereza intelectual o por simplificar la historia, sino una verdadera indigencia intelectual que se ha dejado sentir demasiado en el catolicismo español de estos últimos siglos".

Sin embargo no podemos ocultar los presagios del resurgimiento católico que se anuncian también en España siguiendo el compás del resto de Europa. Hacia los años del 14 se fueron uniendo más cada vez los católicos amortiguando en lo posible sus divisiones, y se organizaron en orden a un apostolado eficaz a través de la prensa y propaganda, elevando de mil maneras la vida espiritual de todas las clases de la sociedad y creando nuevas instituciones de carácter social, cultural y religioso.

No faltaron públicas y grandiosas manifestaciones de la fe y piedad populares, principalmente en torno a las devociones favoritas del pueblo: la Virgen María y la Eucaristía.

Imposible enumerar las múltiples actividades con que el catolicismo español se fue rejuveneciendo y poniendo al día; se multiplicaron los círculos de obreros, de patronos católicos; se fundaron cooperativas y cajas de ahorro; se celebraron frecuentes semanas sociales; obras como la Confederación Nacional Católico-Agraria daban fundamento a los optimismos más halagadores y el resurgir científico de las Ordenes religiosas y la más esmerada educación cultural y espiritual del clero secular en los seminarios anunciaban una época mejor.

Proclamada la República el 14 de abril de 1931, una nueva ola de persecución y de odio se vino a desatar contra la Iglesia. El 11 de mayo ardían a la vista de la fuerza pública y ante el consentimiento del gobierno, las Iglesias y conventos de Madrid, de Málaga y de otras ciudades en fantásticas hogueras como luminarias de la nueva República.

La Constitución votada, de índole enteramente laica y persecutoria de la Iglesia, sancionaba la separación de la Iglesia y del Estado, se abolió la enseñanza religiosa en los centros oficiales, se quitaron los crucifijos de los centros de enseñanza, se prohibió toda

manifestación de culto público, se legalizó el divorcio, se suprimió la Compañía de Jesús incautándose de sus bienes, en fin toda serie de atropellos que prepararon el ambiente para un levantamiento nacional en pro de tantos sentimientos religiosos y patrióticos ofendidos.

La sociedad en que se forman los escritores. Las costumbres

La primera mitad del siglo XIX da lugar a la instalación de la burguesía en el poder político. Desaloja a la aristocracia de gabinetes y parlamento y va tomando conciencia de sí misma como clase social.

Estos son los ideales burgueses: libertad y orden, progreso y cristianismo depurado. Libertad, que el Estado no intervenga en sus negocios, y si está en el Parlamento: fiscalización de los actos del Gobierno y de sus gastos. Libertad de reunión, de asociación, de prensa. Orden para defender sus intereses y empresas comerciales. Progreso que es fe ciega en la ciencia. Ella sustituirá la antigua fe religiosa. Cristianismo a lo Voltaire, devoción al Enciclopedismo, espíritu tolerante que degenerará en escepticismo.

El valor residirá en la persona y su trabajo, pero no en privilegios de nacimiento, y así como la aristocracia consideraba limitadas sus prerrogativas sociales, en esta nueva aristocracia burguesa, se pueden salvar rápidamente todas las distancias de jerarquización social. El muchacho de la calle tal vez en el porvenir se codee con los grandes hombres del Estado o con nobles de sangre si se lo ha sabido ganar.

La aristocracia había perdido el carácter de categoría vital del país dejándose llevar de la corriente burguesa.

Tiene un papel destacado en el zarandeo político de este siglo, el ejército. Se había quedado sin saber qué hacer después que se perdió el imperio, corrompido por todas las ideas revolucionarias del siglo, afiliado a las logias masónicas, se entregó a los pronunciamientos y guerrillas como único medio de hacer su nombre glorioso. Los Cuerpos Armados son la constante preocupación en tiempo de la restauración, más no para mejorarlos técnicamente, sino para enrolárselos en los distintos sistemas políticos. Describe así Giménez Caballero la situación:

"El Ejército español, que en sus orígenes tuvo — como la Nobleza y la Iglesia — un fundamento aristárquico, selectivo, fue poco a poco aburguesándose. En lugar de aquella divisa ejemplar: ¡deber obliga!, había ido adquiriendo esa, digna de un gremio de ultramarinos: ¡A ver si hay derecho! Ese ¡A ver si hay derecho! fue el causante de las famosas Juntas de Defensa. Que, lejos de ser unas instituciones o ligas de los "deberes del militar", fueron unas sociedades masónicas de "los deberes del funcionario militar" (27).

El ambiente social de la Restauración es de calma bochornosa presagiadora de tormenta. Los relámpagos que turban el cielo pacífico y cada vez más amenazadores son las actividades pujantes de un proletariado que se organiza según las doctrinas de Marx para reclamar sus derechos y hacer una transformación radical en el orden social.

Mientras tanto el optimismo madrileño vive feliz, se vuelca en los lugares de recreo, en los teatros donde se presentan buenas compañías de ópera, zarzuela o género chico. Por allí desfilan los tipos clásicos de la época: el maestrillo pedante y el militar pundonoroso, el cesante, todos ellos muriéndose de hambre. Se llenan las plazas de toros de abigarrado color y la gente abuchea a los toreros demasiado apegados a la vida, aunque al día siguiente se sienta profundamente conmovida por la sentencia capital pronunciada contra un asesino y reclame a gritos su indulto.

Hay grandes escándalos administrativos, los "chanchullos" están a la orden del día, pues sobran truhanes y vividores para saberse abrir todas las puertas. Madrid es la ciudad de las buenas colocaciones y hasta hay agencias que proporcionan cargos públicos, títulos académicos, incluso prebendas curiales (28).

Han pasado de moda las hojillas volantes que difundían las noticias sediciosas, elaboradas en los antros tenebrosos de las sociedades secretas. Ahora son los periódicos que en grandes titulares atacan y ridiculizan a mansalva, dando tema a las tertulias del casino o del café cantante.

Esta es la descripción que hace Pío Baroja del pintoresco Madrid de fin de siglo:

"Madrid, entonces, era un pueblo raro, distinto a los demás, uno de los pocos pueblos románticos de Europa.

un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso, podía vivir. Con una quintilla bien hecha se conseguía un empleo para no ir nunca a la oficina. El Estado se sentía paternal con el pícaro, si era listo y alegre. Todo el mundo se acostaba tarde; de noche, la calle, las tabernas y los colmados estaban llenos; se veían chulos y chulas con espíritu chulesco; había rateros, había conspiradores, había matuteros, se hacían chascarrillos y epigramas en las tertulias, había periodicuchos en donde unos políticos se insultaban y se calumniaban a otros; se daban palizas y, de cuando en cuando, se levantaba el patíbulo en el Campo de Guardias, en donde se celebraba una feria, a la que acudía una porción de gente en calesines. De esto hace veinticinco o veintiséis años, no creas que más. Entonces los alrededores de la puerta del Sol estaban llenos de tabernas, de garitos, de rincones, lo que permitía que nuestra plaza central fuese una especie de Corte de los Milagros" (29).

Ambiente de las escuelas y universidades. Lecturas

Ya a fines del siglo XVIII era patente la influencia francesa en todos los órdenes de la vida española. Voy a transcribir este fragmento del artículo de Larra "Casarse pronto y mal" en que tan magistralmente se nos pinta el cambio de costumbres y de educación según la moda del vecino país.

"(Mi hermana)...había recibido la educación que se daba en España no hace ningún siglo; es decir, se oía misa todos los días, se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se paseaba la tarde de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba papá, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temerosa de que las muchachas ayudadas de su cuyo, hubiesen a las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decirse, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio.

No diremos que esa educación fuese mejor ni peor que la del día, sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena o mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos,

sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fue necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era, sin embargo el más divertido...".

"Pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca supo detenerse en el justo medio, pasó del Año Cristiano a Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho (el hijo de la hermana), se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese en manos, y qué sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que todos los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que padre y madre eran cosas de bruto y que a papá y a mamá se les debía tratar de tú, porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres con los hijos...".

A comienzos del siglo hay un gran movimiento cultural. Las reformas universitarias de Roda (1771) y de Caballero (1807) inician los estudios científicos modernos, que tenían sus precedentes en el Seminario de Vergara. Se crean nuevos establecimientos de segunda enseñanza, al margen de la Universidad. Godoy funda el Instituto Pestalozziano. Durante la Guerra de la Independencia la política educativa se centra en torno a los informes de Quintana y de Jovellanos. El primero aboga por el principio de generalización de la instrucción, haciéndola extensiva a todos los españoles, por lo menos en su grado inicial, consistente en saber leer, escribir y contar y en conocer los dogmas fundamentales de la religión cristiana y las máximas de moral y de ciudadanía.

En los grados medio y superior, sacrificaba resueltamente las humanidades para abrir de par en par las puertas a las disciplinas científicas, pues eso era tenido entonces como el mayor signo de progreso. En cambio, Jovellanos mantiene el eclecticismo entre Ciencias y Humanidades y distingue una educación liberal (para las minorías) y otra técnica (para el pueblo).

No fue un siglo estéril el XIX y hubo enriquecimiento material y evidente progreso junto con cambios fundamentales en la mentalidad popular y en las costumbres, pero la acción de la política malbarató muchas energías y ocasionó el atraso cultural y científico con relación a los demás países del occidente europeo.

La tónica general de la historia educativa del XIX se puede resumir en estas palabras: lucha de la masonería contra la educación nacional. No se tiene más empeño que arrancar la educación de manos de los religiosos para ponerla en personajes más o menos influenciados.

Ya para el comienzo del siglo, la Universidad de Salamanca, célebre en otros tiempos por sus escuelas de Filosofía y Teología, había pasado a ser un foco de jansenismo y de revolución política. "En Salamanca — dice Menéndez y Pelayo — se educaron los revolucionarios que a las Cortes de Cádiz llevaron los proyectos de la masonería, cristalizados en una primera Constitución de tipo liberal francés". Y Quintana, entusiasta cantor de todas las nuevas teorías dice que "desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos y abrió la puerta a la luz que a la sazón brillaba en Europa". No tardaron en seguir este ejemplo las Universidades de Valladolid, Oviedo, Alcalá, Sevilla y Zaragoza.

Los cuarteles y Universidades se convierten con frecuencia en los centros de las algaradas políticas sacando a profesores y alumnos a los motines callejeros con el consiguiente abandono de los estudios y del recogimiento que requiere toda consagración cultural.

Durante la Restauración, la política había perdido bastante ese aire bullanguero del período anterior y los políticos adquirieron cierta elevación intelectual. Los profesores se dedicaban a hacer tribuna política de la cátedra para adoctrinar a los alumnos: nunca podrá constituir un delito el pensar de una manera o de otra, sino el obrar o no conforme a la ley. El régimen monárquico o republicano son teorías opinables y se debe respetar toda conciencia y hasta la exteriorización de ésta, de palabra o por escrito. El concepto de propiedad, los sistemas jurídicos vigentes para consumir o producir riqueza pueden ser cambiados, así como todo el orden social actualmente existente. Esta libertad es la propia de todo país que se estime como civilizado y libre (30).

Los jóvenes quedaban seducidos con tales ideas sin que por otra parte llegase a sus oídos la doctrina social católica que colocase los justos límites entre los deberes y los derechos de cada ciudadano.

Baroja señala en sus Memorias los años de estudiante: "La mayoría de los que formamos esta generación habíamos estudiado mal, con profesores arbitrarios cuando no estúpidos; pero al dejar las aulas nos quedó a muchos cierta curiosidad, cierto deseo de volver a lo que no habíamos aprendido" (31).

Uno de los motivos que más contribuyó a la decadencia cultural

fue la presión oficial sobre la iniciativa privada. Se ha dicho que el Ministerio de Educación era una especie de ensayo para probar la valentía anticlerical de los iniciados en las logias masónicas. O sea que las carreras políticas comenzaban por ahí hasta llegar a Presidente de Consejo, si había demostrado en sus ataques a la educación católica la sumisión a aquéllas.

"Con la intromisión oficial — incluso los centros del Estado — quedaron perjudicados: los profesores no podían hacer otra cosa que preparar a los alumnos para dar un examen final y así, al morir la iniciativa de unos, se perdió la personalidad de los otros, saliendo de los colegios formados en serie con una colección de conocimientos aprendidos de memoria y mal asimilados, sin espíritu de iniciativa propia ni confianza en sí mismos".

"En la España Imperial el régimen autónomo de las Instituciones educativas dio por resultado una legión de personalidades destacadas entre los profesores y los alumnos. De estas personalidades formadas para las funciones públicas de una manera eficiente, se nutría el mismo Estado" (32).

El mismo Salvador de Madariaga da esta razón como causa de la decadencia cultural: la intervención estatal está en razón inversa a la elevación cultural. "Eran las Universidades establecimientos del gobierno para la concesión de diplomas oficiales. Fábricas de diplomas. La cátedra una poltrona oficial; los exámenes, obligaciones ineludibles y desagradables; los estudiantes, funcionarios meritorios que después de transcurridos ciertos años y satisfechos por fórmula cierto exámenes, tenían una esperanza de derecho tácito a la licencia o al doctorado sin excesiva preocupación para con el grado de conocimiento y cultura adquirido en este tiempo" (33).

Gregorio Marañón, después de ponderar la obra educativa de Lanuza y Menéndez y Pelayo, opina que la causa de tanto trastorno social y político ha sido el estar gran parte de la juventud en manos de un profesorado irresponsable, sin verdadera vocación de su misión, con frecuencia amargado y resentido por los propios fracasos sociales o interiores y por verse desatendido por el Estado en sus legítimas aspiraciones (34).

La decadencia cultural del país se iba haciendo cada vez más patente incluso fuera de España y hasta se llega a poner en tela de juicio sus valores del pasado. "Europa no debe nada culturalmente a España".

La solución para el problema de la reconstrucción de España estaba dividida en los dos campos antagónicos que coinciden en bus-

car en Europa los elementos constructivos. Pero mientras unos iban a la Europa fuera de la hegemonía católica de España, la Europa Atea y materialista, los otros acudían a la Europa medieval anterior a su hegemonía para volver al puro pensamiento tomista.

Sanz del Río es el primer pensionado español que fue a Alemania en busca de sus corrientes filosóficas y no encontró algo mejor que el krausismo para traer a su patria y convertirlo en doctrina y bandera de toda la juventud democrática.

Había en esta filosofía un sincretismo de todos los sistemas postkantianos envueltos en cierto misticismo sentimental que iba a alucinar fácilmente a estudiantes de países católicos por sus apariencias espirituales. A la parte metafísica se unía otra práctica considerada como el "ideal de la humanidad para la vida" que sustituiría a todas las religiones anteriores. Todas las instituciones actuales había que reformarlas, la familia, las políticas y sociales, pues ninguna había conseguido llenar "el destino total de la humanidad".

Angel del Río, nada sospechoso en esta materia, da este juicio del krausismo:

> "Partiendo de un idealismo orientado hacia el futuro, los krausistas se desinteresaron del problema del pasado y creyeron que era posible reconstruir en una revolución total, no por pacífica y cautelosa menos intensa, el carácter de la nación sin detenerse a pensar que las viejas estructuras históricas son sumamente delicadas. Ya en su tiempo se encontraron en sus intentos de reforma filosófica y moral con el aspecto más difícil del problema, el religioso, de modo que no sólo los neo-católicos, sino todas las fuerzas tradicionales y aún muchos elementos neutros e indiferentes vieron en toda su acción, pese a su espiritualidad innegable, un laicismo sospechoso, una hostilidad llena de peligros para lo nacional y lo católico" (35).

A los que profesaban este deísmo vago e hipócrito les rodeaba una aureola no sólo de honestidad y honradez, sino que se les elevaba a la dignidad de santos laicos colocados sobre todas las miserias y pasiones humanas.

Uno de los más conocidos fue Francisco Giner de los Ríos, que cristalizó este movimiento "con fervor de santidad" (36) en la Institución Libre de Enseñanza. A pesar de sus conocimientos pedagógicos y de la sinceridad con que dicen se dedicó a su obra, tuvo

el lamentable fallo de prescindir lo que tan arraigado estaba en el alma nacional, el catolicismo, y por más que se impregnase toda la enseñanza de cierta espiritualidad deísta y vaga, no consiguió llenar el vacío que tan funesto iba a ser a los así formados. Laín Entralgo reconoce el anhelo de cultura que les caracterizaba, pero añade: "¿Para qué aquellos éxtasis laicos ante el Greco si se desconocía y aún se combatía su original inspiración religiosa, o si, lo que es peor, terminaba el éxtasis en una alianza política con quienes eran capaces de quemar el lienzo incitador del arrobo?" (37). Pues aunque se proclamase la Institución independiente de todo interés religioso apolítico, demostró lo contrario por más que procediese con la mayor cautela.

La Institución en un principio — y como sociedad en personalidad jurídica nunca fue otra cosa — era un colegio privado donde se educaban niños según determinados métodos pedagógicos.

Pero fuera que los institucionistas ampliaran aquellos primeros propósitos de consagrarse a la enseñanza libre, fuera, como se puede suponer fundadamente, que desde un principio tuvieran más ambiciosos planes, es lo cierto que, sin abandonar el primitivo colegio que justificaba su alianza y les servía de centro de reunión, pronto acometieron una empresa de mucha mayor envergadura y positivos resultados: apoderarse de la enseñanza del Estado ocupando el Ministerio de Instrucción pública, creando los centros que convinieran a sus fines y moldeando el personal docente oficial a su imagen y hechura. Así los profesores, siendo suyos, los pagaba el Estado; los planes eran suyos y el Estado los imponía; los alumnos serían casi todos los escolares de España, desde los párvulos hasta los doctores.

Convirtióse, pues, muy pronto la Institución en grupo, cada día más numeroso, de hombres ejemplarmente leales a un plan preconcebido, afiliados a una sociedad de tan modestas apariencias y tan reservada en sus actuaciones colectivas, que pasó casi inadvertida aun para muchos de los que eran víctimas de su poderoso influjo.

Merced a su táctica de crear organismos escandalosamente infecundos desde el punto de vista científico, si se considera la generosidad con que los dotaba la nación — fecundísimos para sus fines dominadores — colocó la Institución en situación de irritante inferioridad a la Universidad española y a la enseñanza oficial toda. De la privada no digamos, porque en la España anterior al 1936 no parecía tener personalidad, sumiéndola en el mayor atraso, a

pesar de la buena voluntad e ímprobos esfuerzos de algunos catedráticos.

Servían todos estos manejos y planes a un propósito: arrancar a España su ser y crear en la Península a una antiespaña groseramente materialista. Desaparecido rápidamente el krausismo de sus fundadores, fueron admitidos en sus filas hombres de las más variadas ideologías, vinculados por una sola negación, la de que España nunca fue grande y esto por la suprema razón de haberse conservado fiel a la Iglesia Romana. Pareció siempre a los Institucionistas nuestra historia entenebrecida por el humo de las hogueras inquisitoriales y el pensamiento español falto de libertad, aherrojado en las cárceles del Santo Oficio.

Las nuevas generaciones educadas, laicizadas y europeizadas con los estudios que realizaban en el exterior por medio de la Junta de Ampliación de Estudios, complemento de la Institución, volvían a su patria intoxicados de cuantos errores habían oído fuera y que se añadían a los de dentro y no vieron el momento de implantarlos en su país, que en contraste con las maravillas abiertas a sus ojos, era triste y miserable.

El espíritu reformador con su vaga espiritualidad tipo francmasónico, se difundió por toda la Península contribuyendo también a ello la divulgación de las obras de Schopenhauer y Nietzsche. El uno por su pesimismo, el otro con su tono agresivo de ruptura con lo anterior sugirieron una postura a los jóvenes españoles amargados con el desastre de Cavite. Son los que se han llamado "la generación del 98".

La paz insana del tiempo de la Restauración, el optimismo ignorante fue desgarrado bruscamente dejando al descubierto la triste realidad. "España se les aparece en baja forma", y la reacción fue de pesimismo, crítica despiadada de todo lo anterior, falta de fe en el futuro que muchas veces se quedó en obra demoledora, pero otras pasó a ser algo constructivo dando ideas positivas que recogerán las siguientes generaciones.

Todos coincidieron en que la época de esplendor del Imperio no coincidió con la perfección de España, y veía ésta en el porvenir. Con lo que se apartaban de la idea de Menéndez y Pelayo para quien ambas cosas se daban juntas.

Comenzaron clamando por la europeización de España, "doble llave al sepulcro del Cid", para terminar, según iban conociendo la historia, por pedir lo contrario, reconociendo que lo que llevará al engrandecimiento, no sólo de España, sino también de Europa,

será de orden espiritual, y más aún, de orden religioso, aunque añada Unamuno esta coletilla: "un modo de concebir la vida religiosa y la libertad de conciencia enteramente distinto del modo como hoy la conciben y sienten los más de los españoles" (38).

Aquí van a coincidir, aunque no totalmente, las dos líneas culturales que se fueron apartando de las corrientes extremas de la época para formar una solución original a los problemas de España. Al fin se descubre su auténtica vocación.

A mediados del siglo XIX y ante la incomprensión, si no hostilidad de los contemporáneos, van apareciendo los hilos luminosos que llegan hasta Menéndez y Pelayo. Balmes y Donoso Cortés consideran la ruina de España como consecuencia de la dislocación entre los partidos tradicionalistas y progresistas. Su anhelo es llegar a una modernidad bien entendida salvando lo sustancial del primero y recogiendo lo ortodoxo progresivo de los segundos (39).

Estas ideas vuelven a aparecer más tarde con Milá y Fontanals y sobre todo en su discípulo Menéndez y Pelayo, que "desempolvando los libros de nuestra gran época" se dio al estudio de la Historia de España hasta dar un nuevo concepto de ella (40).

Las palabras ardientes de don Marcelino parecieron, en parte, caer en el vacío, pero al suceder la gran crisis moderna posterior se le tuvo que dar la razón. "Genio de España", de Giménez Caballero, y "Defensa de la Hispanidad", de Maeztu, son señales de cómo iban penetrando las conciencias estas ideas.

El segundo, alentado por las corrientes favorables a España que desde la guerra del 14 corren por Europa, propone una nueva Cristiandad, o sea, la fuerza moral de España en los siglos XVI y XVII: "porque creyó en la verdad objetiva y en la verdad moral. Creyó que lo bueno debe ser bueno para todos, y que hay un derecho común a todo el mundo, porque el favorito de sus dogmas era la unidad del género humano y la igualdad esencial de todos los hombres fundada en su posibilidad de salvación" (41).

Hoy el mundo moderno está bajando de su pedestal a la ciencia a la que había concedido dignidad sagrada. La ciencia no ha sido capaz de satisfacer la sed de absoluto del hombre. Unos han ido a buscar en el arte algo que pueda llenar su vacío insondable siguiendo a Goethe: "Quien no tiene ciencia y arte, necesita religión, pues quien ciencia y arte tiene, ya tiene religión".

El español, por temperamento, por el peso de la tradición, va más allá, se halla más cerca de lo absoluto y eso que antes le llevó al complejo de inferioridad ante el extranjero que poseía la ciencia

y la técnica, ahora, seguro de sí, ha llegado a esta conclusión, que "su estilo de vida no tiene por qué ser inferior, su distinta trayectoria no tiene por qué ser expresión de una inercia histórica definitiva e irremediable. Nunca volveremos a tener el mismo imperio, pero seguramente podemos aspirar a otra fórmula de universalidad: la de servir de ejemplo" (42).

Lecturas. — La pérdida de la fe en la ciencia para colocarla en la propia personalidad les viene de Ibsen, Dilthey y también Bergson. Sobre todo Nietzsche corrió de mano en mano provocando inquietud en el mismo Unamuno por el pésimo efecto que preveía iba a causar en la juventud: "Alejándoles de toda ilusión transcendente los sumerge en un mundo de fantasmas e ilusiones con la sofistería de la fortaleza, el culto a la voluntad y a la actividad irracional de la vida" (43).

Otro filósofo en que bebieron casi todos fue Schopenhauer, que les llevó a no aceptar más que las verdades compatibles con el instinto vital. Entre los novelistas, confiesan haber leído cuanto caía en sus manos sin discernimiento y a toda prisa. De los autores ingleses influye en ellos Carlyle. De los franceses, Stendhal, los simbolistas y naturalistas. Gustan mucho de los rusos Dostoiewsky, Tolstoi. Son también muy leídos Maeterlinck y d'Anunzio.

Unamuno es el de lecturas más amplias, pues abarca todos los clásicos antiguos y modernos, historiadores, moralistas, ascetas, místicos y hasta teólogos.

Notas al capítulo I

(1) Schokel, Luis Alonso: *Pedagogía de la Comprensión*, Col. Remanso, Ed. Juan Flos, Barcelona, 1954, p. 51.
(2) Fernández, Alvaro: *Exito y fracaso de España*, de la Revista "Indice" de Artes y Letras, Madrid, núms. 124-125 de 1959.
(3) Ríos, Fernando de los: *El Estado-Iglesia del siglo XVI*, de "El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos", por Angel del Río, Ed. Losada, Buenos Aires, 1946, p. 478.
(4) Madariaga, Salvador de: *España*, Ed. Sudamericana, 1950, p. 184.
(5) Menéndez y Pelayo: *Historia de España*, relacionada de la obra del Maestro, Ed. Fax, Madrid, 1934, p. 241.
(6) Menéndez y Pelayo: Ob. c., p. 187.
(7) Peñalver, Patricio: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos*, "Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla", Seminario de Escuela del Pensamiento, Sevilla, 1953, p. 134.
(8) Ob. c., p. 142.
(9) Menéndez y Pelayo: Ob. c., p. 218.
(10) Laín Entralgo: *España como problema*, Ed. Aguilar, tomo I, Madrid, 1956, p. 35.
(11) Madariaga, Salvador: *España*, p. 97.
(12) Aunós Pérez, Eduardo: *Itinerario histórico de la España contemporánea*, Ed. Bosch, Barcelona, 1940, p. 128.
(13) Donoso Cortés, Juan: *Textos políticos*, Biblioteca del Pensamiento actual, Ed. Rialp, Madrid, 1949, p. 189.
(14) Aunós Pérez, Eduardo: *Itinerario histórico de la España Contemporánea*, p. 162.
(15) Ob. c., p. 202.
(16) Giménez Caballero, Ernesto: *El genio de España*, 5.ª ed., Ed. Jerarquía, Barcelona, 1939, p. 49.
(17) Ríos, Fernando de los: *El Estado-Iglesia del siglo XVI*, p. 476.
(18) Menéndez y Pelayo, Marcelino: Ob. c.
(19) Madariaga, Salvador: *España*, p. 85.
(20) Zabala y Lera, Pío: *España bajo los Borbones*, 5.ª ed., Col. Labor, Barcelona, 1955, p. 332.
(21) Maeztu, Ramiro de: *Defensa del espíritu*, Ed. Rialp, Madrid, 1958, p. 207.
(22) Balmes, Jaime: *Escritos políticos*, "Bibl. de autores cristianos", Madrid, 1950, t. VI, p. 445.
(23) Ob. c., t. I, p. 190.
(24) Maura Gamazo, Gabriel: *Crítica del reinado de Alfonso XIII*, Montaner Simón, Barcelona, 1919, t. I, p. 100.
(25) Maeztu, Ramiro de: *Defensa del espíritu*, p. 206.
(26) Laín Entralgo, Pedro: *España como problema*, t. I, p. 108.
(27) Giménez Caballero, Ernesto: *El genio de España*, p. 215.

(28) Maura Gamazo, Gabriel: *Crítica del reinado de Alfonso XIII*, p. 60.
(29) Baroja, Pío: *Memorias*, Ed. Minitauro, Madrid, 1955, p. 109.
(30) Maura Gamazo, Gabriel: *Crítica del reinado de Alfonso XIII*, p. 139.
(31) Baroja Pío: *Memorias*, p. 276.
(32) Herrera Oria, Enrique: *Historia de la educación española*, Editorial Ventas, Madrid, 1941, p. 300.
(33) Madariaga, Salvador: *España*, p. 121.
(34) Marañón, Gregorio: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, Col. Austral, Espasa-Calpe, Argentina, 1940, p. 101.
(35) Río, Angel del: *El concepto contemporáneo de España*, Antología de ensayos, Ed. Losada, Buenos Aires, 1946, p. 19.
(36) Chabas, Juan: *Literatura española contemporánea*, Cultural, S. A., La Habana, 1952, p. 27.
(37) Laín Entralgo, Juan: *España como problema*, t. I, p. 37.
(38) Unamuno, Miguel de: *Ensayos: En torno al casticismo*, p. 104, Aguilar, 1951, Madrid.
(39) Río, Angel del: *Concepto contemporáneo de España*, p. 17.
(40) Calvo Serer, Rafael: *España sin problema*, Ed. Rialp, Madrid, 1949, p. 142.
(41) Maeztu, Ramiro de: *Defensa de la Hispanidad*, 2.ª ed., Fax, Madrid, 1935, p. 190.
(42) López Ibor, Juan José: *Discurso a los universitarios españoles*, 2.ª edición, Ed. Rialp, Madrid, 1957, p. 275.
(43) Chabas, Juan: *Literatura española contemporánea*, p. 22.

Capítulo II

Fernán Caballero - Cecilia Böhl de Faber (1796-1877)

Nació en Morges (Suiza), de padre alemán y madre española. Pasó gran parte de su infancia en Alemania recibiendo esmerada educación según el "ancien régime" reflejada después en todas sus obras. Desde muy temprana edad fue presentada en sociedad causando admiración a su alrededor, no sólo por su atractivo físico, sino por sus conocimientos que salían de lo común en la época. Poseía tres idiomas además del latín. En las tertulias que daba su madre en Cádiz, a las que acudía lo más ilustre de la capital, tuvo ocasión de estudiar la evolución que se operaba en España a principios de siglo.

Durante su primer matrimonio, que sólo duró poco más de un año, residió en Puerto Rico. Después en Sevilla con su segundo esposo. Allí, durante sus estancias en Dos Hermanas, pueblo cercano a la capital, visitando y haciendo bien a la gente campesina, fue, gracias a su talento de observación que la distinguía, aprendiendo la vida del labrador andaluz, sus alegrías, su capacidad de sacrificio, su humildad y la dignidad de su pobreza. Había instalado un taller para colocar a las mujeres del pueblo, donde, reunida con ellas en charla amistosa, iba recogiendo aquel rico caudal de leyendas, tradiciones y cuentos populares que están salpicados en todas sus obras.

Nueva viudez y otras desgracias de su familia afligían su alma cuando escribió *La Gaviota, Clemencia* y alguna otra obra, sin intención de publicarlas. Fue su tercer esposo quien a escondidas de ella las sacó a la luz, formándose pronto la admiración y popularidad en torno de la autora.

La muerte de su tercer esposo la dejó tan abatida que abandonó casi por completo la pluma y se dedicó exclusivamente a las obras de caridad y a la piedad (1).

* * *

En el prólogo a "Lágrimas", de Cavanilles, da FERNÁN CABALLERO la razón de su obra:

> "He tratado de dar una idea verdadera, exacta, genuina, de España y de su sociedad; describir la vida interior de nuestro pueblo, sus creencias, sus sentimientos, sus dichos agudos. La parte que podríamos llamar novela sólo sirve de marco a este vasto cuadro que me he propuesto bosquejar... Mi intención supera mucho a la de hacer novelas. Es la rehabilitación de cuanto con atrevida y grosera planta ha hollado el nunca bien ponderado siglo XIX; rehabilitación de lo santo, de lo religioso, de las prácticas religiosas y su alto y tierno significado; de las costumbres españolas puras y rancias; del carácter y modo de sentir nacional, de los lazos de la sociedad y de la familia; del freno en todo...".

Hay que considerar en FERNÁN CABALLERO, por un lado el ambiente no español en que se desarrolló gran parte de su vida lo mismo que sus lecturas de autores franceses, ingleses y alemanes en su mayoría. Por otro, que vivió en plena época del romanticismo, con el consiguiente aporte de sentimentalismo e idealización de la vida. Sin embargo, quiere apartarse de esta corriente y convencida de que conoce la realidad de España, se propone darla a conocer.

Después de la decadencia de la novela durante toda la primera mitad del siglo XIX en que no se leía más que traducciones francesas de los autores románticos y alguna más o menos acertada que salía de este género de autor español, éste va a ser el primer intento de rehabilitar la novela y conducirla por los cauces en que alcanzó su apogeo en el siglo XVII, o sea, por el realismo. FERNÁN CABALLERO comprendió muy bien la escuela que mejor se acomodaba al carácter español y así lo manifiesta en un diálogo de su novela *La Gaviota:* La marquesa de Guadalcanal va describiendo lo que ella entiende por una buena novela, y tras ella podemos suponer que habla la autora: Que en la novela se observe y no se sueñe, que no sea fantástica, heroica, lúgubre ni sentimental, sino de costumbres que retraten la época, la localidad, el país. Algo bueno y sencillo sin mujeres interesantes por sus culpas en la que se justifiquen sus vicios: Esto no

va con los españoles. En la que se le nombre a Dios por su nombre y no por otros que con título de respeto se dan en épocas en que éste se ha perdido y no sirven más que para platear el oro, como Ser Supremo, Moderador del Universo, etc. (p. 142).

Veamos ahora en *La Gaviota* su punto de vista, que busca la más exacta objetividad, al describir Villamar, un típico pueblo andaluz. Por allí se diría que no ha pasado la historia: las mismas costumbres, la misma fe, seguramente el mismo color local que hace un siglo. Sólo denuncia el paso de la revolución las ruinas del convento desierto y una inquietud que ya flota en el ambiente, espíritu de defensiva en las almas apegadas al pasado, quizá una fe más exaltada como contestación a los ataques a su religión.

Están representadas en Villamar algunas fases de la evolución que pronto se va a operar, todas aún muy superficiales. La tía María, Rosa Mística y el pastor José son para la autora, lo castizo y tradicional del pueblo español. "Sabían poco y sentían mucho". Prontos a narrar toda clase de consejas y leyendas, cuentos, milagros y a adherirse a ellos con una fe llena de candor e ingenuidad.

Si es de malos cristianos no cumplir de los deberes para con Dios más que lo estrictamente obligatorio, también lo será el no creer más que lo que manda la Santa Madre Iglesia. Así viven rodeados del halo de lo maravilloso, la mano providente de Dios interviene constantemente aún en los menores detalles de su vida.

Miguel es el tipo que ha abierto algo los ojos durante su vida de cuartel en la capital y ha vuelto al pueblo algo burlón ante el exceso de creencias de sus paisanos, aunque él cree firmemente todavía. Sus socarronerías provocan cierto escándalo entre los ingenuos lugareños.

Sólo hay un representante de las ideas avanzadas en el pueblo, el alcalde don Perfecto Cívico que se exaspera ante aquellos abominables brutos partidarios del absolutismo, enemigos de todo progreso social que ni merecen llegar a ser ciudadanos libres.

Paralelamente se aprecia esta situación en las clases altas. Por la facilidad de la lectura se hallan más difundidas las novedades entre ellos y aquí los que dan la nota de extravagancia son los amantes de la innovación que abominan de todo lo español como chabacano y atrasado y anhelan seguir los dictados de fuera. Lo auténticamente español y lo que debe seguir siéndolo para Fernán Caballero es la familia de buenas costumbres con la madre amante del hogar, de su esposo y de sus hijos, no de mucha ilustración, pero capaz de envolver con su dignidad y nobleza cuanto le rodea, tales

son la marquesa de Guadalcanal, la condesa de Algar y la esposa del duque de Almansa.

Parece que la autora se ha complacido en agrupar todo lo más puro en las costumbres, lo más rancio en las ideas y doctrinas queriendo dar con ello una muestra de la realidad española: esto es España y para ser fiel a sí misma eso debe seguir siendo. De otro lado está lo falso, lo ridículo, lo de medias tintas. Sobre este panorama flota, a pesar de sus afanes de objetividad, las brisas de cierto idealismo sentimental, hasta enervante a veces, del romanticismo y el exotismo de una España vista con ojos de extranjero.

Nota al capítulo II

Obra consultada del autor: *La gaviota*, **Ed. El Heraldo, Madrid, 1920.**

(1) Holl, Constantino: *Mujeres ilustres*, Ed. Herder, Friburgo de Brisgovia, 1.23, p. 85.

CAPITULO III

Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891)

Nació en Guadix (Granada) de familia noble venida a menos. Cursó en el Seminario de su ciudad natal Humanidades y Filosofía y se inició en Teología. Su poca vocación y su mucha sed de aventuras aconsejada por un talento literario le hicieron huir de la tutela familiar y se escapó a Granada, ingresando en la "Cuerda granadina", asociación bohemia de literatos y artistas noveles. En Madrid dirigió "El Látigo", periódico anticlerical, gran enemigo de Isabel II, y se vio comprometido en todas las revueltas revolucionarias, hasta que en un duelo estuvo a punto de perder la vida si no hubiera sido por la nobleza de su adversario, Herberto García de Quevedo que disparó al aire. Tal suceso le hizo cambiar el rumbo de su vida.

Soldado inesperado en el batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, estuvo luchando en la guerra marroquí, donde escribió "Diario de un testigo de la guerra de Africa" y como combatiente llegó a ganar la Cruz laureada de San Fernando colectiva.

Se dió después enteramente al periodismo y a la literatura. En 1877 era recibido en la Academia Española. Falleció en Valdemoro (Madrid) en 1891.

* * *

Alarcón, siguiendo los pasos de Fernán Caballero, se afilió al realismo, pero le sucede lo que a su predecesora, que no acaba de perder ciertos resabios de idealismo romántico en sus novelas.

En los personajes de las novelas de Alarcón tenemos una clave no sólo para conocer al autor, sino también para apreciar la situación religiosa a mediados de siglo. De por sí el Escándalo es una novela apologética.

Fabián Conde, el personaje principal de *El Escándalo,* con sus calaveradas, escándalos y desafíos a la sociedad, parece querer emular la fama de don Juan o de un Lord Byron, hasta que es truncada

su “brillante” carrera por un hecho de consecuencias decisivas. ¿No hay aquí algo de la vida del propio ALARCÓN, exaltado en sus ideas, vehemente hasta la violencia o hasta el sacrificio más absoluto, ferozmente individualista? Un clímax en su vida, el duelo con Quevedo, la reflexión y la entrega a unos ideales bien distintos de aquellos por los cuales había peleado hasta ahora. Parecen dichas al mismo Alarcón las palabras con que el Padre Manrique exhorta a Fabián Conde cuando éste ya se ha decidido a virar su ruta:

> “¡Al mundo, señor Fernández! ¡al mundo! ¡a combatir por el bien! ¡a purificar su alma! ¡a redimir la de sus prójimos! ¡a salvar a los inocentes de la epidemia del escándalo! ¡a deshacer todo el mal que les ha hecho! ¡a purgar y a pagar lo que ya no puede remediarse!, en una palabra... muera usted, en fin, edificando al mundo con sus obras” (pág. 146).

Además Fabián Conde es reflejo de toda una juventud: infancia de piedad conmovedora gracias a los cuidados de una madre vigilante; la crisis de la adolescencia con sus dificultades de orden moral e intelectual tal vez poco defendida por una formación a veces rutinaria, sin iniciativas, que deja demasiada distancia entre una época de invernadero, cargada de preceptos negativos y el afrontamiento brutal con la vida que viene a continuación.

Fabián Conde tiene sus dificultades particulares. Desde el primer momento aprecia el P. Manrique “una gran tragedia espiritual, ascética”. Hay un secreto en su vida: la historia infame de su padre y que le impide llevar su nombre. Consecuencia de ello es su desadaptación social y como reacción contra esa sociedad que le rechazaría en su auténtica personalidad, se venga y triunfa de ella con los escándalos y vida desgarrada.

En medio de sus aventuras alegres y de sus balandronadas no logra acallar la inquietud de su conciencia, todavía más viva después de conocer a Gabriela y en ella, la imagen de su inocencia perdida.

La oleada de naturalismo y laicismo que desciende del centro de Europa, va enfriando la fe de los españoles, pero aún no la ha apagado; y si poca defensa halla ésta en la cultura religiosa del sujeto, menos es capaz de derribarla el tenue barniz de filosofía racionalista que adquirían la mayoría de los jóvenes que se tenían por ilustrados, aunque quisieran de este modo disculpar sus des-

carríos morales. En fin, que todo se reducía casi siempre a ateísmo práctico más que de convicción. Pero pronto aparecerá el tipo con verdaderas inquietudes teológicas, influído por Kant y los filósofos del pesimismo y la desesperación.

A este propósito es curioso el diálogo entre una viejo jovellanista y un discípulo de Moratín en *El Niño de la Bola:*

> "—Terrible gente — respondió el jurisconsulto, alzando mucho las cejas —. A mí no me asustan los milicianos nacionales... Ya vieron ayer ¡qué entusiasmados y devotos iban en la procesión!... ¡Esos progresistas son buenos en el fondo!, pero ¡esa gentecita nueva, que no cree en la divinidad de Jesucristo, representa un gran peligro para el porvenir!
>
> —Oye una palabra, Trajano..., con permiso de los señores... — dijo en esto aquel otro viejo, también moderado jovellanista, que la tarde anterior vimos con él en un balcón.
>
> Y arrimando la boca al oído del discípulo de Moratín, añadió lo siguiente:
>
> —Esa *gentecilla* que dices, ¡es nuestra legítima heredera!... Nosotros, con nuestros pergaminos y sangre azul, fuimos, cuando jóvenes, partidarios de la *Razón, Del Buen Sentido* y hasta de aquel *Ser Supremo* que sustituyó al antiguo *Jehová*... ¿No te acuerdas?
>
> Y al hablar de este modo el viejo se reía.
>
> —¡Eso no se dice! — gruñó don Trajano de muy mal humor.
>
> —¡Te lo digo a ti!...
>
> —¡Ni a mí tampoco! ¡Ni a ti mismo!... Y verás cómo, con el tiempo, te acostumbras a creer que tienes otras ideas" (página 181).

Fabián Conde se balancea entre los dos extremos de sus amigos. Diego siempre arrebatado por la pasión o sentimiento del momento, que le pide goce y triunfe en la vida. Lázaro, la virtud inexpugnable, con el consejo oportuno siempre a punto, intolerante consigo mismo y con las faltas de los demás.

Irónicamente describe el autor los convencionalismos sociales. La honra es asunto muy vidrioso y por fútiles motivos va la gente a un

duelo y se pierde el honor. Pero hay un amplio manto de benevolencia para cubrir los escándalos de la vida familiar.

ALARCÓN al resolver el problema planteado a Fabián, no se va a ir por el "orilleo" ni por medias tintas o convencionalismos sociales. Aquí está retratado el propio autor: también hubo un momento en su vida en que "acaeció algo muy grave en su corazón y en su inteligencia".

El dolor es lo que ha traído la luz para ver lo que antes no se veía o no se quería ver y también ha dado la fuerza necesaria para salir de la insinceridad consigo mismo y reconocerse uno tal cual es. Dice así Moeller:

"La sinceridad es una de las condiciones de la libertad, pues la libertad reabre las arterias y los pulmones, reintroduce ese aire en todo el organismo espiritual, ofrece las profundidades de la persona al llamamiento venido de fuera" (1).

Fabián Conde obtiene la inmediata recompensa de lágrimas sensibles con lo que ALARCÓN nos hace una concesión sentimental, pues "la recompensa de la virtud es ante todo "interior" y el cristiano, al acercarse a Dios, subre la prueba del "desierto" como Jesús en la Cruz" (2).

He aquí una idea de la religión "consoladora" muy propia de la época y bien distinto del cristianismo angustiado de nuestros días.

Junto con estos rasgos podemos señalar los restos de cierto fideísmo que se advierte en las palabras del P. Manrique al persuadir al joven al bien por los motivos del corazón más que por intelectuales:

> "Ahora, si lo que usted se propone es que yo le convierta a la fe, no espere que lo haga por medio de silogismos... No es mi sistema. Le dije a usted hace un rato que yo no tengo formado muy alto concepto de la razón humana, sobre todo cuando se trata de comprender la razón divina. Para mí en el alma del hombre hay muchas facultades que valen y pueden, y saben, y profundizan más que la razón pura. Refiriéndome a estas misteriosas potencias reveladoras que se llaman conciencia, sentimiento, inspiración, instinto...; a esos sueños, a esas melancolías, a esas intuiciones que son para mí como nostalgias del cielo..." (pág. 74).

Claro que el acto de fe, aunque no sea un silogismo matemáticamente probatorio, no deja de ser razonable, pues nunca será una adhesión ciega e irracional bajo las oscuras fuerzas afectivas. Aún hoy

hay jóvenes que parecen tener miedo a la objetividad de las verdades de la fe por esa primacía concedida a los valores existenciales. El mismo Santo Tomás afirma que es necesario tener "buenas razones" para fundar la credibilidad de la fe: sin ello, dice el Santo, los incrédulos se burlarían de nosotros, pues se *imaginarían que creemos por motivos débiles y ridículos* (3).

Uno de los ataques que recibió esta novela al publicarse fué por la figura del Padre Jesuita, ya que la Compañía estaba entonces sumamente vilipendiada y seguramente el mismo Alarcón no tenía en esto muy limpia la conciencia, pues se sabe cuán poco agradables le eran estos religiosos. Claro que aquí se reduce la labor del P. Manrique a encauzar la conciencia del joven hacia su liberación. Bien claramente le dice que no trata de llevarle a su bando aprovechándose de su estado de depresión.

Respondiendo a los ataques, Alarcón presentó en el *Niño de la bola* otro tipo de sacerdote, el que se ha llamado "de misa y olla" y que estaba en la mente de casi todos los escritores de la época representando el auténtico sacerdote que se daba en España:

> "...curas indígenas, digámoslo así, que aman su patria como cualquier hijo de vecino, sin tener nada de cosmopolitas, de europeos, ni aún de ultramontanos... por lo que rara vez ligan su nombre a la historia; curas, en fin, de la clase de católicos rancios, sin ribetes de política, ni de filosofía, que no suelen poseer ni exigir de nadie sutilísimos conceptos teológicos con qué explicar la mente del Autor del mundo, con inexorables fórmulas de Escuela sobre la sociedad y su gobierno, sino pura y simplemente la práctica real y efectiva de todas las virtudes cristianas" (pág. 30).

Este sacerdote, don Trinidad Muley, cuenta su entrada en la carrera sacerdotal como un recurso para salvar la situación económica de la familia. Nos recuerda el caso de Soledad, en la misma novela, a quien su padre, el usurero, está a punto de meterla en un convento de novicia contra su voluntad, y el de Gabriela, la protagonista de *El Escándalo,* que también espera en un noviciado si Fabián Conde se hace o no merecedor de su cariño. Parece que, antes de la renovación del Derecho canónico, se daban casos de éstos que ahora nos parecen tan extraños y cuyas consecuencias se pueden prever y las sabemos ya.

En resumen, hay en Alarcón una fe íntegra, robusta, práctica,

como decía Menéndez y Pelayo, aunque bastante poco ilustrada. Lo mismo sucede con la mayoría de los españoles, hombres de fe bien sentada y grandes creyentes, pero de pocas prácticas religiosas, con una voluntad que flaquea de vez en cuando. Y al menos en teoría se sabe cuál es el único camino a seguir si se quiere ser consecuente: mientras se tenga una fe, vivir conforme a ella (4).

Aun siendo *El Escándalo* una obra de ALARCÓN con fines apologéticos, no estamos de acuerdo con José Luis Aranguren que quiere haya surgido la obra sólo por circunstancias exteriores, sociales, con la intención de probar "con hechos" que la vida, alcanzada una determinada gravedad existencial — tragedia, conflicto — "necesita" la religión como la mejor salida. Ya hemos dicho que, además de esto, había en ALARCÓN una necesidad interior de escribir esta obra. Al ser, pues, obra de tesis, se le achaca que en ella no se deja curso libre a la vida, sino que se preparan previamente los sucesos de modo que al fin venga a resultasr todo de modo que sirva al autor para probar lo que se pretendía, en este caso que las obras, buenas o malas, en último término repercuten en el que las ejecuta para su bien o su mal. O también, que la única salida después de tanta fechoría, es la conversión. Que así el novelista "convence" al lector mostrándole un ejemplo de la vida, pero de una vida dirigida por él, tomando el papel de Providencia. Y sin embargo es un hecho que, aunque muchas veces nos lleve Dios por caminos incomprensibles, los dolores, desgracias, sucesos a contrapelo y "tremendistas", nos suelen servir para encauzarnos hacia la mejor "salida". Concedo que ALARCÓN no llega a los autores modernos en ese análisis del alma desesperada o angustiada que nos hace identificarnos con él y sentirnos anegados en sus pecados, pues parece narrada algo de fuera, la situación de Fabián Conde o la de otros personajes importantes de la novela. Pero no creo que para que una novela sea lo que se llama católica necesite presentar siempre un cristianismo en crisis, inseguro y dudoso, dentro de un mundo en continuas tormentas pasionales sin un asidero donde agarrarse en la desesperación, para encontrar al fin a Dios a través de estas situaciones — límite. Estos son temas de ahora, a fines del siglo pasado todavía se vivía el racionalismo, y al fin esto también reconoce Juan Luis Aranguren: "ALARCÓN se hizo cargo de una concepción de la vida cara la cual la religión se había tornado realidad problemática. Y él se propuso honradamente, un poco ingenuamente también, resolver el problema. Como si fuese un problema de pura razón, un problema matemático" (5).

NOTAS AL CAPÍTULO III

Obras consultadas del autor: *El Escándalo*, Bibl. Mundial Sopena, Buenos Aires, 1940; *El niño de la bola*, Bibl. Mundial Sopena, Buenos Aires, 1939.

(1) MOELLER, CHARLES: *Literatura siglo XX y Cristianismo*, t. II, Edic. Gredos, Madrid, 1955, p. 366.

(2) O. c., p. 133.

(3) Ob. c., p. 193.

(4) MENÉNDEZ Y PELAYO: *Discurso en la Real Academia Española*, 1897.

(5) ARANGUREN, JOSÉ LUIS: *¿Por qué no hay novela católica en España?*, en "Cuadernos Hispanoamericanos", núm. 62, Madrid, 1955, p. 191 y ss.

CAPITULO IV

JUAN VALERA (1824-1905)

Nació en Cabra (Córdoba) y descendía de familia noble. Recibió esmeradísima educación. Cursó la carrera de leyes en Madrid y mientras se preparaba para la de diplomático frecuentó la sociedad y las diversiones de la Corte. Fue Nápoles el primer destino que tuvo, todavía de ayudante de su tío el duque de Rivas. Allí se puso en contacto con la antigua civilización clásica. Tuvo después misiones en Brasil, Portugal, Dresde y Alemania, siempre dentro de una vida fastuosa compaginada con sus aficiones artísticas y literarias. En 1858 publicó su primer libro de poesías. Perteneciendo a la Unión Liberal, desempeñó algunos cargos en el Gobierno y nuevos puestos en la diplomacia, siendo embajador en Lisboa, Washington, Bruselas y Viena, que alternó con los de diputado y senador vitalicio. El 18 de abril de 1905 fallecía en Madrid cuando se hallaba trabajando en un discurso sobre el tercer centenario del "Quijote", que había de pronunciar en la Real Academia Española, a la que pertenecía desde el año de 1861.

* * *

Según propia confesión, la idea de escribir la novela *Pepita Jiménez* surgió después de haber leído unos cuantos libros devotos "que habían dejado hechizado al escritor, pero no cautivado". Entonces se le ocurrió recoger como en un ramillete lo que encontró más bello entre aquellas flores místicas y ascéticas.

Según Menéndez y Pelayo, se plantea en esta obra el caso de una falsa vocación. Para otros, la vocación es verdadera, pero queda sofocada por un triunfo de amores terrenos. Cejador dice que es un diálogo entre las diversas tendencias del autor. En este caso, Luis Vargas personificaría su imaginación seducida por amores místicos y quintaesenciados. Pepita representaría su mente racionalista que piensa en frío, con un corazón incapaz de elevarse más allá de lo

sensible: "Ni con la mente, ni con la voluntad, ni con el afecto, atino a elevarme a Dios inmediatamente — dice a don Luis —; ni por naturaleza, ni por gracia subo ni me atrevo a querer subir a tan encumbradas esferas..." (pág. 211).

Siendo el propio VALERA el que dialoga bajo los distintos personajes, desde el principio tiene el seminarista perdida la partida, puesto que estaban, de una parte, las "imágenes devotas", buenas sólo para entusiasmos pasajeros, y de otro las "mundanas realidades" que pesaban bastante en el autor.

A Luis Vargas se le achaca haber leído los libros devotos como quien lee novelas para forjarse la propia. Es precisamente el caso del autor. Resulta ridículo toda esa verborrea de frases estilo de los místicos, pero que nos dejan fríos, pues no se encuentra en ello la menor unción. De eso sí que podría decir que es delirio de la mente. Mente que no sé si llega a soñadora y poética, pues más que el corazón habla la frialdad de quien no cree lo que escribe. Y a continuación de esos subidos amores, vienen hojas enteras describiendo a Pepita hasta en los menores detalles. Yo no creo en un seminarista tan cándido.

Veamos otros personajes que representan la religión: el P. Vicario, recuerda al P. Anselmo de *Juanita la Larga*. Son de inteligencia mediocre, rutinarios, ingenuos hasta la bobería, admiradores incondicionales de las protagonistas a las que parangonan con la Mística Doctora y se dejan dominar un poco por ellas. Les salva su bondad y caridad sin límites para con los pobres y desgraciados. Como se ve, no están muy lejos de don Trinidad Muley de *El niño de la bola*, curas de "misa y olla".

Don Luis Vargas, en las cartas que escribe al Deán, su tío, hace unas reflexiones sobre la situación religiosa de los pueblos. Encuentra a sus paisanos bastante materializados e incluso incrédulos, pero no se explica cómo pueden haberles llegado las ideas modernas, pues allí no se lee libro bueno ni malo.

> "¿Estarán en el aire las malas doctrinas, a modo de miasmas de una epidemia? Acaso (y siento tener este mal pensamiento, que a usted solo declaro), acaso tenga la culpa el mismo clero. ¿Está en España a la altura de su misión? ¿Va a enseñar y a moralizar en los pueblos? ¿En todos sus individuos es capaz de esto? ¿Hay verdadera religión en los que se consagran a la vida religiosa y a la cura de almas, o es un solo modo de vivir como otro cual-

quiera, con la diferencia de que hoy no se dedican a él, sino los menesterosos, los más sin esperanzas y sin medios, por lo mismo que esta carrera ofrece menos porvenir que otra cualquiera? Sea como sea, la escasez de sacerdotes instruidos y virtuosos excita más en mí el deseo de ser sacerdote..." (pág. 37).

Pero tampoco él llega a serlo, quizá Valera le encontró demasiado instruido para ello.

El pueblo es todavía más ignorante y sus fiestas religiosas estan teñidas con alguna nota ridícula o supersticiosa como las procesiones de Semana Santa que se describen en *Juanita la Larga*. A pesar de todo, quitando los detalles que hoy nos moverían más a risa que a respeto, se ve que el fin que se pretendía era adoctrinar al pueblo representando o relatándose allí lo más importante de las Sagradas Escrituras.

Se advierte ya en los protagonistas lo que tanto van a echar en cara a los católicos los siguientes escritores: valerse de la religión para cubrir proyectos más o menos tortuosos. En una palabra, la hipocresía religiosa. Tal es el caso de la "piadosa" e incluso "semiteóloga" Pepita Jiménez; lo mismo se puede decir de Juanita la Larga en su segunda época, y doña Inés en esta misma novela. Pero lo que está visto con simpatía en la primera, y como un rasgo de sagacidad femenina, en doña Inés queda como defecto desagradable.

No es fácil cogerle a Valera en sus verdaderas intenciones, se escurre de las manos. Cuando parece manifestarse en una opinión menos ortodoxa, leemos a continuación una especie de proclama de la fe y hasta de piedad.

Por eso son tan diversas las opiniones en torno a este escritor. Según don Manuel Azaña "Ni antes ni después de escribir este artículo ("Ensayo sobre el Catolicismo", por don Juan Donoso Cortés), aceptó Valera el origen divino de la religión. No era un católico creyente, ni siquiera cristiano; pero se atuvo públicamente a un catolicismo liberal, con criterio de burgués ilustrado que sobrelleva la preocupación dominante de su país, tal como la historia lo fragua" (1).

Otra opinión: "Si Valera... se refugia con tanta insistencia en el catolicismo, es porque lo lleva en su entraña como un poder irresistible, tan inseparable de su vida como los rasgos fisonómicos o el color de la piel". Y en otra parte: "En contra de lo que sue-

le decirse por críticos e historiadores, VALERA no es escéptico, ni tiene dudas sobre la religión, ni sobre nada especial de la vida humana" (2).

Entre estas dos opiniones extremas está la de Araujo Costa: "No le importa lo que puedan pensar sus contemporáneos. VALERA vive para la religión de sus mayores con todo el catolicismo a través de la historia, y sustenta sus doctrinas sobre el texto que mejor le conviene sin preocuparse de la época o del país a que dicho texto pertenezca" (3).

Para el P. Blanco: "VALERA es un escéptico que expone las teorías de Pitágoras y Platón de la escuela teúrgica de Alejandría y del misticismo cristiano, revolviéndolas como figuras de calidoscopio".

Para el Padre Gomís, nunca fueron muy vehementes sus escrúpulos de ortodoxia, pero lo suficientemente fuertes y eficaces para mantenerse dentro del dogma definido (4).

Nosotros añadimos que, si oficialmente no resbala, se adivina su escepticismo y tono burlón ante el problema religioso. El mismo nos lo confirma en una carta a García Quevedo:

"Me siento incapaz de ser dogmático en mis opiniones filosóficas; ando siempre saltando del pro al contra, y dudando y especulando, sin atreverme a seguir doctrina alguna".

Pero afirma en otra ocasión: "Aunque yo sea escéptico a veces, no siempre ni en todo lo soy. También yo tengo mis dogmas. Ríanse de ellos quien quiera y si lo hace con mesura, no me enojaré ni entenderé que se burla de mí" (5).

Y otra afirmación de fe: "En cuanto al progreso de las instituciones políticas y sociales por el influjo del cristianismo que se ha realizado, ni lo niego ni lo he negado nunca; mas por lo mismo que soy o que quiero ser buen católico, no le llamo ni debo llamar progreso, sino regeneración y redención" (6).

Y en otra parte hablando contra las luchas sociales: "Mi filantropía, mi piedad y la arraigada creencia en mi espíritu de un Dios omnipotente y misericordioso, me llevan a repugnar en toda su brutal extensión y en sus crueles consecuencias, eso que llaman la lucha por la vida" (7).

Reconoce que el genio del catolicismo es el genio de España haciendo de entrambas uno: "Hay que tener en cuenta (porque, ¿cómo negarlo?, que el espíritu del catolicismo se ha infiltrado, digámoslo así, hasta la masa de la sangre de los españoles, prevaleciendo en los mismos giros y frases de la conversación fami-

liar, y haciendo que hasta los hombres más revolucionarios y descreídos y más penetrados del espíritu moderno, hablen o escriban a menudo, sin caer en ello, como pudieran escribir frailes descalzos" (8).

Toda esta disparidad de opiniones y juicios se refleja en su obra.

Amigo del buen vivir, convencido de que sólo puede llenar y satisfacer al hombre lo que entra por los sentidos, se palpa, se ve y oye, quiere conciliar este epicureísmo o utilitarismo con las ideas espirituales que ha recibido en su niñez y que hasta le conmueven. Por eso sus héroes reflejan todo lo culto, el buen gusto, la elegancia, mucho amor, mucha belleza por todas partes, mucho bienestar material, no hay hambre, no hay preocupaciones sociales...y como todo eso se hace por amor a Dios, se acuerdan de El en medio de su dicha y le saben agradecer los beneficios, también se están ganando un buen cielo para la otra vida.

Bien pudiera ser éste el paraíso terrestre soñado por los progresistas: la confianza sobrenatural en la divinidad ha pasado a ser una confianza sin límites en el propio valer y en lo que pueda dar de sí este mundo. Esta manera de "vivir" de "ser", provoca hoy náusea a los filósofos del fracaso que han perdido la certeza, la verdad y la fe.

"Para Ignacio Anzoátegui (9), este optimismo y alegría de la vida le viene a VALERA de su andalucismo. Por eso para él la vida no es un problema de angustia, sino de desangustia. La Redención se ha hecho no sólo para redimir al hombre, sino también para desangustiarle. Ser feliz y repartir esta felicidad es una forma de la caridad: el mandato de la felicidad compartida que le obliga a ser feliz, a respirar su felicidad y a mirar con felicidad y a tratar con felicidad a los demás, para obligarles a ser felices a su vez. Su pudor le obliga a no inspirar lástima, a tapar la cara al dolor por encima de todo.

Para poder repartir su felicidad, quiere repartir primero su cultura y al hacer a sus semejantes iguales a sí, tratarles como iguales y darles sentimientos de igualdad.

Dignidad y felicidad son, así, para VALERA, dos términos inseparables. Mejor dicho, los dos términos ineludibles de la convivencia. Para ser feliz hay que ser digno, de ahí el VALERA moral. Y a nadie se le puede obligar a ser digno, si no se le asegura antes su correspondiente cuota de felicidad, de ahí el VALERA político".

VALERA pasó gran parte de su vida en el exterior y su novela,

anterior a *El escándalo*, es sin embargo más avanzada de idea
Sus influencias extrañas nos impiden considerarle como un cas
típico que refleje la situación religiosa de la época en España.

Las frases finales de *Pepita Jiménez* nos pueden servir de clav
para comprender a su autor:

> "En la casa de mis hijos — escribe el padre de Lu Vargas, ya casado con Pepita Jiménez — hay algunas s las que parecen preciosas capillitas católicas y devot oratorios; pero he de confesar que tienen ambos tan bién su poquito de paganismo, como poesía rústica am roso-pastoril, la cual ha ido a refugiarse a extramuros (pág. 265).

Notas al capítulo IV

Obras consultadas del autor: *Pepita Jiménez,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1930; *Juanita la Larga,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1930.

(1) Azaña, Manuel: *La novela de Pepita Jiménez,* "Clásicos castellanos", tomo 80, p. 37.

(2) Aguado, Emiliano: *Juan Valera,* "Antología", p. 37.

(3) Araujo Costa, Luis: En el Preliminar de *Obras completas de don Juan Valera,* 2.ª ed., Editorial Aguilar, Madrid, 1942, vol. I, p. XVI.

(4) Gomis, Fray Juan Bautista, O. F. M.: *El sentido católico de don Juan Valera,* revista "Verdad y Vida", núm. 5, 1944.

(5) Valera, Juan: *Obras completas,* citadas, p. 1667.

(6) Ob. c., p. 1399, t. II.

(7) Ob. c., p. 1042, t. II.

(8) Ob. c., p. 982, t. II.

(9) Anzoategui, Ignacio: *Valera, novelista andaluz,* en "Cuadernos Hispanoamericanos", núm. 88, 1957.

CAPITULO V

BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920)

Nació en Las Palmas (Islas Canarias). A los 20 años, cuando había terminado los estudios de segunda enseñanza, fue a Madrid a cursar la carrera de Derecho en la Universidad Central. Comenzó a escribir hacia 1865 primeramente artículos periodísticos en "La Nación", "La Revista de España" y "El Debate", después pasó a la novela. Concurrente asiduo del Ateneo donde acudían los talentos más esclarecidos de la Península, era gran aficionado a la pintura y había presentado ya una exposición en su ciudad natal antes de partir para Madrid. Perteneció al principio al partido fusionista (izquierda monárquica), y después al republicano. En 1868 publicó su primera novela, "La Fontana de oro" y en 1897 era elegido miembro de la Academia Española, pronunciando en tal ocasión el memorable discurso "La Sociedad moderna como materia novelable". Viajó mucho por España y por Europa y residió en Toledo, donde murió en 1920.

* * *

GALDÓS manifiesta que lo que ha echado a perder la novela española de su época ha sido la ausencia de espíritu de observación junto con un exceso de idealismo, pero sobre todo esto, la decadencia del espíritu nacional y el estado de continua inquietud en el país. Y no porque carezca en España de espíritu observador como se ha alegado, pues no hay más que ver los novelistas clásicos y nuestros pintores famosos.

Con esta intención de estudiar la raza y proyectos muy españoles se lanzó a la arena, aunque no siempre se mantuvo como observador imparcial de la realidad, cayendo en los excesos de imaginación que achacaba a otros. Se mezcló algo en la política y fue arrastrado un poco más por la corriente demagógica y la heterodoxia del momento (1).

Buscó para sus novelas la clase burguesa por lo general, aunque tenía cualidades para la picaresca. Pero

> "la novela moderna de costumbres — dice — ha de ser la expresión de cuanto de bueno y de malo existe en el fondo de esa clase, de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan a todos y conocer el origen y remedio de ciertos males que turban las familias. La grande aspiración del arte literario en nuestro tiempo es dar forma a todo eso" (2).

O sea que Galdós encuentra en la clase media todo lo necesario para su inspiración porque las hondas transformaciones políticas y religiosas que está sufriendo le prestan seductores aspectos de originalidad, forma y colorido.

Esta clase social era el alma del progreso, por ser el alma de la política, del comercio, llevando en si los dos vicios consiguientes: ambición desmedida y positivismo.

En esta clase social se sienten más vivas las preocupaciones familiares y el problema religioso: Al faltar la religión se rompen los lazos morales y civiles de la familia. Pero se viene a igual resultado con el fanatismo y las "costumbres devotas".

Muchos han creído ver aquí la idea central de toda la obra de Galdós: describir un "siglo y la formación de una época en cuyo fondo se encuentra como la forma más viva y característica, la discordia religiosa" (3). Esta podrá darse en el seno de las familias o en el interior de la nación trágicamente desgarrada en continua guerra civil.

Según esto, estudiar el problema religioso en este autor sería dar con el meollo de toda su obra.

Si Alarcón trata de los problemas de la vida y los resuelve a través de la religión como única verdad capaz de hacerlo, Galdós, aún tratando de los mismos problemas, se queda en la duda no los resuelve por la fe, pues para él la religión no es necesaria, ya que se puede dar la perfección laica.

Vamos a ver dos de las más características a este propósito: *Doña Perfecta* (1876) y *La familia de León Roch* (1878).

Unas frases de esta última nos dan la nota peculiar del ambiente que a los ojos del escritor, predomina en España: estamos

en el país de los viceversas. Todo es una continua paradoja y contradicción...".

En *Doña Perfecta,* comenzando por el nombre de la protagonista, penetramos en Orbajosa a través de nombres todos contradictorios que nos colocan en situación precavida para no creer sino lo contrario de lo que nos vayan a decir sus habitantes.

Como Galdós está empeñado en su tarea de mostrarnos cómo la desviación de la religión puede ser causa de discordia en la familia, nos presenta una especie de muestrario con todas las falsificaciones de la misma.

Doña Perfecta, es una perfecta egoísta, dominante y soberbia hasta la pasión, aunque "era maestra en el dominar y nadie la igualó en el arte de hablar el lenguaje que mejor cuadraba a cada oreja". He aquí el origen del mal: "Su hechura biliosa y el comercio excesivo con personas y cosas devotas, que exaltaban sin fruto y objeto su imaginación, habiéndola envejecido prematuramente..." (página 489).

Otra consecuencia de este comercio era el endurecimiento del corazón a los afectos de la familia: "Podía decirse de ella que con sus hábitos y su sistema de vida se había labrado una corteza, un forro pétreo, insensible, encerrándose dentro, como el caracol en su casa portátil" (pág. 489).

También María Egipcíaca, esposa de León Roch, tan hermosa como negada de inteligencia, rompe toda idea en común que pudiera tener con su marido, y lucha por borrar hasta el afecto por él, considerándolo enemigo de su perfección, abriendo así un infranqueable abismo entre los dos. "La religiosidad de María Sucre era la religiosidad de la turbamulta, del pueblo bajo, entendiéndose aquí por bajeza la triste condición de no saber pensar, de no saber sentir, de vivir con esa vida puramente mecánica, nerviosa, circulatoria y digestiva que es el verdadero, el único materialismo de todas las edades" (pág. 868).

A Gustavo Sucre, le retrata así León Roch: "Moralista de política religiosa y de sermones de partido, maquinilla de hacer moral de confitería, que amasa las leyes divinas y humanas para dar al mundo esas pastillas de virtud según el gusto de cada uno..." (página 919).

Se cree un ángel tutelar de la religión con la espada siempre en la mano. Pero hay mucho de fariseísmo en su vida, pues aunque le oímos decir con orgullo: "Yo soy católico y como tal procedo en mi vida; yo no tengo el dogma en mi boca y el ateísmo en mis

actos; yo, despreciando los juicios de la frivolidad, oigo misa, confieso, comulgo, practico el ayuno..." (pág. 790), son frases que nos recuerdan demasiado las de la parábola evangélica, sabemos positivamente que está entre los que no pueden tirar la primera piedra a la pecadora.

El pobre Luis Sucre, el asceta de la familia, que muere a los ojos de todos con señales de santidad, es también un engañado. Se ha propuesto ser una fiel copia de San Luis Gonzaga y yo pienso que debió caer en sus manos la biografía más antipática del bendito joven; Luis Sucre es una especie de fáquir cristiano, un sibarita del sufrimiento, si se pueden juntar esas palabras, que "cuidaba su enfermedad como se cuida una flor para que crezca; alimentaba aquella bestia inmunda que se lo comía, y gozaba al sentir chupado y magullado su miserable cuerpo...". Acosado por los escrúpulos, considera a Dios como un juez dispuesto siempre a tomar minuciosa cuenta de nuestros actos y rigurosa venganza: "Si me envanezco demasiado de morir, puede que Dios me castigue condenándome a vivir algún tiempo más" (pág. 808).

Qué lejos está del verdadero santo cristiano, olvidado de sí, lleno de amor de Dios y de las almas. Este Luis, apenas habla con los criados ni se preocupa más que de ganarse "su" cielo. Sólo tiene celo del alma de su hermana a quien también pone en dirección a su salvación apartándola del pecador esposo.

Así, entre las personas que se dan a la santidad, unas lo hacían por evasión, otras porque se dejan llevar de fantasías, de seudomisticismos para compensarse en amores humanos no correspondidos; o bien son personas en las que no se ve bien el límite entre la neurosis y la santidad, como sucede en Nazarín. GALDÓS no nos lo resuelve dejándonos como simples espectadores que sólo ven las cosas desde fuera.

Las preferencias del novelista, a través de toda su obra, están bien claras: ama el desecho de la sociedad y le gusta, a través de harapos y de taras morales y biológicas, descubrir la obra de Dios, su caridad para con los hombres más pequeños.

Los demás personajes, unos enfangados en sus vicios, otros en sus negocios, en vanidades, pero todos empeñados en aparecer como católicos practicantes. "Porque consideramos que vivimos en un pueblo eminentemente religioso... recordamos que las clases populares necesitan de nuestro ejemplo para no extraviarse" (pág. 788).

A estilo de Balzac, ésta es la "Comedia religiosa" que presenta GALDÓS en la que desfilan las diversas taras religiosas que

afectan a los españoles de su época. A través de sus páginas se adivina la vibración de la ira. ¿Quién ha dicho que es frío Galdós? Le enfadan las caricaturas de la religión y suele ocurrir que tanto más nos dolemos de un engaño cuanto más estimamos el original.

Sin duda que se han entenebrecido las tintas sobre "los especuladores del confesionismo", quisiéramos ver que es sólo por acentuar los tonos dramáticos e intensificar los choques, pero en este caso, también nos pintaría figuras gigantescas en los representantes de la religión. Esto ya lo veremos en seguida.

Hacer el diagnóstico, enumerar males, es una labor negativa. Galdós tiene que oponer a esto algo positivo: qué entiende él por una religión auténtica; como no sea que quiera mostrarnos sólo ruinas y dejarnos en ellas.

Pepe Rey y León Roch son en estas novelas las víctimas del fanatismo y la intolerancia que les rodea. Constantemente se les acusa de ateísmo, racionalismo y cargos por el estilo, pero ellos dejan decir sin manifestarse claramente. Se parecen bastante los dos protagonistas. Pepe Rey es "hombre de elevadas ideas y de inmenso amor a la ciencia, hallaba su más puro goce en la observación y estudio de los prodigios con que el genio del siglo sabe cooperar a la cultura y bienestar físico y perfeccionamiento moral del hombre" (pág. 409).

Después de su imprudente presentación ante los ojos espectantes de don Inocencio y de doña Perfecta, como librepensador, para hacer rabiar al Penitenciario, quiere dejar la verdad en su punto: "Vaya, señor Canónigo, vuélvanse cañas las lanzas, y todo se acabó. Seguro estoy de que *mis verdaderas ideas y las suyas no están en desacuerdo*". (pág. 417). Y al interrogarle angustiada la prima sobre su fe, le responde: "Rosario, hasta los malvados creen en El. Si existen ateos, que no lo dudo, son los calumniadores, los intrigantes de que está infestado el mundo..." (pág. 449).

Detrás de la cólera ante las monstruosidades artísticas que decoran la catedral de Orbajosa, parece latir profundo respeto por las cosas santas: "En los altares se acumulan las imágenes del más deplorable gusto artístico, y la multitud de coronas, ramos, estrellas, lunas y demás adornos de metal o papel dorado, forman una especie de quincallería que ofende el sentimiento religioso y hace desmayar nuestro espíritu".

"Lejos de elevarse a la contemplación religiosa, se abate, y la idea de lo cómico le perturba. Las grandes obras de arte dando forma sensible a las ideas, a los dogmas, a la fe, a la exaltación mís-

tica, realizan misión muy noble. Los mamarrachos y las aberraciones del gusto, las obras grotescas con que una piedad mal entendida llena las iglesias, también cumplen un objeto; pero éste es bastante triste: fomentan la superstición, enfrían el entusiasmo, obligan a los ojos del oyente a apartarse de los altares, y con los ojos se apartan las almas que no tienen fe muy profunda ni muy segura" (pág. 426).

León Roch, prototipo del hombre ilustrado de la época, con ideales burgueses: amor a la vida sosegada, al estudio, vida tranquila con su familia, parece tener más dudas religiosas que el anterior. Sáinz Robles cree que es antiteísta más que ateo, pues si fuera esto último, no le exasperarían tanto las prácticas piadosas de su esposa, no le daría tal cosa ni frío ni calor. El caso es que en un momento de angustia de su vida, ante la enfermedad de la pequeña Monina, se postra de rodillas y sale de sus labios una súplica al cielo.

La perfección moral de estos individuos es irreprochable. León Roch se mantiene en su lugar ante Pepa Fucar a pesar de que todo parece empujarle a seguir las leyes del corazón, pero quiere respetar el vínculo matrimonial que considera sagrado. Sin embargo, en sus obligaciones con la religión, al culto, para con la Iglesia, hay temor a excederse, a no caer en la mojigatería circundante. Le concede a su esposa que vaya a misa los domingos y días festivos, que se confiese una vez al año, sin previa elección de sacerdote. Lo que se añada a esto será nocivo o por lo menos inútil. Hay un párrafo que nos dice bastante la opinión de GALDÓS en este asunto. Se trata de doña Perfecta: "Tal es el resultado — escribe — producido en un carácter duro y sin bondad nativa, por la exaltación religiosa, cuando ésta, en vez de nutrirse en la conciencia y en la verdad revelada en principios tan sencillos como hermosos, busca su savia en fórmulas estrechas que sólo obedecen a intereses eclesiásticos. Pero los corazones que no han nacido con la seráfica limpieza que establece en la tierra un Limbo prematuro, cuiden bien de no inflamarse mucho con lo que ven en los retablos, en los locutorios y en las sacristías, si antes no han elevado en la propia conciencia un púlpito y un confesonario" (pág. 489).

Tal es la fe de los hombres de fines de siglo en el propio poder de la naturaleza humana, capaz de regenerarse a sí misma sin necesidad de auxilios sobrenaturales. Se ha perdido la fe en la gracia, en la revelación, en la Iglesia. Son las últimas consecuencias del protestantismo, del libre examen, del racionalismo, pasando por

Hegel, Comte y Spencer. A Galdós le tocó vivir el positivismo de la época y soñó todas las utopías progresistas, todas las libertades, todos los remedios regenerativos de España y de cada español. Valle-Inclán le llama "El garbancero" porque se le hacen rastreras sus soluciones de providencia doméstica.

La ciencia iba a ser el gran remedio y la gran resolución de todos los problemas y hay que reconocer que sus seguidores se distinguían por su fervor y entusiasmo "religioso" en la obra de transformación de la nación. Y mientras tanto, del otro lado, es lamentable el estado de decaimiento y de miedo. Podemos comparar la situación de la Iglesia en España con lo que dice Moeller de Francia en la misma época poco más o menos: "Hay oposición entre un cristianismo miedoso, replegado sobre sí mismo, desafiador del mundo moderno y el entusiasmo sereno de los apóstoles del laicismo. De un lado hay voluntad de ilusionarse, espíritu reaccionario, temor a la vida, querer "vivir" biológico; del otro, hay valor para la verdad, incluso triste, espíritu social, audacia frente a la vida, incluso si ésta a la larga engaña, afrontamiento sereno de la muerte" (4).

Galdós ha perdido su objetividad al describirnos algunos tipos de católicos, se ha apasionado, lo que "no es la mejor escuela para ahondar con entrañas de caridad y simpatía en el alma de nuestro heroico y desventurado pueblo y aplicar bálsamo a sus heridas" (5). Pero nos tenemos que situar en el punto de vista de los que no tienen del cristianismo más idea que lo que ven desde fuera y hay que reconocer que nuestro espectáculo no les podía atraer demasiado. Todo lo que dice Charles Moeller comentando el *Jean Barois* de Martín du Gard se puede aplicar aquí: "Rutina en las prácticas religiosas que hastiaba a los hijos de la Iglesia en lugar de habituarlos a ellas". "Piedad profunda pero demasiado sentimental desvinculada de la liturgia y de la Biblia, innumerables prácticas de devoción, ultramontanismo a veces insoportable, apologética de carbonero". "Fe demasiado vinculada a representaciones sentimentales" (6). "Piedad de fuga, de evasión". "Literatura *edificante* que se cae de las manos". Y Paul Claudel en carta a Gabriel Frezean: "De un lado están los sabios, los artistas, los hombres inteligentes, los estadistas, los hombres de negocio, los hombres de mundo; de otro, los gazmoños, las viejas beatas, el arte de los viacrucis, la inepcia sofocante de los sermones" (7).

El resurgimiento de la Iglesia ha venido después, más avanzado el siglo, casi en sus finales es cuando se empezó a notar la

obra iniciada por S. S. Pío IX y León XIII y que proseguirán los Papas sucesivos. Es también a fines de siglo cuando los filósofos espiritualistas Bergson y Blondel rompen el ídolo del positivismo dando la primacía a lo sobrenatural. La Filosofía escolástica entra también en vías de renovación. Tanto sufrimiento de la Iglesia no podía menos de dar su fruto.

Indudablemente era GALDÓS hombre muy del siglo, pero sobre el que pesaba mucho lo religioso. Sin embargo, él no llegó a saber cómo era la religión católica aunque se enardeció contra sus falsificaciones. En alguna de sus obras parece dar a entender que a cualquier religión que nos conduzca la razón natural sirve para hallar el camino de salvación (pág. 560 de Gloria). Y ya hemos dicho la importancia que da a las luchas familiares o sociales por causas religiosas.

Quienes quieren defender a GALDÓS del calificativo de impío o de sectarismo anticlerical que lleva sobre sí, alegan a su favor los tipos de santos, de sacerdotes ejemplares que desfilan por sus obras, tanto o más que los indeseables: don Pedro Hillo, el cura Navarridas, el P. Nones, sobre todo el famoso Nazarín. Pero si comparamos la realidad de un sacerdote edificante según la Iglesia, de los muchos que ha habido y aun contemporáneos de GALDÓS, ¡qué pálidas quedan sus imágenes! El P. Tarín, el P. Rubio, Monseñor González, Obispo de Málaga, y tantos otros, apóstoles de todas las clases sociales, imitadores de Cristo no en dos o tres virtudes, sino en todas. Los ojos de GALDÓS no tuvieron la suerte de observar esta parte luminosa de la Iglesia católica de su tiempo.

Notas al capítulo V

Novelas consultadas del autor: *Doña Perfecta, La familia de León Roch, Gloria,* en las Obras completas, t. IV, Aguilar, S .A., Madrid, 1959.

(1) Sáinz de Robles, Federico: *Obras completas de Galdós,* introducción, Aguilar, Madrid, 1959.

(2) Galdós: *Observaciones a la novela contemporánea,* en la "Revista de España". Citado por el P. Eguia en "Razón y fe", p. 437, 1928.

(3) Onís, Federico de: *Valor de Galdós,* en el "Concepto contemporáneo de España", de Angel del Río, p. 638, Ed. Losada, Buenos Aires, 1946.

(4) Moeller, Charles: *Literatura del siglo XX y Cristianismo,* t. II, Editorial Gredos, 1955, p. 227.

(5) Menéndez y Pelayo, Marcelino: *Historia de España,* Ed. Fax, 19, p. 331.

(6) Moeller: Ob. c., p. 303.

(7) Ob. c., p. 195.

CAPITULO VI

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936)

El 29 de septiembre de 1864 nacía en Bilbao MIGUEL DE UNAMUNO, aquel hombre obsesionado desde su infancia por un problema religioso que nunca llegó a resolver, porque para él dejar esta agonía de la dura, era perder su esperanza y el apoyo de su fe.

Según propia confesión era de constitución delicada, sin llegar a ser un enfermo, taciturno, melancólico, con un gran fondo romántico y fue criado en el seno de una familia vascongada de austerísimas costumbres. "Fuí de chico devoto en el más alto grado, con devoción que picaba en lo que suelen llamar... misticismo. Pero a la vez me daba por leer libros de controversia y apología religiosa y por querer raciocinar mi fe heredada e impuesta" (1).

En algunas de sus obras evoca aquellos años escolares bajo la paternal férula de don Pascual, cuyo hogar tenía el recogimiento de una iglesia y que tanto contribuyó a que se despertasen en el niño las aficiones musicales.

Se cuenta una anécdota de estos primeros años en que ya aparece el individualismo de este "beduino del espíritu", como se llamó a sí mismo:

Era don MIGUEL de los cantores del colegio y algunos días se ensayaba lo que iban a cantar en alguna fiesta importante. Un día notó el profesor que una voz desaforada sobresalía entre todas, perdido el ritmo y el compás con la consiguiente estridencia para sus sensibles oídos.

—¡Por favor, Miguelito! Dime, ¿por qué desafinas?

El rostro del muchacho se iluminó de alegría al saberse reconocido.

—Es verdad, señor profesor... Pero es que si no desafino, ¿cómo quiere usted que me oigan? (2).

Por nada de este mundo, MIGUEL DE UNAMUNO, "especie única",

hubiera colocado su pensamiento en la pauta de la mayoría. En *Soledad* (3) hace esta descripción:

"Un solitario, un verdadero solitario, es el que se pone a bailar en medio de la plaza humana y a la vista de sus hermanos todos, al son de la música de las esferas celestiales que él solo, merced a la soledad en que vive, oye. Las gentes se paran, le miran un momento, se encogen de hombros y se van, diputándole por loco, o forman coro en derredor de él y se ríen o empiezan a acompañarle su baile con palmadas entre algazara y regocijo... Y esta gente al verme bailar en seco y sin música, porque ellos no oyen la que rige y acompaña a mis piruetas, se han puesto a llevarme el compás con sus manos; y me aplauden y dan palmadas; y como estas palmadas van al compás de mis saltos y cabriolas, creen que salto y brinco yo al compás de ellas... y no saben que yo no oigo siquiera sus palmadas, y que si arrecio yo a brincar cuando ellos arrecian a aplaudir, es que ellos aplauden porque yo brinco, y no brinco yo porque ellos aplaudan. Y tal es la ventaja de bailar solo".

Pertenecía el joven Unamuno a la Congregación Mariana que tenía su sede en la antigua basílica de Santiago por entonces, llegando a ser su secretario, distinguiéndose por sus costumbres piadosas y asiduidad a los actos de la asociación.

"Edad de frescura, en que la imaginación se me dejaba brizar en la poesía exquisita de la vida de santidad; era una edad en que aspiraba el perfume de la flor sin gustar el fruto. De perfumes se nutría mi alma. Era la edad en que, en medio de misterios, penetra al alma la serenidad de la vida y sólo se imagina a la muerte en remota lejanía..." (4).

Cuántas veces querrá después volver a esta etapa de su vida, la de su fe ardiente y segura, la de sus sueños sublimes de santidad en que creyó ser llamado por Dios al sacerdocio, aquella época en que además dormía como un bendito.

Con ansias devoradoras de saberlo todo, se entregaba apasionadamente a la búsqueda de la verdad. Balmes, Donoso Cortés, Chateaubriand, le descubrieron los primeros secretos y le abrieron los horizontes hacia nuevas rutas que explorar.

"Dedicábase con ardor a la lectura, tragando con ardor los pocos libros de la biblioteca de su tío, y muchas noches, con el libro abierto a la vista, quedábase contemplando la dulce luz de la bujía" (5).

En 1880 tiene que ir Unamuno a Madrid para comenzar sus estudios universitarios. Llevaba un alma más bien candorosa, una

rectitud moral inflexible, y un afán desmedido de enfrentarse con todos los secretos de la filosofía y de la ciencia.

Armaba por entonces gran revuelo en la Corte de España entre la gente intelectual las obras de Hegel, Stendhal, Balzac. Krause estaba de moda en el mundillo liberal. O sea, que de una parte el severo racionalismo idealista junto con el positivismo; de otro, despuntaba ya el irracionalismo.

Y leía, el joven estudiante, cuanto caía en sus manos: autores franceses, ingleses, alguno italiano. Aprendió alemán para mejor poder comprender a los de este idioma. Alguno como Büchner y Moleschott, comenzó a hacer mella en su espíritu todavía tierno y él mismo confiesa que Carlos Vogt, "siendo todavía mozo", comenzó a hacerle flaquear en la fe. Carlos Vogt es el que dice que Dios es una gran equis sobre la barrera de los conocimientos humanos, y que a medida que la ciencia avanza, se retira la barrera. UNAMUNO escribió al margen unos años después: "De la barrera acá, todo se explica sin El; de la barrera allá, ni con El ni sin El: Dios por lo tanto sobra" (6).

Sin embargo no había abandonado sus costumbres piadosas, iba diariamente a misa y comulgaba con frecuencia. Se esforzaba sinceramente y como una ayuda para su fe, por dar una explicación racionalista a sus creencias religiosas, conocer a fondo el contenido del dogma que profesaba y no contentarse con vivir la fe del carbonero.

Así durante el primer curso y parte del segundo, hasta que un domingo, al salir de misa, "se preguntó qué significaba en él tal acto, y lo abandonó desde entonces sin desgarramiento alguno sensible por el pronto, como la cosa más natural del mundo", escribe en "Paz en la guerra", que como sabemos contiene gran parte de autobiografía como casi todas sus novelas.

Parece que el ambiente de rigidez moral en que se había desenvuelto su primera juventud, le llevó de tal modo a una especie de desasosiego interior al sentir la conciencia del pecado, que poco a poco le fue abriendo brecha hasta llegar a rechazar con rebeldía un primer dogma, el del infierno. Se le hacía un absurdo inmoral la desproporción entre la finitud del que peca y la infinitud del castigo.

Con esto comenzó a aparecer en él su afición por el protestantismo viendo una maldad radical en la naturaleza humana y a buscar como remedio la *confianza* en Dios, pero que es algo así como la "fe-confianza" que de por sí hace posible la justificación.

Charles Moeller al tratar de la formación del joven UNAMUNO acentúa la importancia y la trascendencia que puede tener en la educación la insistencia exclusiva en el moralismo, sobre todo el de carácter sexual. A veces trae consigo excesivas angustias, sentimiento de culpabilidad o ideas equivocadas sobre la predestinación: "Ni el angelismo ni la rigidez estoica tienen nada que ver con el dogma cristiano. No pretendemos negar la grandeza de esas tradiciones de austera moral familiar, pero siempre es necesario poner en ellas algo de aquella ternura salesiana con que el Arzobispo de Annecy escribía a la Madre de Angélica Arnauld: "Hija mía, no será mejor no coger peces tan grandes y coger más?" (7).

Quien derrumbó definitivamente su fe fue Kant con su *Crítica de la razón pura,* al rechazar las pruebas tradicionales de la existencia de Dios. UNAMUNO quedó tan fuera de combate que ni siquiera buscó en la teología católica algo que rebatiese al filósofo alemán y ayudara así a levantar de nuevo los cimientos de su fe. Ni tampoco hubiera encontrado lo que buscaba: una certeza matemática, la que se tiene de que dos y dos son cuatro, sobre la existencia de Dios. Una certeza así quitaría la libertad a nuestro acto de fe que dejaría de estar acondicionado por la libertad y los razonamientos con que se acreditan las verdades religiosas, como la revelación divina y se fundamenta la credibilidad y aún la obligación de creer, no son, en su estructura dialéctica necesitantes como los de las ciencias exactas o las comprobaciones experimentales. UNAMUNO dejó su fe porque no la podía razonar, ya que para él "Dios en nuestro espíritu es Espíritu y no idea, amor y no dogma, vida y no lógica", desconociendo que precisamente por amor puede el Espíritu divino hacerse dogma" (8).

A pesar de todo, no abandonó el ideal de perfección moral que se había trazado desde la adolescencia. Con lo que se afirmó en el orgullo de quien ha alcanzado la verdad y sólo esto le basta para conducirse honradamente sin necesidad de apoyarse en creencias que envilezcan su voluntad conduciéndola por motivos interesados. Pero a nosotros nos convence más la sobrevivencia de su "honda educación religiosa" aprendida y vivida durante su infancia y parte de su juventud en Bilbao.

Mucho tuvo que luchar para mantenerse en esta postura, pues las pasiones crecen y la voluntad se debilita. En una carta que escribió a "Clarín" se descubre este batallar constante y amargo, pues no tiene su alma la alegría de la fe: "El muchacho que pierde la fe choca con uno y con otro, y sus energías y sentimientos morales

van desfalleciendo y siente cansancio y el mundo le devora el alma".

En 1884 volvió a su país natal, coronada su carrera de Filosofía y Letras con el doctorado. Entonces se inició en su alma una primera crisis hacia la fe al recorrer de nuevo los paisajes pacíficos y sencillos en que se desarolló su infancia, testigos de aquellos años piadosos de sus sueños de santidad.

Luchó sinceramente por recobrar lo que había perdido, incluso volvió a las prácticas de la Religión. Todo en vano: el ateísmo teórico tenía agarrotada su razón. El dice que recobró entonces una fe nueva, de tipo sentimental, sin dogmas ni doctrinas. Nosotros sabemos que no fue la fe católica.

En *Paz en la guerra* nos cuenta que Pachico, el protagonista, léase UNAMUNO, exhortado por su tío sacerdote, se fue a confesar. Había pasado una noche atormentado por tristes pensamientos, tanto sentía la inquietud de su conciencia. Pero volvió del confesonario desilusionado, eran inútiles los consejos de su tío: no había nada que hacer. Su caso había que dejarlo en las solas manos de Dios y era imposible remediarlo con razones ni con medidas de prudencia humana. Después en Salamanca, acudió varias veces al Padre Arintero a que le resolviese sus dudas, empeñado en comprender lo demostrado en lugar de creer lo razonable. Este Padre acabó por despedirle entristecido diciéndole que estaba pecando contra el Espíritu Santo.

Es curioso la atracción que ejerció sobre él el sacramento de la confesión. Para no desesperarse encuentra que es el mejor medio abrir su alma a otro, pero sus prejuicios racionalistas unas veces, el respeto humano otras y siempre sus sentimientos de dualidad que le hace creerse siempre ante un escenario (9), le impidieron sacar fruto de estas confidencias.

Deseando fundar un hogar se presentó a oposiciones a cátedra hasta tres veces sin conseguir su intento. No fue esto por falta de preparación, sino que quizá por lo contrario, unido a su exagerada personalidad.

Dicen que ante el tribunal examinador exhibía todos sus caudales de erudición: "Fulano dice esto sobre tal materia... y mengano añade...".

Pero a continuación, en lugar de callarse, añadía: "Pero yo digo..." Habría que ver las caras de sorpresa del respetable tribunal ¿Cómo entregar la juventud en manos de semejante fiera?

Al fin ganó la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca.

En el año 1895 estaba instalado definitivamente en la ciudad del Tormes. Parece que por entonces comenzó a iniciarse la segunda crisis espiritual, otro proceso de acercamiento al cristianismo que le dejó definitivamente dentro de él. No diremos del catolicismo como quiere Hernán Benítez, porque está ya suficientemente demostrado que UNAMUNO, una vez que abandonó su religión, hacia 1882, jamás volvió a ella.

La crisis de 1897 tuvo grandes resonancias en toda su vida posterior. Son varias las causas que la provocaron. En un diario suyo, recientemente descubierto, se habla casi exclusivamente de aquellas vivencias espirituales. Entonces fue cuando pasó de su criticismo kantiano y positivismo radical a su conocido individualismo de tipo existencialista.

"La crisis — escribe — venía incubándose lentamente y no he comprendido su incubación hasta que ha estallado. Me encuentro en otro país, con otros horizontes, con otra vida" (10).

Según él, comenzó por experimentar anteriormente grande compasión por el dolor ajeno. Se sentía con deseos de elevar plegarias a Dios y no encontraba, por más que buscase, una explicación racionalista que le satisfaciera de tales fenómenos.

Estos ideales, que iban formando en su mente un socialismo elevado y caritativo de tipo anarquista y tolstoiano, los consideró como una *bendición* de Dios para su alma, una gracia divina (11).

Los amigos de UNAMUNO, racionalistas como él, iban notando estas transformaciones, sus inquietudes de sabor religioso impregnadas de misticismo, y le aconsejaban anduviese con cuidado, pues consideraban todo aquello como *extraño y peligroso*.

Así Jiménez Ilundain le escribe en carta del 30 de enero de 1897:

"Si de las religiones le encanta a usted la poesía, lo artístico, etcétera, no nos lo diga a los prosaicos porque confundiremos los extremos y hará que se nos revuelva el pozo religioso y nos convirtamos en masculladores de palabras, en rezadores de rosarios. Y cuídese no se le afloje algún tornillo, allá a la vuelta de unos años, y concluya usted la vida pasando cuentas".

Nada de esto temía UNAMUNO, pues ni él mismo se daba por entonces cuenta de este proceso.

"Usted es ateo — le decían —, es decir, su inteligencia; pero su alma (pase la palabra) es religiosa, creyente, mística".

Estos eran los comentarios de los amigos de UNAMUNO del ala izquierda. Los de la derecha, observaban también pero con esperanza a estos como preludios de una conversión al catolicismo.

Una de las cosas que siempre había impresionado mucho a UNAMUNO era la idea de la muerte. Y en 1896, habiéndole nacido un hijo hidrocéfalo, se puede decir que muerto en vida y destinado también a ella irremediablemente, le colocó frente a frente a la dolorosa caducidad de las cosas terrestres. Amigo de ver el simbolismo de las cosas, le pareció ser ésta una señal del cielo en que se le mostraban sus fracasos tanto en el amor como en su vida intelectual y en su fe. Le parecía su intelectualismo una enfermedad que iba devorándole el alma, lo mismo que la enfermedad estaba acabando con su hijo:

"Terrible como la locura o la idiotez, por cuanto el enfermo no conoce su propio mal y vive despreocupado y feliz" (12).

Acudió a la oración con nuevos bríos y cuentan en Salamanca que se le veía por las iglesias de la ciudad orando con los brazos en cruz de modo que inspiraba compasión.

Este constante vivir en presencia de su pobre hijo exacerbaba cada vez más su conciencia y le traía la visión de su propia muerte. Sólo le podría salvar la esperanza en la inmortalidad. Por eso trataba con todas sus fuerzas de recobrar la fe perdida, salir de aquella parálisis de su alma.

Pensaba que hasta entonces había vivido "dormido, sin pensar en tales cosas, perdido en mis proyectos y en mis estudios, confiando en la razón, como viven otros. Vivía alegre y animoso, sin pensar en la muerte más que como se piensa en una proposición científica y sin que su pensamiento me diera más frío ni calor que el que me da que el sol se apague algún día. He vivido como viven los más de mis amigos, dejándome vivir y soñando en dejar algo y en aportar mi partecilla a la obra del progreso. He vivido como viven los que se llaman sanos de espíritu, fuertes de él, equilibrados y normales, considerando a la muerte como una ley natural y necesaria condición de la vida. Y he aquí que ahora no puedo vivir así, y veo estos años de ánimo, de brío, de lucha, de proyectos y de alegría, como unos años de muerte espiritual y de sueño. Pero no puedo impedir cierta tristeza por ellos. He creído vivir feliz, y me veo arrancado a esa felicidad. No logro arrepentirme de ellos. Suspiro por las ollas de Egipto" (13).

Todo lo que hasta entonces había constituido su vida, sus conversaciones con los amigos, aparece ahora como cosa huera, sin sentido, y lo que antes se le hacía extraño, ahora es lo mejor de su espíritu, pero ¿cómo retroceder? Y como que también se hacía Dios sordo a sus llamadas.

A estas congojas espirituales se añadieron sus escrúpulos fisiológicos: se creía enfermo de angina de pecho (aunque algo debía tener, puesto que falleció de esta enfermedad). Una noche se despertó angustiado sintiendo unas palpitaciones que le llenaron de terror, iba a morir. Las lágrimas brotaron de sus ojos, se le hacía dificultoso respirar. Entonces Concha, su esposa, acudió a él con ternura de madre: "¡Hijo mío!", exclamó. Estas palabras causaron tal impresión en UNAMUNO que después de muchos años todavía las volvía a recordar con la misma intensidad de sentimientos. Hasta aparecen algunas veces en sus novelas como en *Abel Sánchez* cuando en un momento parecido, consuela Antonia a su esposo Joaquín Monegro (14).

Es que UNAMUNO vio en ello la respuesta de Dios a su sufrimiento dada a través de aquella mujer que era todo para él.

"Gracias a este "¡Hijo mío!" — dice Zubizarreta — UNAMUNO alcanza la posibilidad de sentirse hijo... le ayuda a reconquistar la fe de su infancia... le ayuda a remontar la historia y la conciencia orgullosa cerrada sobre sí misma para llegar a la íntima, "inconsciente" actitud de entrega mística a la voluntad del Padre" (15).

Durante tres días se encerró en el convento de PP. Dominicos de Salamanca y luego fue a Alcalá de Henares, donde le llamó el que había sido su director y director de los Luises en Bilbao, para recogerse en silencio y oración unos días y encontrar la paz de su alma.

Sin embargo, toda su labor interior se pierde en esa especie de desdoblamiento que siente en sí entre el que quisiera ser y el que se ve obligado a aparecer, como el que desempeña un papel ante el público y se halla esclavizado por la opinión ajena.

"Nos encontramos con un yo que el mundo nos ha hecho, esclavizándonos a él, y es todo nuestro empeño ser fieles al papel que en el miserable escenario nos hemos arrogado, y representarlo del modo que más aplausos nos gane... Es cosa terrible vivir esclavos del yo que el mundo nos ha dado, ser fieles al papel, sin ver fuera del teatro la inmensa esplendidez del cielo y la terrible realidad de la muerte... El pobre actor siente un dolor agudo, pero no puede quejarse ni llorar, porque le silba el público, y aunque hombre sincero, será mal actor" (16).

Tal vez entre este público que podría silbarle estaban sus contertulios de la peña Gallarta, todos ellos apestados de positivismo

laico y ateo que a todo correr le escribirían poniendo el grito en el cielo a la menor señal de evolución religiosa.

Su deseo de volver a la iglesia católica es apremiante y sabe muy bien que sólo puede ir a ella por el camino de la fe sobrenatural y por los dogmas. Se acerca el domingo de Pascua y escribe:

"Anoche, Sábado Santo, a la hora de los ejercicios, lucha interior, luego no he podido pegar ojo apenas. Una sequedad enorme. Hoy, domingo de Resurrección, y yo no he resucitado todavía a la comunión de los fieles. *Hodie si vocen ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra...*" (17).

Y nunca resucitó. Dios le pareció más lejos cada vez, le envuelve en su silencio, se siente abatido y una autocrítica demoledora se entretiene en derribar todo lo levantado aquellos días, como con "las úlceras del estómago en que empieza éste a digerirse a sí mismo, destruyéndose, así... la conciencia se devora a sí propia en puro análisis". Escribía después a su amigo Ilundain.

En otra carta a "Clarín" le confiesa su impotencia para recuperar la fe: "...se percató de que aquello era falso y volvió a encontrarse desorientado, preso otra vez de la sed de gloria y del ansia de sobrevivir en la historia" (18).

Aunque hasta entonces UNAMUNO se hallaba como minado por el criticismo kantiano, tanto que llegaba a ser éste su segundo hábito, no había aceptado la solución por medio de la razón práctica. En esta crisis sentimental éste es el camino que va a tomar hacia lo transcendente preparado como estaba por la lectura de las obras luteranas de Harnack y de Kierkegaard.

Se persuadió que no le era posible volver al catolicismo con su más allá consolador. Pero este más allá era algo tan indispensable en su vida que no podía renunciar a él, y se vinculó a una creencia que sin renunciar a su agnosticismo le permitiera esperar sin tener que acudir a los motivos de credibilidad.

"La religión unamuniana — dice Moeller — parece ser un cristianismo sin motivos de credibilidad. La fe — confianza que describe en la conclusión de la *Dogmengeschichte* de Harnack, nos vincula a la persona de Jesús. La belleza de Cristo, el alma de infancia sepultada en lo profundo de nosotros, la esperanza de resurrección y divinización traída por el Mesías, todo esto crea al hombre interior que se forma, como el árbol, a partir del centro; rota la reseca costra que le oculta a los otros, ofrece su alma desnuda al beso del amor del prójimo, en una inundación de caridad. El reino de Dios hay que buscarlo primero en lo interior de cada uno, yendo

más allá del mesianismo puramente temporal, que hoy, como en tiempos de Jesús, fascina a los espíritus no religiosos" (19).

"La razón nos da las relaciones de las cosas, su exterior; pero en la esencia misma, en su espíritu, ¿podemos penetrar de otro modo que por el amor? Y el amor es fe. Y la fe es un *hecho,* un verdadero *hecho,* como tal irreductible: querer racionalizar los hechos es querer demostrar los axiomas, es reducirlos a polvo de hechos y caer en el nihilismo... ¿Cómo es que los espíritus más lógicos, Stuart Mill, Claudio Bernard, Littlé, acabaron en la fe de su infancia? No se ahoga la vida del espíritu con la razón abstracta, porque la vida es esencia y la razón pura forma" (20).

UNAMUNO no recibe la fe como algo venido de fuera, donde Dios, sino que él mismo se la crea: "Estoy restableciendo a Dios en mi conciencia, al Dios personal y evangélico (que surge entre las ruinas del Ente realísimo de la escolástica), al Padre de Cristo".

Hay frases en su *Diario* que recuerdan también el "modernismo social", o la "función fabulatriz" de Bergson, que "crea su objeto". La fe de UNAMUNO *se crea de las dudas,* mientras que la auténticamente cristiana se *nutre de verdades.* Por eso no tiene fe teologal, su voluntad se queda en *un querer creer*" (21).

Por tanto a UNAMUNO no se le puede colocar entre los ateos, tampoco entre los católicos. Pero sí que está dentro de un cristianismo a su manera. "A pesar del sabor panteísta de ciertos textos, el teísmo religioso en que desembocó el rector de Salamanca está impregnado de revelación cristiana, ya que, para él, sólo la resurrección del hombre de carne y hueso puede dar sentido a la historia del mundo y al destino de cada uno. Por incompleto que sea su mensaje, la Europa de fines del siglo XIX y comienzos del XX necesitaba oirlo" (22).

Como queriendo cumplir aquel llamamiento al sacerdocio que sintió en su infancia, se dedicó con fervor apostólico a resucitar de nuevo a Jesucristo en una Europa que había perdido toda esperanza en los valores sobrenaturales invadida como estaba por el materialismo ateo.

Sin embargo, le faltaban bastantes condiciones para que su mensaje estuviese a la altura de tan alta misión. En primer lugar era algo incompleto. UNAMUNO no leyó suficientemente la teología católica ni se preocupó lo suficiente de resolver por ella sus interrogantes. A la vista está su biblioteca muy rica en obras de teología protestante y de racionalistas alemanes y franceses y lamentablemente vacía de católicas. Tiene las obras de los Padres Apostólicos,

pero según las ediciones de Harnack y Th. Zahn. Y solamente aparecen en ella alguna obra de San Agustín, San Clemente Alejandrino, San Anselmo y San Bernardo. Poca cosa comparada con lo anterior (23).

Tampoco la época le podía ofrecer algo exhaustivo en las materias que le interesaban, como por ejemplo una historia de nuestro dogma que fuese contrarréplica de la de Harnack. El resurgimiento bíblico, patrístico y litúrgico de la Iglesia ha sido algo posterior, sobre todo en España. Menos podía encontrar en ésta la ayuda necesaria empeñada como estaba en tiquismiquis y banderías dentro de la religión. Precisamente las palabras que citamos anteriormente (cap. I) de Menéndez y Pelayo lamentando la indigencia religiosa y filosófica de sus contemporáneos, dan bastante idea en este aspecto.

"El aislamiento intelectual en que se hallaba UNAMUNO en este año 1897 es una realidad; el autor de *Paz en la guerra* expiaba el pecado contra el espíritu de demasiados católicos españoles y europeos" (24).

La fe que UNAMUNO emprendió en aquel "camino de Damasco lunar" no tiene ningún apoyo filosófico, hasta llegar al "credo quia absurdum". La fe para él nace de la lucha o agonía entre la razón y el sentimiento y ella misma se prueba por sí misma: uno sabe que tiene fe porque la tiene, como sabe que existe el hecho sensible, aunque no puede probar si efectivamente existe algo fuera del sujeto cognoscente:

> "Esperas, fe, contra razón, contra mudanza;
> Esperas, ¡no sé qué!
> ¡Ni tú lo sabes! ¡qué fe en la fe!
> ¡Qué esperanza!" (26).

Cuando no le satisfacía este modo de querer creer, llegaba incluso a desear y pedir algo más, un contacto místico con las realidades sobrenaturales; algo así como el Apóstol incrédulo que quiso introducir su mano en las llagas de Cristo. Hubiera necesitado hacerse más pequeño para esto:

> "Agranda la puerta, padre,
> porque no puedo pasar;
> la hiciste para los niños,
> yo he crecido a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta,
achícate, por piedad;
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar" (27).

Se cuenta que en el 1900, pasando unos días UNAMUNO en la alquería de Cardeñoso de los Montalvos, no muy lejos de Salamanca, en compañía de don Luis Maldonado, se extrañó éste de que al llegar la noche deambulaba encamisado por la sala "cual monolito blanco que se moviese erecto por un espacio llano", pisándose a veces el borde del camisón y volviendo a erguirse como por resorte. Después, ya acostados, notaba que todavía se movía de un lado a otro inquieto delatándole sus revueltas el ruido del armazón de la cama.

—¿Qué le pasa, don Miguel?

—No logro dormir; me es imposible pegar los ojos sin el santiguo a que me han tenido acostumbrado toda la vida: primero mi madre; después mi mujer. No me decido a hacerlo por mí mismo, no puedo.

—Pues si toda la cuestión está sólo en eso, verá usted, don Miguel, qué pronto pongo el remedio.

Y levantándose de la cama fué a la alcoba de don MIGUEL y poniendo en cruz el índice y el pulgar, a la manera de las abuelas, le hizo tres cruces minúsculas sobre la frente; otras tres sobre el pecho; otras tres en el costado izquierdo, seguidas de otras tantas en el derecho; con lo que quedó muy bien signado, persignado y santiguado, y el gascón vigilante quedó dormido como un celtibero (28).

Esta descripción del proceso de UNAMUNO contiene en sí todo lo que hay encerrado en sus novelas, ya que éstas participan tanto del ensayo o más que del género novelístico y de ellas decía que "estaba avergonzado de haber alguna vez fingido antes de ficción y personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no se atrevía a poner en los suyos y hacerles decir en broma lo que él pensaba muy en serio" (29).

Así, en cada personaje importante encarna sus ideas más características y éstos las viven hasta el final, sin salirse de la órbita trazada por el autor, sin claudicaciones ni pasiones de otro género que mixtifiquen su simbolismo neto. Son personas de una sola pieza, bien sea en su envidia, o en su hambre de inmortalidad, como en sus luchas interiores, en su sentido trágico de la vida. No tienen libertad y obran ciegamente a impulsos de la pasión colocada en

ellos por el escritor. Obedecen siempre y resuelven en una sola dirección los problemas, tal y como opina aquél.

En *Abel Sánchez*, es Joaquín Monegro el obsesionado por la idea de ser un nuevo Caín, corroído por la envidia y el odio que siente a su amigo Abel y que pesa sobre sí como una maldición: "¿Por qué he sido tan envidioso?, ¿tan malo? ¿Qué hice para ser así?" (página 490).

Sin embargo, cuando leemos esta novela, nos extrañamos del complejo que siente Joaquín, pues el que se nos hace más antipático y ruin, sobre todo en la segunda parte, es Abel, mientras que en Joaquín hay muchas cosas buenas que admirar.

Parece que la solución del problema está en las frases finales que pronuncia Joaquín antes de morir al preguntarse la razón de funesta pasión: "¿Por qué nací en tierra de odios? En la tierra en que el precepto parece ser: "Odia a tu prójimo como a ti mismo" (página 490).

Es la envidia el pecado capital de España, según UNAMUNO, la gangrena que le corroe internamente:

"Es la envidia, es la sangre de Caín más que otra cosa la que nos ha hecho descontentadizos, insurrectos y belicosos" (30). Y nos hace esta afirmación asombrosa:

"La envidia brota en los pueblos en que el íntimo y verdadero resorte religioso, la fe que crea y no la que vegeta parásita del dogma, se ha derrumbado. La envidia, que es hija de la ociosidad espiritual, es compañera del dogmatismo. Por algo se ha hecho proverbial el *odium theologicum*. Y ¿quién no sabe que la envidia, más que la gula, más que otro cualquiera de los siete pecados capitales, es oficio clerical por excelencia? La envidia es la roña íntima de los conventos. Y ello procede de la ociosidad espiritual" (31).

Y lo curioso es que en esta novela-ensayo sobre la envidia, los que tienen tan feo vicio son precisamente los anticlericales y demás: Joaquín, Abel, los amigos del Casino. Y las "dogmáticas" como la buena Antonia, están bien lejos de ello.

Lo que le ha sucedido a Joaquín Monegro es que de tanto acariciarse la llaga, se la ha hecho inmensa, se le ha convertido en obsesión y ha acabado por sentirse orgulloso de ella, verse dueño de una gran pasión (o víctima), una pasión avasalladora que le hará inmortal, pues ha ido haciendo sus confidencias a un manuscrito y aquello dejará memoria de su nombre, le sobrevivirá. Lo bueno de la envidia es que le va a servir a su poseedor para creer, a través de ella en la inmortalidad del alma y en un más allá:

"Todo lo que la ciencia no me enseñó, me enseñaba el terrible poema de aquel gran odiador que fue Lord Byron — pensaba Joaquín al leer el *Caín* —; pensé si el odio sobrevive a los odiadores, si es algo sustancial y que se transmite: si es el alma, la esencia misma del alma. Y empecé a creer en el infierno..." (pág. 390).

Y dice en *El sentimiento trágico de la vida:* "Cuando las dudas nos invaden y nublan la fe en la inmortalidad del alma, cobra brío y coloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esta tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más temible que la lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fe medieval en el alma inmortal se desvanece. Cada cual quiere afirmarse siquiera en apariencia" (32).

"Tremenda pasión esa de que nuestra memoria sobreviva por encima del olvido de los demás si es posible. De ella arranca la envidia, a la que se debe, según el relato bíblico, el crimen que abrió la historia humana: el asesinato de Abel por su hermano Caín. No fue lucha por pan, fue lucha por sobrevivir en Dios, en la memoria divina. La envidia es mil veces más terrible que el hambre porque es hambre espiritual" (33).

Joaquín Monegro se cree un ser excepcional, el "héroe de la angustia tenebrosa", capaz de más dolor que nadie y con un alma señalada por Dios al nacer con la huella de los grandes predestinados.

Ya hemos dicho que a Unamuno le gustaba mucho no parecerse a los demás ni llevar sus uniformes, por ejemplo, el del dogma y la ortodoxia, sino algo original que realce su natural elegancia y le haga merecedor de la admiración a su alrededor (pág. 409).

Tampoco quiere Joaquín Monegro que los demás sobresalgan del nivel común, que muestren sus virtudes:

"¿Tú crees que los afortunados, los agraciados, los favoritos, no tienen la culpa de ello? (de despertar envidias). Las tienen en no ocultar y ocultar como una vergüenza, lo que es, todo favor gratuito, todo privilegio no ganado por propios méritos, de no ocultar esa gracia, en vez de hacer ostentación de ella. Porque no me cabe duda de que Abel restregaría a los hocicos de Caín su gracia, le azuzaría con el humo de sus ovejas sacrificadas a Dios. Los que se creen justos suelen ser unos arrogantes que van a deprimir a los otros con la ostentación de su justicia" (pág. 386).

En el lecho de muerte ve toda su vida pasada como una pesadilla. Toda su vida ha sido un sueño... "No he vivido dormido...

¡Ojalá! ni despierto". O sea que ha sido una especie de sonámbulo. Así son muchos personajes unamunianos: seres mentales, fantasmas, "nivolescos". Y para UNAMUNO así era la vida, una representación o ensueño de un gran autor, Dios.

Sólo en la poesía lírica creía UNAMUNO que se abría la íntima verdad de cada uno:

"El poeta es el hombre que no guarda en su corazón secretos para Dios y que, al cantar sus cuitas, sus temores, sus esperanzas y sus recuerdos, los limpia y monda de toda mentira" (34).

Hay verdadero lirismo en su poesía religiosa, aunque también se resienta de su mentalidad heterodoxa.

Su gran devoción fué Cristo, a quien compuso un poema en el que quiso dejar lo más sagrado de su atormentado espíritu y su ansia de perdón y misericordia. Pero se dirige a un Cristo despojado de su mayor atributo: la divinidad. Este Cristo no es más que un puro hombre que ha escalado las alturas de la divinidad a impulsos de la fe cordial de los cristianos. Ellos a fuerza de amor le han transfigurado y desfigurado su personalidad histórica haciéndole divino. Luego no canta aquí UNAMUNO al Cristo-Dios de la Iglesia, sino a un Cristo mitológico:

"...Tú eres Hombre-Dios, ¡Hijo de Hombre!
La Humanidad en doloroso parto
de última muerte que salvó a la vida.
Te dio a luz como Luz de nuestra noche,
que es todo un hombre el Dios de nuestra noche
y hombría es su Humanidad divina.

Antonio García Figar, O. P., le ve que, cansado al fin de su peregrinar en busca de la verdad, se volvió al Cristo, al eterno Cristo de todos, de los que le niegan la divinidad, como UNAMUNO, y de los que la confiesan como MIGUEL, para decirle todo lo que piensa de los humanos y todo lo que falta a los humanos para pensar en ello. Recorre una y otra vez la escritura, explica textos, comenta proverbios, llora en los salmos — porque UNAMUNO lloró muchas veces — y se envuelve en la misma luz de Cristo en quien ve el último refugio de su espíritu atormentado, de su alma en tinieblas y a quien dirige una oración postrera implorando su piedad misericordiosa. Se hiere a sí mismo, despedazando sus entrañas ante la ruindad de los hombres. Frecuenta los claustros, los Conventos de dominicos de Salamanca a quienes venera y ante quienes se descubre cuando los encuentra por

las calles de Salamanca. Corriendo su calvario, siente el catolicismo, precisamente cuando lo combate, toma del protestantismo ocasionalmente sus negaciones y errores, se asoma al socialismo, da un salto de pesimismo a una esperanza confiada, la del Cristo, y se va a la soledad cuando se ha desengañado de sí mismo y de los hombres. Tal vez si la muerte le hubiera hecho algún hueco en su velocidad ciega, llamara a algún sacerdote dejándole en prueba de su sinceridad, sus orgullos y su rabia de escritor, como Maeztu, como el kantiano Morente. No fue piadosa para con él.

Aparece tanto en UNAMUNO el hombre hambriento de Dios desvalido y pequeño que no podemos menos de acercarnos a él con sentimientos de misericordia y comprensión. Cómo quisiéramos limpiar sus obras de todas esas frases blasfemas, corrosivas, de esos estallidos de cólera contra la Iglesia, la amada esposa de ese Cristo a quien él tanto amó y se esforzó por encontrar. Sólo dejaríamos sus lágrimas de peregrino o de niño que busca a su madre y que brotaron en momentos luminosos. Seguramente él desde su eterna morada nos sonreiría agradecido.

"Señor, que cuando al fin vaya perdido
a salir de esta noche tenebrosa
en que soñando el corazón se acorcha,
me entre al claro día que no acaba...
Mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
mi mirada anegada en ti, Señor" (35).

Notas al capítulo VI

Obras consultadas del autor: *Ensayos*, t. I y II, Aguilar, Madrid, 1951; *Abel Sánchez*, Aguilar, Madrid, 1951.

(1) Unamuno: *La evolución de la filosofía en España*, de la "Revista blanca", Barcelona, 1934. (Cit. Moeller, p. 61.)

(2) Agorio, Adolfo: *Glosario vivo de Unamuno*, revista "Bolívar", Bogotá, 1955, núm. 37.

(3) Unamuno: *Soledad*, p. 698, en "Ensayos", I.

(4) Unamuno: *Recuerdos de niñez y mocedad* (cit. Moeller, p. 64).

(5) Unamuno: *Paz en la guerra* (cit. Moeller, p. 67).

(6) Unamuno: *Sentido trágico de la vida*, de "Ensayos", t. II, p. 874.

(7) Moeller, Charles: *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Ed. Gredos, Madrid, 1960, p. 76.

(8) Laín Entralgo, Pedro: *España como problema*, t. II, Aguilar, Madrid, 1956, p. 109.

(9) Unamuno: *Soledad*, p. 696.

(10) Unamuno: *Diario*, t. III, p. 26 (cit. por Armando Zubizarreta en "La inserción de Unamuno en el cristianismo", en Cuadernos hispanoamericanos, Madrid, p. 28, núm. 106 de 1958).

(11) Unamuno: *Diario*, t. III, ps. 64 y 65 (cit. anterior).

(12) Unamuno: *Diario*, t. III, p. 25 (cit. Moeller, p. 99).

(13) Unamuno: *Diario*, t. III, ps. 24-26 (cit. Moeller, p. 99).

(14) Unamuno: *Abel Sánchez*, p. 379.

(15) Zubizarreta, Armando: *La inserción de Unamuno en el cristianismo*, en "Cuadernos hispanoamericanos", Madrid, núm. 106 de 1958, p. 22.

(16) Unamuno: *Diario*, t. II, ps. 67 y 68 (cit. Moeller, p. 102).

(17) Unamuno: *Diario*, t. I, p. 80 (cit. Moeller, p. 108).

(18) González Caminero: *Las dos etapas de Unamuno*, en "Razón y fe", Madrid, septiembre-octubre 1952, p. 226.

(19) Moeller, Charles: Ob. c., p. 110.

(20) González Caminero: Ob. c., p. 228.

(21) Moeller: Ob. c., p. 111.

(22) Moeller: Ob. c., p. 113.

(23) González Caminero: Ob. c., p. 228.

(24) Moeller: Ob. c., p. 123 (es cita de Hernán Benítez).

(27) Unamuno: *Cancionero*, núm. 28 (cit. Moeller, p. 171).

(28) Maldonado de Guevara, Francisco: *Siete juicios sobre Unamuno*, en "Sipe", núm. 656 de 1957, Madrid.

(29) Unamuno: *El sepulcro de don Quijote*, en "Ensayos", t. II, p. 74.

(30) Unamuno: *La envidia hispánica*, en "Ensayos", t. II, p. 409.

(31) Ibídem, p. 412.

(32) Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*, en "Ensayos", p. 776.

(33) Ibídem, p. 778.

(34) Unamuno: *Soledad*, en "Ensayos", t. I, p. 696.

CAPITULO VII

Pío Baroja (1872-1956)

Muchos han comparado a Pío Baroja con Galdós, no tanto en su serenidad y objetividad, cuanto en haber retratado en sus obras toda una época: Galdós el siglo XIX, *Baroja*, la famosa "Generación del 98", siendo *Camino de perfección* la clave para comprenderla.

Nació en San Sebastián en 1872, durante la Restauración. — Salvo los infructuosos conatos subversivos de los carlistas, reinaba la paz y la calma en el país.

Su padre, ingeniero, era de tendencias liberales tanto más exaltadas cuanto más combatidas en una región de España de mayoría conservadora. Debido a su carrera, tuvo diversos destinos por lo que la educación de Pío adoleció del reposo necesario para un mayor aprovechamiento. Primero en Madrid, luego en Pamplona, para volver de nuevo a la capital de España; después a Valencia. En todas estas ciudades se fueron sucediendo sus estudios primarios, de bachillerato y de medicina. Estos cambios de horizonte encantaban a Baroja, como a todo niño, pues era algo así como ir de aventuras entre fardos y maletas y descubrir los misterios de la nueva casa. Siempre quedó en él este regusto por los viajes: fue un alma vagabunda.

Es Pamplona una de las ciudades que más influyeron en su vida. El mismo se descubre ese fondo sentimental adquirido desde los 10 o 12 años hasta los 20 ó 23, con sus personas, ideas, cosas, aburrimiento. Allí, participando en las travesuras, bastante brutales, por lo general, de los niños navarros, aprendió que es necesario luchar por la vida y que la razón se le suele dar al más fuerte. También comenzó a aparecer en él la tendencia a la soledad, la excesiva sensibilidad agudizada por las lecturas y la desconfianza en sí mismo, su pesimismo sobre su valor estimulado por aquella frase que tanto oyó a su lado: "No serás nada". Folletones románticos de Montepin, Dumas, aventuras de Marryat, Verne, le tenían en vigilia largas

horas de la noche imaginándose que era un nuevo Robinson en una isla desierta o que sombras siniestras surgían amenazantes a su alrededor.

Su formación religiosa sería la corriente de la época en las familias cristianas. No se sabe que asistiese a colegios de religiosos; aprendería la escasa religión que se estudiaba en los centros del Estado y que cesaría al terminar su bachillerato. Poca cosa comparada con el aluvión de lecturas de todo género que iba a nutrir su mente después

Siguió la carrera de medicina como podía haber seguido otra, sin ninguna vocación. Reconoce que no le atrae ninguna asignatura ni sentía curiosidad por nada. Lo más importante para él, por entonces, era correrla por el mundo y tener éxito con las mujeres. De su carrera sólo va a guardar el amargo rencor por los profesores a quienes califica de "arbitrarios" y "estúpidos" (1) y la ocasión que le dio de enfrentarse con las miserias de la vida en sus correrías por los hospitales. Por entonces leía a Schopenhauer, Poe, Zola, que unido a lo anterior va acentuando su sentido deprimente de la vida:

"Pensaba que por una causa o por otra el mundo me iba presentando su cara más fea... A los pocos días de frecuentar el hospital, me inclinaba a creer que el pesimismo de Schopenhauer era una verdad matemática... El mundo me parecía una mezcla de manicomio y hospital".

La terminación de su carrera no le ofreció una salida inmediata a la vida profesional, aparte de los pocos atractivos que por ella sentía. Para tener éxito era también necesario estudiar mucho y poseer un dinamismo mundano que a él le faltaba juntamente con la constancia.

Lector incansable y amigo de todos los libreros de viejo de Madrid, devora, según propia confesión, sin orden ni concierto cuanto cae en sus manos: "Yo leí en mi juventud todo lo que cayó en mis manos, principalmente novelas, sin fijarme gran cosa si el autor tenía fama o no: Víctor Hugo, Sué, Sand, Espronceda, Becquer, Baudelaire, Verlaine eran sus preferidos. Después de terminar su carrera lo fueron: Dickens, Stendhal, Dostoiewsky, Tolstoi, Ibsen, Nietzsche" (13). Quienes le iniciaron en la filosofía fueron Kant, Schopenhauer y Fichte.

Consigue la plaza de médico rural de Cestona, pueblecito de Guipúzcoa, pero no se encuentra contento, se siente inseguro en su profesión y choca con su colega, un médico más antiguo y conocido que

él y que incluso es rival ideológico. En los ratos libres escribe algo. Los dos años que permaneció en Cestona le sirvieron para asimilarse de nuevo el ambiente vasco y recoger el hilo de la raza que había perdido en los años pasados fuera de su país natal.

Intentó encauzar su vida por el camino de los negocios, en la empresa de panadería que había establecido su familia en Madrid. Fue un nuevo fracaso, pero lo que le decidió definitivamente a las letras. Hacía tiempo que sentía esta afición cultivada al mismo tiempo que seguía sus faenas de médico escribiendo cuentos e impresiones obtenidas junto a los enfermos: "A mí me preocupaban tanto o más las ideas y los sentimientos de los enfermos que los síntomas de las enfermedades". Y durante su época de panadero gustaba de frecuentar los lugares pintorescos de la Corte donde hallaba rico material para su obra posterior.

Baroja había encontrado su verdadera vocación y no le movía ningún afán lucrativo, pues tenía muy poca confianza en su éxito: "llegar a tener dinero a los 50 años no valía la pena para mí"... Ya comprendía que ensayar la literatura daría poco resultado pecuniario, mientras tanto podía vivir pobremente pero con ilusión".

"Y me decidí a ello...".

Después de algunos cuentos publicados en revistas, en 1900, cuando contaba 28 años publicaba su primera novela: "Vidas sombrías".

En 1902 salía "Camino de perfección", que le abría las puertas de la fama. Varios escritores de renombre, entre ellos Pérez Galdós, le festejaron su éxito celebrando un banquete Siguieron con ritmo incansable nuevas producciones y en 1935 llegaba al ápice de su gloria siendo recibido en la Academia Española.

Al estallar el Movimiento Nacional en 1936, después de un incidente desagradable con una patrulla carlista, se creyó poco seguro en Vera, el pueblecito vascongado donde pasaba largas temporadas, y se escapó a Francia. Sin embargo, al año siguiente volvía a su patria, pero descontento del ambiente triste e inquieto de la guerra, se vuelve a París, donde vivió la angustia y sobresalto de la segunda guerra mundial. Cuando ya no pudo resistir más, regresó definitivamente a España, en 1940. Trabajó incansablemente elaborando nuevas novelas. Iban desapareciendo los miembros de su familia y la soledad era la única compañera de su vejez. Desde 1955 su salud estaba muy resquebrajada, había perdido casi la memoria, sólo recordaba episodios de su niñez, lo demás le parecía un sueño. El 30 de octubre de 1956 fallecía en Madrid a los 83 años.

Así comienzan las "Memorias" de BAROJA:

> "Yo soy un hombre que ha salido de su casa por el camino, sin objeto, con la chaqueta al hombro, al amanecer".
>
> "Para entretener mi soledad, he ido cantando, silbando, tarareando canciones alegres y tristes, según el humor y el reflejo del ambiente de mi espíritu"
>
> "A veces, al pasar por delante de una casa del camino, cantábamos alto, gritaba, quizá con jactancia, queriendo ser escuchado".
>
> "Alguna ventana se abrirá — pensaba — y aparecerá un rostro simpático y jovial".
>
> "No se abría ninguna ventana, no salía nadie; yo insistía cándidamente, y, al insistir, iban brotando de aquí y de allá caras torvas, miradas hostiles, gende en guardia, que apretaba el garrote entre las manos huesudas".
>
> "Quizá les he ofendido — discurría yo —. Esa gente no quiere nada conmigo y seguía mi marcha, al azar, con la chaqueta al hombro, sin objeto, cantando, tarareando y silbando...".
>
> "Durante mucho tiempo esa soledad, el graznido de las lechuzas, el aullido de los lobos, me llenaban de angustia y de inquietud. Entonces intentaba acercarme a la ciudad; pero, al querer entrar en ella, me paraban en la puerta y me ponían como condición para pasar, el dejar a la entrada unos sueños gratos, más gratos que la vida misma".
>
> "No, no; prefiero volver al camino — murmuraba" (3).

Hay aquí dos rasgos principales que se van a destacar en toda su obra: la sensibilidad y la intransigencia ibérica.

Eugenio de Nora en su estudio sobre la novela de BAROJA da como motivo de su falta de cordialidad, su adscripción a la sinceridad y su incomprensión de la crueldad y desarmonía de la vida. BAROJA quiere ser un fiel testigo de lo que ve, no de lo que querría ver. Su testimonio es verídico y sincero y también falso: no piensa ni siente lo que dice, sino dice lo que ve (4).

Reconociendo lo que haya de verdad en tal opinión, no cabe duda que sobre todo BAROJA es un sensitivo y con facilidad llega a una susceptibilidad casi enfermiza. Su delicada piel teme los choques, y la defensa de tan delicada epidermis solía ser una concha punzante. Por una parte, el amor propio le impulsaba a hacerse valer,

pero el temor excesivo al fracaso, es decir, su timidez y apocamiento, le impidió salir de sí quedando por ello en la insatisfacción y la amargura. Digno representante de una generación, parece estar empapado de toda la desilusión y amargura que destila España.

El siempre se tuvo por un estudiante mediocre, perfectamente inútil para la vida corriente. Se veía sin ninguna capacidad intelectual, sólo con los sentidos muy desarrollados. Perdida la confianza en sí, llega a dudar que su vida tenga algún sentido, pues no tiene ideales que le guien y por tanto está falto de impulso y de voluntad. Esta es la única norma que encontró en su juventud escuchando su sensualidad. "Vivir con intensidad".

Pero en el fondo de su alma conservó siempre una virtud instintiva: amor a la verdad y aborrecimiento de la hipocresía.

Su áspero individualismo le impidió tomar consejo en aquellas horas decisivas de su vida, como no fuese en los libros.

Dice Schopenhauer: "La vida es una cosa oscura y ciega, potente y vigorosa sin justicia y sin fin; una fuerza movida por una corriente — la voluntad — en vano se buscará un sentido de la vida: ciega, insensata, cruel es la vida, como la voluntad que en ella se representa", y él le dio una solución conforme a sus tendencias pesimistas sobre la vida: "La eterna imbecilidad de vivir", dice en "Vidas sombrías", su primera novela. "La vida es eso: crueldad, ingratitud, inconsciencia, desdén de la fuerza para con la debilidad, y así son los hombres, las mujeres, y así somos todos...". No tiene fe en Dios ni en los hombres. Afirma en sus Memorias: "Por instinto y por experiencia creo que el hombre es un animal dañino, envidioso, cruel, pérfido, lleno de pasiones" (6).

Sin embargo, sentía tan poderosa en sí la voluntad de vivir que le fue imposibles llegar a su negación. Nietzsche le sacó del atolladero afirmando la vida a través de la acción porque ella es la que da sentido a la vida. Como las verdades son relativas y el hombre es incapaz de conocer una verdad absoluta, el instinto vital se encargará de ir apartando las que no son gratas y dejando sólo las útiles para cimentar la vida. La vida hay que apoyarla en una creencia, no importa que sea un mito con tal que tenga fuerza vital.

Baroja se iba hacia el anarquismo, se encontraba desarraigado de una sociedad en la que reina la injusticia, en la que los fuertes oprimen y aplastan a los débiles. Es necesario destruir todo el pasado comenzando por la Iglesia y el Estado, volver de la civilización al estado primitivo de las puras fuerzas biológicas. No fue más allá, hay cosas en él que le impiden ser un Nietzsche completo: su

educación cristiana, su imperiosa necesidad de simpatía: "Si Mefistófeles tuviera que comprar mi alma, no la compraría con una condecoración, ni con un título; pero si tuviera una promesa de simpatía, de efusión, de algo sentimental, creo que entonces se la llevaría muy fácilmente", dice en "Juventud y egolatría". BAROJA ocultó cuanto pudo esta faceta de su carácter por temor al ridículo y por un orgullo indomable.

Esta parte sentimental y mística de su anarquismo es el que le llevó a pintar en sus novelas con simpatía al débil, al mendigo, a la mujer caída, pero nunca llegó a un dogmatismo, pues por nada del mundo iba a perder su individualidad, su libertad de pensar.

Así que nunca se alcanza en sus obras a encontrar una idea, se limita a lanzar vituperios:

"He aquí un hombre — dice Ortega y Gasset — que piensa por espíritu de conservación, que piensa contra su derredor para no ser absorbido por él. BAROJA eriza las páginas de sus libros en torno a sí mismo, como un erizo sus púas. Ahora bien, esto es conocido bajo el nombre de timidez. Tímido es el hombre preocupado de su propia defensa... Su psicología es la de un hombre temeroso de que le arrebaten su "yo" como le roban a uno su reloj de bolsillo... Es curioso que el método propuesto por BAROJA para el culto del "yo" consiste en hacer que fusilen al "tu" y al "el" (14).

O sea que BAROJA se queda en un agnosticismo radical, sin ideales, con sus fobias producto de su excitada sensibilidad, su pesimismo, su acritud.

Es el mejor testigo de una época que tiene miedo de creer en nada: "No guardo ni una partícula de verdad absoluta en mano". "Sabe uno bien que no es uno nada y que su época no valía nada". "Supongo más o menos piadosamente que algunos de mis libros, si no tienen valor de obras de arte, tienen valor de documentos, porque están escritos sin ninguna tendencia artificio — escribe en sus Memorias" —.

Precisamente de su novela *Camino de perfección* se ha dicho que, junto con *La voluntad* de Azorín, son los mejores documentos de lo que se ha llamado la generación del 98, al estado de alma de la juventud española a fines del siglo XIX, guía espiritual en donde nació la época contemporánea de la literatura española.

La mayoría de los héroes barojianos retratan alguna faceta de la personalidad del escritor y al mismo tiempo de la juventud de la época. Son seres atropellados por la vida, poco aceptados por las mujeres, trotamundos que vagan de un lado a otro sin una meta

en su vagabundeo, nietzscheanos con gran capacidad de acción pero que fracasan en cuanto sobreviene la enfermedad de la época: la abulia. Entonces vegetan o se acomodan a las circunstancias en lugar de superarlas.

"Desgraciadamente para mí, yo no soy, ni he sido un tipo fuerte y duro — dice Baroja en sus "Memorias" —, de voluntad enérgica, sino más bien flojo y un tanto desvaído, más un tipo de final de raza que de comienzo".

Sus novelas le proporcionan la ocasión de rehacerse lo que le ha negado la vida. Sus personajes luchan por los problemas del escritor y dan salida a sus sueños. "Unos los he escrito con más trabajo que gusto; otros los he escrito con más gusto que trabajo".

Fernando Ossorio, el protagonista de *Camino de perfección,* es un tipo que tiene la inercia metida hasta los tuétanos: "Siendo la vida completamente vacía: me acuesto tarde, me levanto tarde, y al levantarme ya estoy cansado, como que me tiendo en un sillón y espero la hora de cenar y de acostarme" (pág. 130).

Es el cansancio de todo un pueblo: "Daba aquel anochecer la impresión de fatiga, del aniquilamiento de un pueblo que se preparaba para los placeres de la noche, después de las perezas del día" (página 133).

Tiene obsesiones místicas que degeneran en erotismo y que Baroja no sabe discernislas. Está cercano a la locura que le viene por herencia... "mi padre, loco; un primo, suicida; la historia de mi madre, imbécil, en un manicomio; un tío alcoholizado" (pág. 131).

Parte de su infancia la había pasado al lado de un abuelo volteriano convencido y de una nodriza fanática y supersticiosa que tiraban de él cada uno por su lado. Después va al colegio de Yécora de los PP. Escolapios. A todo esto atribuye su situación actual: "Gracias a mi educación han hecho de mí un degenerado" (pág. 126).

Después de nuevas caídas pasionales se encuentra deshecho y acosado por la crisis de misticismo. Para salvarse, huye de Madrid, mejor, huye de sí mismo, con esa evasión típica de los personajes barojianos.

Las lecturas de Nietzsche le han enseñado que es necesario reaccionar contra la vida frívola y muelle de la decadente burguesía madrileña, reacción que es una huída. Recorre a pie, a caballo, en carro, gran parte de Castilla, en busca de su liberación interior. Baroja al mismo tiempo pretende en su novela inspeccionar la vida española.

Unos años antes, había advertido Unamuno una gran falla en

el conocimiento que los españoles tenían de España: "España está por descubrir — son sus palabras — y sólo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisaje, el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo" (15). Esta es la empresa que había tomado también sobre sus hombros toda la generación del 98.

A pesar de su falta de simpatía por nadie y de su aridez, se adivina en el escritor un profundo amor por las tierras de su patria, que para él se limitan a Castilla y Vasconia: "Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el País Vasco, el mejor rincón de España"...

El personaje principal de "Camino de perfección" se suele decir que es el paisaje y Baroja lo ve en función del drama nacional. En *Páginas escogidas* da este juicio de su obra: *Camino de perfección* es un libro casi exclusivamente de viajes. Tiene una parte psicológica que no creo esté del todo mal. Pesa un poco, es cierto; para llegar hasta el fin hay que tragarse muchas descripciones, mucho sol, mucho polvo, muchos caminos de Castilla; todo es cuestión de tener un estómago resistente" (7).

Con dos pinceladas a modo impresionista nos va colocando ante la vista los paisajes y gentes castellanas deformadas por su amargo pesimismo. "Gente triste, viejos con caras melancólicas y expresión apagada, echando el cuerpo hacia adelante, apoyados en los bastones; señoritillos de pueblo que cantaban canciones de zarzuela madrileña, con los ojos vacíos, sin expresión ni pensamiento; caras hoscas por costumbre, gente de mirada siniestra y hablar dulce".

"En aquellos tipos se comprendía la enorme decadencia de una raza que no guardaba de su antigua energía más que gestos y ademanes, el cascarón de la gallardía y de la fuerza" (pág. 192).

La filosofía práctica del pueblo reflejada en la conversación con el arriero: "La vida es una mala broma", le hace recordar lo que él entiende por el espíritu de los místicos y de los ascetas castellanos, "espíritu anárquico cristiano, lleno de soberbias y de humildades, de austeridad y de libertinaje de espíritu" (pág. 200).

Fernando Ossorio busca en Toledo satisfacer sus ansias seudomísticas. Excepto las pinturas del Greco, no le preocupa para nada el resto de su tesoro artístico ni de su pasado glorioso. También allá se ve sólo decadencia, como su vida religiosa que es algo fantasmal, algo sacado del mundo de los muertos y se siente oprimido por aquel ambiente sombrío que amenaza devorarlo.

Sobre Yécora caen los juicios más duros y acres del autor. Para él es esta ciudad, índice y cifra del atraso de España: "Se respira

en la ciudad un ambiente hostil a todo lo que sea expansión, elevación de espíritu, simpatía humana. El arte ha huído de Yécora, dejándolo en medio de sus campos que rodean montes desnudos, al pie de una roca calcinada por el sol, sufriendo las inclimencias de un cielo africano que vierte torrentes de luz sobre las casas enjalbegadas, blancas, de un color agrio y doloroso, sobre sus calles rectas y monótonas y sus caminos polvorientos; le ha dejado en los brazos de una religión áspera, formalista, seca; entre las uñas de un mundo de pequeños caciques, de leguleyos, de prestamistas, de curas, gentes de vicio sórdido y de hipocresía miserables" (pág. 265).

A continuación lanza unos cuantos ultrajes contra el colegio de los PP. Escolapios convirtiéndolos en causantes de aquella califa de hombres preocupados sólo por vivir bien sin ningún respeto a la moral o a la justicia.

Al fin, es en Valencia donde Fernán Ossorio se hace la ilusión de una liberación. Allí, frente al Mediterráneo, lejos de la tradición y apergaminamiento de Castilla, sueña con el porvenir de su hijo. Le dejará vivir plenamente la naturaleza, lejos de pedagogos que inhiban sus instintos, no le enseñará religión alguna... Y mientras pensaba estas cosas, la madre de Dolores (de su mujer), cosía en la faja que había de poner al niño, una hoja doblada del Evangelio" (página 326).

Pocos son los capítulos de las novelas de Baroja que no estén manchados por alguna blasfemia o alguna frase insultante contra la Iglesia y sus representantes. Ya hemos citado las palabras de Ortega y Gasset sobre su espíritu agresivo: miedo a perder su "Yo" que se traduce en el fusilamiento del "tu" y del "el". Eugenio Nora, ve en ello un gesto de espontaneidad, una naturalidad irreprimible que le hace decir las cosas según le van saliendo, sin más razón que el porque sí" (8).

Naturalmente que Baroja no puede dar razones de su posición frente a la Iglesia porque no las tiene: Ni estudió con religiosos, ni fue víctima de "manejos clericales", ni leyó teología católica suficiente para poder decir que no creía o que no le convencían algunas cosas: "Yo no tenía mucha comunidad de pensamiento con Unamuno. El leía otros libros que los que yo leía. De mística y filosofía religiosa yo no conocía nada" (9).

Un incidente ocurrido en Pamplona entre un canónigo y él, y que narra en *Juventud y Egolatría;* lo quiere poner como pretexto de su anticlericalismo: "Aquella escena fue para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo". Es también algo episódico

lo que arma a Fernando Ossorio contra las pretensiones del Padre Escolapio de convertirle, y en su discurso de 1924 en la Sorbona se apoya también en razones históricas para defender sus posiciones: "No es raro que haya sido anticatólico, antimonárquico y antilatino, por haber nacido en un país latino, monárquico y católico que se descomponía, y en donde las viejas pragmáticas de la vida, a base de latinismo y de sentido monárquico y católico, no servían más que de elemento decorativo".

Baroja tenía su fe apoyada en lo contingente y humano de la Iglesia, y cuando le pareció que flaqueaba lo segundo, se desmoronó su fe, como algunos judíos ante el cuerpo muerto y escarnecido de Jesucristo. Precisamente por acercarnos a lo divino quiso El encarnarse y pasar por todas las vicisitudes humanas, aun a riesgo de que algunos se escandalizasen al verlo tan hombre. Lo mismo sucede con la Iglesia, y dice S. S. Pío XII en *Mystici Corporis Christi* de la "debilidad de nuestra condición humana" y de "esa deplorable inclinación al mal, que su Divino Fundador permite aún en los más altos miembros del Cuerpo Místico, para que se pruebe la virtud de las ovejas y de los pastores y para que en todos aumenten los méritos de la fe cristiana". La mayor prueba de la divinidad de la Iglesia es precisamente la enormidad de sus escándalos en algunas épocas que la hubieran hecho perecer de ser una institución meramente humana.

Aquí tenemos un ejemplo de pérdida de la fe por las lecturas. No tenía suficiente madurez para leer sin peligro las filosofías y obras más demoledoras que circulaban por Europa.

Las discusiones religiosas que aparecen en sus obras son de una indigencia lamentable, como la que tiene Fernando Ossorio con el Padre Escolapio en *Camino de perfección* (pág. 282). O la de José Larrañaga con un jesuita en *El gran torbellino del mundo.*

"¿Qué pruebas puede haber de la exactitud de la religión, de la existencia de Dios? Hoy que las ideas de Tiempo, Espacio, Casualidad (sic) han recibido golpes tan duros, nos van a venir con la sandez de preguntar, ¿quién hizo el mundo? Y si no lo hizo Dios, ¿quién lo hizo? Son majaderías de cretino".

Como ve desamparada su voluntad por no tener un ideal que la impulse a obrar, Baroja quiere tener fe ciega en el mito de la ciencia. Y escribe así en *Palabras nuevas:* "La civilización, es esencialmente la ciencia y no otra cosa. Lo demás, el arte, la religión, la historia, la literatura, son como el parque donde se fantasea; la cien-

cia es el sitio donde se vive y la fábrica donde se trabaja. Es al mismo tiempo lo poético y lo teórico, el presente y el porvenir".

"En la esfera religiosa, en la esfera moral, en la esfera social, todo puede ser mentira; nuestras verdades filosóficas y éticas pueden ser imaginaciones de un cerebro enloquecido. La única verdad, la única seguridad es la ciencia y a ésta tenemos que ir con una fe de ojos abiertos" (10).

"De la ciencia ha de brotar la nueva religión llenando el vacío que ella misma ha abierto en la conciencia, porque la ciencia ha desmoronado las religiones", dice en "El árbol de la vida".

En vano se esfuerza por dar vigor a la vida, alcanzar la felicidad y llenar el vacío de su alma por medio de la ciencia. Sería preciso un nuevo estado de cultura, una nueva manera de pensar, se ve incapaz de vivificar esta fe de dinamismo a su vida y acaba por descorazonarse.

He aquí el gran vacío que siente en sí Baroja. ¿No palpita su inquietud bajo los mismos apóstrofes mal sonantes con que ataca la religión y al clero? Lo que no se cree no se insulta y el verdadero sabio y científico es sereno. Giménez Caballero quiere ver en él otra cosa muy distinta de lo que se empeña en aparecer. "BAROJA parece a ratos un bolchevique llevando por corazón el de un sargento carlista. Parece un ateo y un anticlerical, llevando en su alma un hábito blanco de monje. Parece un misógino, llevando en sus entrañas oleajes intactos de pasión. Por eso BAROJA, como tipo español bastardeado, roto, desgajado, descompuesto y partido, parece lo y que no es. Y es lo que no parece" (11).

Y para terminar, copio el juicio de Juan Fernández Figueroa sobre la religiosidad de BAROJA, que resume los anteriores, pero haciendo hincapié en la visión unilateral de la realidad de España del escritor.

"BAROJA con Valle, Azorín y Unamuno han obrado sobre el alma de España un efecto de catarsis, purgativo. La acción capaz de producir este efecto higiénico saludable había de ser necesariamente cruel, exagerado. No valían paños calientes: había que sajar, imprecar, hurgar en la herida... De aquí a la blasfemia religiosa había un paso y los del 98, como se les ha llamado, lo dieron más de una vez...".

"Vemos a BAROJA como un superviviente del *desastre* en lo nacional y con Azorín, Unamuno y Valle, como uno de los que contribuyeron al renacimiento de hoy. Naturalmente que ellos no lo hicieron todo, ni siquiera lo más importante. Su obra fue levadura.

La masa a fermentar era el resto de la España viva, salvada del naufragio precisamente por algunas de las virtudes religiosas y morales que Baroja y otros han demostrado más o han desconocido: para los que han sido ciegos e *intelectualmente* — subrayo intelectualmente — insensibles...".

"En lo personal, Baroja se me figura un hombre bueno, con un solo ojo agudísimo, que saca de su timidez fuerza de flaqueza para ser espontáneamente sincero, cascarrabias y maldiciente. Ve media hoja de la realidad con sensibilísima clarividencia y apenas vagas sombras o resplandores de la obra media" (12).

Notas al capítulo VII

Novela consultada del autor: *Camino de perfección.*

(1) Baroja, Pío: *Memorias,* Ed. Minotauro, Madrid, 1955, p. 276.

(2) Ob. c., p. 594.

(3) Ob. c., p. 15.

(4) Nora, Eugenio G. de: *La novela española contemporánea,* Ed. Gredos, Madrid, 1958, p. 110.

(5) *Memorias,* p. 95.

(6) Ob. c., p. 179.

(7) Baroja, Pío: *Páginas escogidas,* Ed. Calleja, Madrid, 1918, p. 578.

(8) Nora: Ob. c., p. 98.

(9) *Memorias,* p. 625.

(10) Baroja, Pío: *Divagaciones acerca de Barcelona,* p. 535.

(11) Giménez Caballero, Ernesto: *El genio de España,* Ed. Nacional, 1939, p. 86.

(12) Fernández Figueroa, Juan: *Pío Baroja,* en la revista "Indice de artes y letras", ps. 70-71, febrero 1954.

(13) Cit por Laín Entralgo: *La generación del 98,* p. 115, Aguilar, Madrid, 1945.

(14) Cit. por Elizalde, Ignacio: *Pío Baroja a hombros de la crítica,* en "Razón y fe", marzo 1957.

(15) Unamuno, Miguel: *En torno al casticismo,* p. 136, "Ensayos", t. I, Aguilar, 1951.

CAPITULO VIII

CONCHA ESPINA TABLE (1877-1955)

Nació en Santander de una familia numerosa que ocupaba una desahogada posición social. Su padre era asturiano, armador de buques y cónsul de Argentina en Santander. Quedó huérfana bastante joven y por salir cuanto antes de la soledad en que había quedado, ya que sus hermanos se habían casado, arregló cuanto antes su matrimonio con un joven que poseía su fortuna en Valparaíso, por lo que hubo de acompañarle a poco de su boda. Tuvo que afrontar en su nueva residencia una precaria situación económica debida a reveses de fortuna, pero supo salir adelante aportando al hogar su ayuda económica gracias a la publicación de algunas poesías en revistas. Hacia 1898 regresó a su patria y al quedar viuda fue con sus hijos a Ujo, Asturias, donde conoció el ambiente que se vivía en las minas, y tanto efecto le produjo que le sugirió la idea de escribir la novela que sería su obra maestra: *El metal de los muertos.* Viajó mucho, sobre todo por el continente americano en giras culturales, recibiendo siempre las más vivas muestras de simpatía. Sufrió pacientemente una ceguera los últimos años de su vida, pero esto no le impidió proseguir hasta último momento su obra. Falleció en Madrid en 1955.

* * *

Se ha dicho que CONCHA ESPINA se deja llevar en sus novelas de ideología socialista, de un mensaje de cristianismo social a lo Tolstoi. Hoy todos están de acuerdo en afirmar que su obra más importante, *El metal de los muertos,* no es más que un grito de compasión y un anhelo de reivindicación de aquella parte doliente de la humanidad incrustada en las cuencas mineras de Riotinto o en cualquier otro lugar del mundo donde reine la injusticia social.

El adelanto técnico, la industrialización, ha llegado a arrebatar

al hombre su condición de ser racional para convertirlo en cosa u objeto en esta nueva esclavitud moderna, afirma Gabriel Marcel en *Les Hommes contre l'Humain*: El deseo y el temor se ven llevados más allá de todo límite asignable. La naturaleza humana se torna cada vez más incapaz de elevarse por encima de uno y otro, y de alcanzar en la oración o en la contemplación una esfera que supere las vicisitudes terrestres. El perfeccionamiento de la técnica contribuye... a hacer al hombre cada vez más terrestre" (1).

Y S.S. León XIII, el Apóstol de los obreros, con motivo de una peregrinación francesa que acudió a Roma, hizo acuñar una moneda con la siguiente inscripción: *Merces operariorum clamat in aures Domini* (Jac., 5, 4).

De nada sirvieron durante mucho tiempo las palabras apremiantes en favor de la justicia social de este Papa y de sus sucesores. El régimen económico rabiosamente liberal, cerró los oídos a toda palabra que tuviese que ver con las ganancias, y por otra parte, se desconoció sistemáticamente toda intervención estatal en sus negocios. Reinaba un capitalismo que no quería saber nada de cuestiones sociales, ni de retiros de obreros, ni de seguros de accidentes y enfermedades. Este régimen contrataba a los obreros según la ley de oferta y demanda traducida en buen castellano por el "toma y daca". Que no se hablase del rendimiento del trabajo, del alivio de los pobres. No se admitía para el contrato más norma de justicia que la simple voluntad de las partes. Lo triste es que la autoridad se colocaba siempre al lado de los poderosos; el derecho de despido no estaba reglamentado y se podía rebajar el salario por cualquier excusa. Régimen éste que tenía el trabajo como vulgarísima mercancía y al obrero como un paria de la creación.

Las luchas entre la aristocracia del dinero y el proletariado cada vez más pobre y más envenenado por doctrinas de odios y enemistades de clase, disolvía totalmente el orden social cristiano, crecido al calor de la Iglesia en los siglos medios.

Qué distinto el menestral de aquella época, aristócrata de su trabajo, orgulloso de su conciencia de utilidad que aparece representado en la obra de Shakespeare: "Señor, soy un verdadero trabajador; gano lo que como, compro lo que visto; a nadie tengo odio ni envidio la felicidad de nadie; me alegro con el bien ajeno, me conformo con el propio mal; y es mi mayor orgullo contemplar mis ovejas pastar y mis corderos mamar" (De *As You Like It*) (2).

Lo más triste de todo es que lo que han avanzado hasta ahora las naciones en aprender sus obligaciones sociales ha sido porque

"los trabajadores les han obligado a fuerza de puñetazos y de huelgas y de reclamaciones" (3).

Esta inquietud por el problema más grande del siglo es la que se refleja en la novela de CONCHA ESPINA:

"Niños que transportaban el mineral de un lado a otro, esclavos de la siniestra red de galerías, sacudidos por ráfagas de sombra. Con ellos, antes y después, las víctimas del *oro encarnado* (el metal de los muertos) rodaron a millones en la explotación, o cayeron bajo la podredumbre del hospital, empujados por la codicia, ese vicio incurable que deforma los sentimientos, excluye el sacrificio y paraliza el noble esfuerzo humano.

"Y todas las monedas que se acuñan a expensas de este enorme delito contra las leyes del Divino Sembrador han merecido llamarse "el metal de los muertos" (pág. 108).

La descripción de la vida de los mineros, sus miserias espeluznantes se nos presentan en toda su crudeza. Al sumergirnos dentro de la tierra, ante esa visión dantesca del interior de las minas, sentimos toda la angustia de la asfixia que sentía el ingeniero Leonardo Ericnis, en medio de aquellas tinieblas, respirando el pernicioso gas de los ácidos que nos corroe los pulmones y la hedionda fermentación de podredumbre humana. En nuestra ansia por salir a respirar la luz del sol, quisiéramos empujar y romper las paredes que nos aplastan dentro de la tierra.

Los hogares de los mineros... "la casa se alinea en el páramo con pretensiones de formar calles y tienen una triste monotonía impersonal como las camas de un asilo público, las celdas de una cárcel o los vagones del tren" (pág. 120).

No hay agua, pues corre envenenada, no hay condiciones higiénicas, es una ciudad ácida, sedienta, abrasadora. Todo el paisaje de Dite tiene aspecto de doliente humanidad, las montañas heridas y sangrantes, los ríos que llevan en sus aguas la muerte, el aire corrupto, la espantable sierra del horizonte... la enorme explotación de criaturas inocentes que sirven a la ambición extranjera.

Porque esas minas las explotaban compañías inglesas: los nordetanos son dueños y señores absolutos de la tierra y el subsuelo, de la luz y de la libertad, de las vidas y de la salud de miles de españoles.

En contraste con la trágica situación de esta pobre gente, allí está Villa Hermosa, milagro de sibaritismo para los dirigentes de la industria.

"...Tienen ustedes a su lado — dice la intrépida Rosario a las benéficas señoras de Villa Hermosa — los fusiles, los millones, la

bendición sacerdotal, es decir, todos los beneficios de la vida y todas las promesas de la otra... Los obreros de la mina, con un jornal alcanzado después de trabajos espantosos, que no les basta para comer y vestir, a su lado están la esclavitud y el hambre, acaso después la eterna condenación... Dígame usted, señora, si pertenecemos todos a una misma humanidad" (pág. 209).

Concha Espina siente hondamente la sublimidad del cristianismo y la grandeza del hombre redimido, por eso ahora se coloca de parte de estos seres desgraciados, víctimas de la codicia de "los amarillos" y comparte sus ideales, no en cuanto puedan contener de formaciones utópicas del evangelio, sino en cuanto contienen de nobleza, de sacrificio y de liberación.

Echea es el apóstol de la esperanza en medio de los que sufren. Se embriagaba de ilusión anunciando el reino de la justicia, la tierra de nadie, las preferencias para los viejos y los niños, la igualdad para el hombre y la mujer. Una era nueva de trabajo y amor con estas dos únicas jerarquías: el talento y la virtud. Y en un momento de exaltación oratoria clama que "el festín de la vida se reparta; que mientras unos tienen a su alcance todos los racimos de la felicidad, no queden otros laminados por la rueda de la fortuna: pedimos justicia y amor, que los privilegios no se hereden, que se confisquen; que los hijos de los hombres se eduquen por igual, para que descuelle el que más valga y nos gobiernen los técnicos sin prejuicios de clases, cada uno desde su especialidad. Queremos, en fin, derribar el mundo viejo que se defiende en las trincheras del egoísmo y del odio, mancillado por la desesperación de miles de criaturas, y elevar un nuevo mundo con horizontes hospitalarios y cuartel para todos los ideales" (pág. 320).

Pero la mayoría de los que se revelan no tienen doctrinas definidas en política o sociología. Sólo aspiran a salir de la miseria y del hambre que padecen y viven odiando con toda su alma a los que abusan de ellos.

La religión no ocupa ningún lugar en estas vidas, la desconocen en absoluto. A lo más es un conjunto de ceremonias vacías y sin sentido.

Así, la fiesta de la Cruz de mayo, con su significado Redentor, se confunde para ellos con una leyenda de tinte sombrío y como de ultratumba. "Y en realidad el madero florido sirve aquí para que le vistan unas faldas con recamos de flores contrahechas y le claven unos letreros y unos grimpolines a lo largo de la procesión" (pági-

na 152). Y también para que dé ocasión para bailar y retozar alegres siquiera un día olvidando la ruda tarea cotidiana.

"No florecen templos en estas cumbres de trágica aridez; ni un humilladero, ni un santuario, tan frecuentes en los surcos de España, bendicen a Dios hincados en esta roca bruna y expectante, llena de prodigios..." (pág. 15).

Tampoco hay sacerdotes; dos aparecen en la novela: uno en Villa Hermosa no se codea con el pueblo y éstos no le reconocen como ministro de Dios ni acuden a él en sus cuitas. El otro, más metido con ellos en sus problemas, se pierde como un grano de arena entre aquellas muchedumbres de gentes ignorantes y envenenadas por el odio.

Y no nos parezca exageración de la escritora esas descripciones de la triste situación de la gente del pueblo en esta región de España. Veamos la que hace Mons. Manuel González que fue por aquellos años arcipreste de Huelva, y no con pretensiones de novelar sino dando a conocer lo que él tenía ante la vista:

"Huelva, pueblecito andaluz, y como todos ellos sencillo, noble y cristiano, quedóse absorbido y desfigurado con las personas y cosas que le trajo la capitalidad otorgada en tiempos aciagos, nada menos que los del morrión miliciano y del degüello de frailes.

"Nació como capital de provincia en pecado".

"Desaparecieron tradiciones de religión y de familia y sencillez de costumbres y cayó sobre ella una nube de explotadores de ruinas extranjeros y nacionales y, a costa del mineral abundante que por su flamante puerto salía, masas de obreros de todas las procedencias e ideas no buenas".

"Con los ingleses protestantes, vinieron las escuelas y capillas protestantes; con los obreros sin fe y sin amor al suelo en que vivían, con los "clubs" republicanos, verdaderos antros del comunismo que ya se preparaba, y sus sociedades secretas antisacramentarias, y sus entierros, casamientos y bautizos civiles, y sus escuelas laicas, subvencionadas por el Ayuntamiento, formado en su mayoría por obreros de esta catadura" (4).

Coincide en todo con la que hacía, también por entonces, don Manuel Siurot en "El Debate" del 20 de noviembre de 1924:

"Huelva, la riente ciudad andaluza que viera surcados sus mares por las naves del Nuevo Mundo, cuyas glorias enriquecieron las arcas de la metrópoli de España, para la que conquistaron laureles gloriosos, había caído en la más abominable indiferencia religiosa. Elementos extraños, gentes forasteras que arribaron a sus playas, se

establecieron en la hermosa ciudad. De estas gentes, unas eran buenas, malas las otras, que desgraciadamente eran la mayoría".

"Y fue entonces cuando se manifestó descaradamente aquella indiferencia, entonces fue cuando el indiferentismo llegó a convertirse en odio, en odio injustificado al sacerdote".

Esta es la realidad que nos transcribe CONCHA ESPINA con el corazón transido de dolor. Se puede decir que, sobre todo entre la gente joven se desconoce el mensaje de Cristo. A Casilda le ha hablado su madre de Dios, pero ella confiesa a su compañera Carmen que no cree en nada. Esta tiene más fe, pero veamos cómo concibe la religión por lo que sabe decir a su amiga acongojada:

"Pues allí está, entre unos sahumerios que aletargan, y la sonatina de un piano; un cura habla por El; se viste unas enaguas de puntilla planchadas con almidón; un escapulario grandísimo bordado de flores... Vas allá; le dices lo que te sucede, se santigua, te perdona... Y te quedas como antes" (pág. 236).

Aurora y Gabriel sólo tienen una vaga idea de que existe una ley humanitaria y regeneradora a la que rendían tributo.

Luis y Rosario Garcillán, los hermanos que se quedan a convivir las penas de los mineros, ejercían el periodismo como un sacerdocio en favor de los desgraciados. Parece que tienen una fe más concreta y la quieren llevar a la práctica:

"Artistas y creyentes, con la fe de los apóstoles y el ardor de los mártires, profesaban la pura doctrina de la fraternidad al modo cristiano, amplia y generosamente, como la predicó el divino Jesús". (página 54).

"No hay derecho a ser buenos y felices mientras otros son por malos, infelices: quiero para toda la humanidad la dicha de la tierra y los goces del paraíso", dice una vez Rosario" (pág. 217).

O sea que no se considera la religión, como ha dicho un célebre sociólogo, una especie de oxígeno espiritual, para respirar más libremente en una atmósfera hostil y malsana a la que no tratamos en forma alguna de purificar. Una religión que nos consuele solamente, sin que nos inspire la necesidad de arreglar las disensiones del ambiente que nos rodea, no es la religión del Padrenuestro (5).

Este es el drama que nos pinta CONCHA ESPINA en *El metal de los muertos,* con ojos de espanto y lágrimas de misericordia pero con la esperanza de que un día se cumplirá lo que vino Jesucristo a enseñar a los hombres: "Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado".

NOTAS AL CAPÍTULO VIII

Novela consultada de la autora: *El metal de los muertos,* Ed. Gil-Blas, Madrid, 1920.

(1) MOELLER, CHARLES: *Literatura del siglo XX y cristianismo,* t. IV, Editorial Gredos, Madrid, 1960, p. 200.

(2) BRUEHL, CHARLES P.: *La reconstrucción social según el plan del Papa Pío XI,* Ed. Poblet, Buenos Aires, 1943, p. 246.

(3) AZPIAZU, JOAQUÍN: *Problemas sociales de actualidad,* Ed. Razón y Fe, Madrid, 1929, p. 69.

(4) CAMPOS GILES, J.: *Vida del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel González García,* Ed. "Granito de Arena", Palencia, 1950, p. 85.

(5) RECKITT, B.: Citado por Bruehl en *La reconstrucción social según el plan del Papa Pío XI,* p. 453.

CAPITULO IX

RAMÓN PÉREZ DE AYALA (1880)

Nació en Oviedo (Asturias), e hizo todos sus estudios primarios y el bachillerato en colegios de los Padres Jesuítas. Primero interno en Carrión de los Condes y, luego, en Gijón. Estudió la carrera de Leyes en la Universidad de Oviedo, siendo alumno de "Clarín" con el que conservó siempre gran amistad. Pasó a Londres a continuar sus estudios, pero una tragedia familiar — la ruina económica y el suicidio de su padre — le colocó de modo dramático frente a la vida. Emprendió trabajos periodísticos. Su primera novela *Tiniebla en las cumbres,* salió en 1907, en 1910 publicó *A. M. D. G.*, que le ganó la popularidad gracias al escándalo producido por ser obra de carácter marcadamente tendencioso y le situó dentro de la órbita de la "Generación del 98". Siguió publicando otras novelas hasta 1926, guardando desde entonces el silencio literario más absoluto y limitándose a escribir algunos artículos periodísticos en "La Nación" de Buenos Aires y en "A B C" de Madrid. En 1931 formó con Ortega y Gasset y Marañón la "Agrupación de intelectuales al servicio de la República" y fué nombrado por ésta embajador de España en Londres. Desempeñó este cargo hasta 1936, en que dimitió y pasó a la Argentina, donde permaneció hasta 1954, en que volvió a instalarse en Madrid.

* * *

La pata de la raposa, aparecida en 1912, pertenece a su primera época de producción literaria, que llega hasta 1914. No es de las más logradas, pero se puede en ella observar lo más característico de la ideología y los rasgos que van a servir de pauta a toda su obra. Esta primera parte, sin embargo, contiene más estudio de la vida y más episodios, distinguiéndose la segunda por la mayor reflexión de esta misma vida y más simbolismo en los personajes, llegando a veces a la novela-ensayo.

El protagonista de esta novela es el mismo que el de sus primeras obras *Tiniebla en las cumbres, A. M. D. G.* y *Troteras y danzaderas,* el joven Alberto Díaz de Guzmán. En *A. M. D. G.* nos describía su infancia, saturada de recuerdos amargos y de rencor contra sus educadores. Es el punto de vista del alumno desleal y desagradecido que se las amaña para colocar siempre en mala parte las aptitudes de los demás: sus educadores deformaron sus vidas, tienen la culpa de todos sus fracasos y si hay algo bueno en ellos ha sido a pesar de sus educadores. Es la misma postura de "Fernando Ossorio" y "Azorín" frente a los Padres Escolapios.

Comienza la acción de *La pata de la raposa* en el momento en que Alberto, volviendo en sí después del escándalo dado en el Puerto tras la excursión alegre a ver el eclipse (en *Tiniebla en las cumbres*), anhelando una vida nueva, que sea clara y lógica, se decide a experimentar lo absurdo y lo fantástico a través del vagabundeo como todos los personajes noventayochistas y niezscheanos. A ver si a fuerza de cambio de paisaje y de rutas se tonifica la flaca voluntad que es el caballo de batalla con que todos tienen que luchar. Alberto es una cosa abúlica, a merced de fuerzas desconocidas (página 68) su conciencia le decía:

"No sirves para nada, porque estás podrido de molicie, porque el solitario deleite de soñar y de pensar como juego, te ha corroído hasta los huesos, porque en tu pereza miserable crees que la vida — que es anterior y superior a tu persona — no vale nada en si sino en sus ornamentos, con los cuales quieres adornarte y gozar" (página 184).

Y ésta va a ser su búsqueda, la de la vida en sí sin ornamento.

Hay en estas obras bastante de la vida del propio novelista y sobre todo aparece éste continuamente entre sus personajes para darnos a conocer sus propias ideas, sus análisis, su frío escepticismo consiguiente, todo ello envuelto siempre en gran empaque intelectual. Como dice Eugenio de Nora: "El autor está siempre presente hasta el exceso, haciendo sombra, amonestando y glosando a sus propios personajes" (1).

Todos los episodios de esta novela sirven de tramoya para el análisis del alma del protagonista, un tipo descentrado, fluctuante, que trata de descubrirse.

Ya desde el principio nos anuncia que se encuentra libre de todas las "mentiras vitales", de todas las ilusiones normativas; que ya no le mueve a obrar la religión ni la moral, la ciencia ni la justicia, la sabiduría ni la riqueza. O sea que no haya ni un estímulo

para su voluntad. Hasta poco antes del eclipse de "El Puerto", aún le quedaba como único astro de su negro firmamento, capaz de librarle con su luz de las cavilaciones, la Belleza con su satélite la Gloria. Pero ya ni eso tiene, pues el eclipse ha sido total: no cree en nada y no quiere volverse a engañar, por eso emprende la huída.

Pero el ornamento del intelectualismo en forma de cultura artística le persigue y domina impidiéndole la emancipación completa de mentira. Ella le oculta "el libre juego de la personalidad recóndita, virgen, auténtica" (pág. 30).

"No veo con mis ojos ni oigo con mis oídos... se interponen las imágenes y las sensaciones experimentadas por otros sentidos que no son los de mi cuerpo. No he visto la taberna, ni el paisaje, ni a los mineros, ni al chigrero; tampoco he oído el canto de la moza con la música del acordeón. Los han visto y oído por mí Jordaens, Teniers, Verrocchio, Lysipo, Grieg, Rimsky-Korsakof y por ahí adelante. ¡Maldito esteticismo!... ¿Soy un hombre o soy un portafolio de estampas, con sendas inscripciones muertas al pie?" (pág. 30).

Completamente suyos, siente que le quedan tres únicos sentidos: el tacto, el olfato y el paladar. Precisamente los menos estéticos y los más animales. "Hay que animalizarse. ¡Quién fuera orangután!" Es la huída de un extremo a otro, desde el intelectualismo al estado primitivo o más lejos aún.

Un pensamiento que sobresalta al protagonista en medio de todas sus veleidades nebulosas es el de la muerte y la eternidad. Esto se refleja en las poesías que intercala en la novela que vienen a ser a manera del coro de la tragedia griega que explica los estados de alma de los protagonistas, o un colocarse el autor fuera del personaje para juzgarle exteriormente.

Va analizando las diferentes morales: la judío-cristiana, cuyo símbolo encuentra en el perro Sultán. Como éste, cree en un Ser superior al que se subordina mansamente. Le parece bella en cuanto deja abierta una puerta al ensueño. Se distingue por su reverencia ante el misterio:

"Conoces unos genios tutelares
que te juzgan y dan fallo diverso
castigo o premio, el palo o los yantares...
Has hallado un sentido al universo,
¿lo has hallado?..." (pág. 34).

Ahí está la duda, el escepticismo. Quizá sea ésta una moral servil y cobarde, moral de esclavos, como dice Nietzsche.

Reflexiona después sobre la moral pagana. Para los filósofos griegos es la muerte la causa fundamental de toda filosofía y así, consideran a la vida como una caja vacía a la que limita la muerte por todas partes. Hay que llenar esa caja. ¿Para qué adornarla por fuera como hacen los cristianos para después de la muerte? El lema de los paganos será eudaimonía, esto es lo que llena la caja. Tales ideas se las sugiere a Alberto la visita del gallo Alectryon. Pero es tan difícil que el hombre alcance esto... No le sirve por tanto.

Finalmente, una hormiga le da la clave de la tercera moralidad. Ya que nos hallamos ante lo incognoscible, lo mejor será no pensar, la moral del olvido y del aprovechamiento mejor de la hora presente, la moral utilitarista:

> "Cuidas del mañana con mira terrenal.
> Eres dichosa porque nunca miras al cielo.
> No sabes del bien ni del mal.
> No sientes melancolías,
> ni la horrible desolación
> del que ve que se acaban sus días
> y en su boca se hiela la canción.
> Y esto no obstante...

Hay que soñar con un paraíso donde moren felices todos estos animales con sus morales correspondientes. Sólo de este modo se puede uno evadir de la ciudad de la ignorancia.

Es una idea que trata de inculcar constantemente Pérez de Ayala en su obra: cualquier moral es buena, cualquier acto, con tal que vaya de acuerdo con la íntima naturaleza del que lo ejecuta.

Por eso encuentra que fue una empresa ridícula la de Carlos V como defensor del catolicismo porque perseguía una finalidad trascendente dentro de un mundo perecedero. En cambio, el juglar que exhibía su juego de meter guisantes en un cántaro de boca estrecha, sin buscar más fin que mostrar su destreza, obraba mejor, pues no perseguía ninguno fuera de ejercitar sus facultades naturales. Este fue el que de veras triunfó de la muerte y no Carlos V, "porque triunfó de la vida misma comprendiendo muy cuerdamente que no morir es ignorar el mañana, exaltar todas las facultades y ponerlas en el presente eterno de un esparcimiento arbitrario y sin

propósito final" (pág. 107). Esta es la esencia del humorismo y del ironismo.

Esta postura de justificación de cualquier clase de moral le conduce a la tolerancia con cualquier acción con tal que esté que *sea*. No hay acciones buenas ni malas y si surgen conflictos son de bondad contra bondad y de rectitud contra rectitud. Sólo se libran de esta tolerancia sus educadores los PP. Jesuítas, a los que les toca siempre hacer obras malas.

Hay otra cosa que es también mala: el temor de la muerte. Ese es el mayor de los males, dice Alberto Díaz. Es peor que esa "invención de los teólogos" llamada infierno.

Aquí llega a su máximo la "sabiduría" del protagonista. El infierno, dice, es una mala invención porque no hay tales tormentos sino que es un lugar agradable en el que se tienen grandes juergas en compañía de la gente más alegre, y lo mejor de todo es que allí hay "seguro de eternidad", pues se ha terminado el temor a la muerte.

Lo mejor sería quitarse ya este temor en vida. Dicen que la raposa cuando cae en el cepo se roe la pata hasta que se la troncha y escapa con las otras tres. El temor de la muerte viene a ser ese cepo y el espíritu la raposa. Los hombres débiles cuando caen en ese temor o cepo, se imaginan que una mano providente y bondadosa los ha conducido allí para llevarlos a venturosa existencia. (Aquí estamos viendo lo de la moral de esclavos o de perros dóciles y cobardes.) Pero los espíritus valientes, astutos, los fuertes, no quieren renunciar a la vida y dejando a un lado su agilidad y locuras primeras, "se escapan del cepo con los músculos tensos para la acción y con las fuerzas motrices del alma centuplicadas en ímpetu, potencia y eficacia" (pág. 200).

Sin embargo, ¿cómo cortarse la pata? ¿Cómo quedarse sin la ilusión de que somos inmortales y de un más allá? Esa es la inquietud que se perfila a través de tantas veleidades, de tantas fanfarronas y de tanto escepticismo.

Para Alberto Díaz de Guzmán todo su mal provenía de su educación que le había embotado el alma con el temor al ridículo. Ridículo de emprender obras que nunca podría llevar a efecto, de preocuparse de los ornamentos de la caja para la otra vida; le habían enseñado que era inútil todo esfuerzo aquí en la tierra (página 205) y otra cosa él no podía ejecutar. Gracias al amor de Fina, su novia tantas veces abandonada, se decide a emprender algo serio en la vida, se pone por lema lo que llama evangelio de San Fran

cisco: "No trabajar por amor al dinero, destilar la sensualidad en sensibilidad; ser obediente, o sea, ser sincero consigo mismo..." (página 212). Pero se aleja de ella y sigue su búsqueda de la estabilidad.

Y se siente plenamente liberado cuando siente en sí plenamente la vida como el mayor placer a través del autodidactismo estético. Cree que ha llegado al equilibrio, a la unidad. Su camino ha sido desde el escepticismo hasta cierto misticismo quedándose entre ambos límites, amando todo el universo por igual. Y cuando quiere volver a Fina, pues ha comprendido que su amor hecho de amistad compagina toda clase de amores y a su lado está la verdadera felicidad, se entera que ha fallecido de tristeza por su nuevo abandono.

Ramón Pérez de Ayala vivió muy dentro de una juventud de hace 40 a 50 años. Se observa en esta novela muchas lecturas de los filósofos románticos e irracionalistas alemanes que, apartados de toda idea trascendente, quieren encontrar el infinito en la tierra. Para ello deben colocarse fuera de toda atadura racionalista, buscar lo absurdo, una reflexión que a fuerza de autoanálisis llegue a anular la razón. De esta forma se encuentra el yo profundo y absoluto.

Campea el materialismo y escepticismo más radical.

El esteticismo goethiano se refleja en ese querer vivir plenamente la vida como si fuese una obra de arte.

Alberto Díaz de Guzmán no cree en la verdad, o por lo menos no es lo que aparece, sino esa fuerza misteriosa que está debajo del fenómeno. Por eso transformando un pasaje evangélico dice que una vez le preguntaron a Pilatos qué era la verdad, y éste se lavó las manos indicando que a veces, cuando creemos tocar una cosa, nos estamos engañando". Se debe tener muy limpia la piel, de manera que no ocurra que cuando creamos tocar una cosa, estemos tocando tan sólo nuestra propia inmundicia" (pág. 209).

El hombre halla la verdad cuando tiene conciencia de sí mismo, entonces obra con verdadera libertad. Entonces alcanza la armonía interior y por tanto es indiferente a las formas externas de mundanidad, a los ornamentos de la caja, al temor de la muerte, al ridículo. Así cree Alberto Díaz liberarse de lo que le inculcaron en su niñez.

Pero al final va en busca de Fina y del Evangelio de San Francisco.

Notas al capítulo IX

Obras consultadas:

Pérez Ayala, Ramón: *La pata de la raposa,* Col. Austral, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1951.

Nora, Eugenio G. de: *La novela española contemporánea,* Ed. Gredos, Madrid, 1958.

Gómez López, José: *Literatura española,* Ed. Teide, 5.ª ed., Barcelona, 1959.

CAPITULO X

José María Gironella (1919)

Nació en Darnius (Gerona) y comenzó sus estudios en el seminario, pero tuvo que dejarlos para desempeñar diversos oficios humildes: dependiente de una fábrica de licores, botones de la Banca Arnús — como Ignacio, el protagonista de *Los cipreses creen en Dios* —. Tomó parte en la guerra civil española desde su comienzo, en el campo nacional. Después se ganó la vida de distintas maneras, fue comerciante en paños, se dedicó a vender cuadros, tuvo un almacén de trapos, librería de lance... Y todavía le quedó tiempo para irse formando en sus dos grandes aficiones, la literatura y la música. Ha recorrido bastantes países de Europa y largas temporadas ha residido en París. En 1946 le fue concedido el premio "Nadal" por su novela *Un hombre*. En 1948 publicó *La marea* y en 1953 se le concedió el "Premio Nacional Cervantes" por su novela *Los cipreses creen en Dios*. En el año 1959 ha publicado *Los fantasmas de mi cerebro*.

Se ha dicho que José María Gironella es el novelista actual español más preocupado por la cuestión religiosa y una promesa de lo que podría ser la novela católica en España (1).

Los cipreses creen en Dios, viene a ser un documento ante la historia de la guerra civil española de 1936. En ella se va describiendo detalladamente toda su gestación, las tomas de posición y "alineamiento" de cada campo, hasta que un día estalla la contienda. El autor ha prometido otras dos partes para completar esta obra que será una trilogía: "Un millón de muertos", en que se narrará la lucha en los dos frentes y otra parte que abarcará desde el año 1939 hasta nuestros días.

Sobre un fondo histórico, en cuanto se relatan hechos verídicos, pero que no sucedieron precisamente en Gerona, sino que se sitúan en esta ciudad haciendo una síntesis de los episodios de toda

la nación, se han colocado unos caracteres reales que van viviendo esa geografía, ese ambiente, unas peripecias históricas y van reaccionando cada uno según su propia manera de ser y sus circunstancias personales o sociales, proclamando también sus tesis e ideologías acomodada según cada uno a todo eso que les rodea y que constituye sus vidas. En conjunto nos recuerda esta obra la novela social a fines del siglo XIX, en que un determinado ambiente en el que están incluidos los protagonistas, constituye un personaje principal.

Se ha comparado mucho *Los cipreses creen en Dios* con la serie de *Episodios Nacionales* de Galdós, aunque todavía le falta a GIRONELLA darnos su serie completa para poder establecerse verdaderamente la comparación. Como Galdós, quiere este escritor mostrar al mundo en toda su objetividad y toda su verdad lo que ocurrió en España en esas fechas, y de este modo aclarar algunas deformaciones que han circulado por el exterior. Pero se diferencia de Galdós, aparte de que éste le supera en la nota pintoresca y costumbrista, en el estudio sicológico que hace GIRONELLA de sus personajes, por lo menos de los principales. Tiene cada uno sus peculiaridades individuales, son tipos completos, y no genéricos que representen a determinados sectores de la vida española. Así que, al mismo tiempo que son protagonistas de un episodio nacional, vive cada uno su propia historia individual, su drama interior, que coincide con el de su patria. Estas criaturas nunca llegan a ser figuras convencionales que van arrastrados por los sucesos políticos de modo previsto por el autor. Este es uno de los méritos de Gironella, porque además, todo responde perfectamente a las horas y situación por la que atraviesa España.

Pacientemente y en un modo semejante al "roman fleuve" stendhaliano nos va el autor acumulando episodios, el desenvolvimiento de las diferentes ideologías, la formación de los grupos opuestos, sus fragmentaciones según nuevas tonalidades políticas, hasta llegar la descomposición total el 18 de julio de 1936.

Quien ha vivido aquellos instantes, siente pasar de nuevo, a través de la lectura de este libro, aquellos momentos de inquietud, de espera angustiosa a algo que va a suceder y no se sabe qué, entre siniestras profecías, agitación del ambiente, situación agónica que fue sirviendo de estímulo a ideales que yacían dormidos en las conciencias y a que tuviera un nuevo estímulo la vida religiosa aletargada en la rutina desde épocas anteriores.

A la sombra de una república complaciente se disgregan los es-

pañoles en multitud de partidos políticos. Excepto los separatistas de otras regiones de España, creo que están todos representados en aquella Gerona de los años anteriores a la guerra. La izquierda republicana acomodada en el mejor local de la ciudad; la derechista CEDA; el partido socialista unificado con la UGT, formado por gente vieja; la CNT con sus ejércitos de limpiabotas; el partido anarquista hecho de menores de edad, románticos y desarrapados. Los partidarios de Alfonso XIII hacían buenas migas con los que todavía conservaban la boina roja. El Estat Catalá se distinguía por su rinconcito coquetón y hasta artístico y la organización a toda hora de sardanas. Los militares también habían elegido su punto de reunión, y el partido comunista va asomándose a la contienda con paso lento pero seguro. Detrás de todo este tinglado y como principal operador, la masonería que dirige los hilos clave desde la Logia de la calle del Pavo, o las de Barcelona o las de París. La consigna era: destrucción de la Iglesia católica en España.

Llega un momento en que toda la población, desde sus instituciones hasta su comercio se subdivide formándose la clientela de cada partido según las ideas del vendedor. "Por nada del mundo un "ugetista" hubiera dejado unas pesetas en el estanco de un radical. Cada ciudadano leía un solo periódico que tallaban como en piedra su mentalidad. Y cada periódico tenía sus anunciantes y los lectores sabían que los anunciantes de otros periódicos eran enemigos... de modo que por la marca de los calcetines de un caballero — decía Matías Alvear — sabremos si cree o no en el misterio de la Encarnación" (pág. 542).

En octubre del 34 hay un simulacro de combate, un ensayo de lo que se pretendía para más adelante, pero que costó la vida a las primeras víctimas.

Se adivina dónde tiene las simpatías el novelista: aparece la Falange en Gerona y se nos dan largas digresiones sobre el partido, su disposición especial para salvar a España, pues había colocado por encima de toda ideología partidista, su amor a la patria con lo más santo y noble de ella: la religión y sus costumbres tradicionales. "No os dejéis impresionar — dice Mateo a sus compañeros — por el argumento según el cual el Frente Popular ha robado las elecciones... Si ahora el nuevo Gobierno se dispone a hacer una España grande, todo estará bien empleado. No estamos a favor ni en contra del Frente Popular. Estamos frente a todo aquel que atente contra España, contra la integridad de España" (pág. 630). Con este fin, infundían una ilusión grande, un ideal luminoso que uniese y

orientase a los españoles y no se estuviesen cada tres días haciéndose revoluciones por pequeñeces o mezquinos intereses.

Lo que da unidad a la novela es la familia Alvear. La madre, Carmen Elgazu. ¡Qué lejos estamos de doña Perfecta o de otro tipo por el estilo de los novelistas de la época anterior! Gran sentido común, las ideas bien colocadas en la cabeza y en orden a su jerarquía, piedad sólida, nunca repulsiva, pues obra en conformidad con una fe inquebrantable, tiene un corazón grande y abierto para todos. Aunque el prójimo no comulgue con sus ideas, si está en la desgracia hay que ayudarle; además todos somos hijos de Dios. Sus hijos la adoran y respetan sus palabras como un oráculo. La fe de Carmen Elgazu ha atraído a la Iglesia a su esposo, Matías Alvear, de juventud extremada en ideas, anticlerical, como lo eran todos los suyos, pero que "acabó creyendo todo lo que negaban sus hermanos y se sorprendió persignándose con respeto" (pág. 19). De sus años pasados le había quedado una gran preocupación por los problemas sociales. Persona de juicio muy equilibrado y de gran espíritu práctico, dirigía con comprensión y cariño un hogar bien avenido.

César, el hijo seminarista, a pesar de tender al misticismo, como Luis Gonzaga, el cuñado de León Roch, un abismo le separa de él, sobre todo en su espíritu abierto a la caridad, alma de apóstol que quisiera ser uno de tantos de la calle de la Barca, para hacerles bien y llevarles al buen camino.

Ignacio Alvear, a pesar de su impetuosidad, es reflexivo y es el que en medio de la diversidad de opiniones que le rodea, quiere encontrar la unidad recogiendo lo bueno de cada una en su mente; pero se encuentra a veces como que él mismo es el campo de batalla donde luchan y se combaten entre sí todas las ideologías. Ha heredado de su padre el interés por la cuestión social, las necesidades de las clases menesterosas y le indignan las injusticias y las miserias en que se ven envueltos. En su perorata Mosén Alberto, bastante insolente, pero con su fondo de verdad, le habla de la necesidad que tenemos todos de conocer al obrero, "esos hombres necesitados, convivir con ellos. La verdad era que ahora, por el momento, no los conocían. Ni sabían por qué eran así y no de otra manera. Se limitaban a eso, a censurar su conducta y a profetizarles grandes males. En cuanto les oían blasfemar o les veían salir de un local con la cara enrojecida, les consideraba pecadores, poco menos que casos perdidos... ¡Era muy fácil no pensar en petardos teniendo cuenta corriente en el Banco Arnús!" (pág. 251).

Es interesante seguir con el novelista detenidamente el despertar de este muchacho a los problemas humanos. Acababa de salir del seminario donde no fraguó su vocación, y hay unas palabras que ha leído de Unamuno que le vienen con frecuencia a la memoria: los "caracoles humanos", las personas sin ímpetu ni curiosidad. De esos iba encontrando él muchos en su corta existencia y no quería ir a formar parte del grupo.

En la oficina del Banco Arnús convive con "gente experimentada" que se burla al principio del jovencito por su integridad moral y religiosa. Su reacción es de defensa, contesta con agresividad en pro de sus ideas, pero comienza a inquietarse y a perder el buen humor entre su familia, quejándose ante su madre alarmada que en el seminario no le habían enseñado bien algunas cosas y que ahora las estaba viendo muy claras.

Va desapareciendo la alegría despreocupada de la infancia para entrar en una nueva fase de la vida sembrada de dificultades. Tan variada ideología no puede menos de ir abriendo brecha en su fe hasta ahora tan llena de candor. Ya no reacciona con hostilidad, como antes en la oficina, a los ataques o frases más o menos capciosas de David y Olga. Después de oir una lección de religión de éstos en San Feliu de Guixols, hasta parece quedar un poco inseguro y sólo se recobra hablando con su novia de vacaciones, Ana María.

Ignacio procuraba ser justo con todos, pero percibía a su alrededor un gran desequilibrio. "Tanto como el hecho de que Pilar no contase para nada con la decisión de Mateo de irse a Abisinia, le molestaba que la pedagogía racionalista de David y Olga hicieran posible la aparición de Santi. Pero al mismo tiempo que la pedagogía de los Maristas hiciera posible la aparición de Mateo. Y la de los jesuitas la de "La voz de alerta" (pág. 602).

"A Ignacio le parecía que él mismo participaba de esa dualidad, que era a la vez un poco de Santi y un poco "La voz de alerta".

Considera que son verdad muchas de las cosas que achacan a España: su atraso científico, su nivel de vida tan pobre, su filosofía... pero le molestaba que fuesen extranjeros los que viniesen a decírnoslo y "No ocurriría que cada país tuviese su misión que cumplir y España cumplía con la suya no arquitecturando en libros sistemas filosóficos, sino guardando en la conciencia colectiva, como en un sagrario, algo que tal vez tuviera más valor, desde luego, fuera más duradero: la fe y la unidad religiosa?... A Carmen El-

gazu no le interesaba nada que no fuera la salvación de las almas que estaban a su cuidado" (pág. 603).

España tenía sed de cosas eternas, una obsesión de lo trascendente, por eso David y Olga a más de instruir a sus treinta alumnos, querían ahondar en sus mismas entrañas. Un simple portero empeñado en saber si el rey de Italia es o no masón... y a él tanto como las asignaturas del seminario le interesaba saber de la miseria del hombre.

En esta novela de GIRONELLA no hay buenos ni malos. Todos tienen sus facetas mejores y peores y ocasiones para fomentar unas y otras. Doña Carmen Algazu se arrepentía de sentir aversión por algunas personas y cuando se impacientaba con su sobrino anarquista o le doblaba el pijama con desgana, presentaba su lado malo, pero cuando Dimas y Agustín, otros dos anarquistas, cuidaban a la familia Alvear en medio de la siniestra noche de los asesinatos y salían en busca de César, que estaba preso, mostraban su lado bueno. Por muy perdidos que estén en sus costumbres o ideas los hombres, siempre se puede encontrar esta cara de su corazón. También la tenía Mosén Alberto, sobre todo desde que murió su criada despedazada por el petardo y veía crecer en santidad a César, el seminarista que se había propuesto convertir todo el odio en amor. Mosén Alberto comenzaba a sentirse responsable ante Dios y ante los hombres de su ordenación sacerdotal. Tal vez muy pronto iba a presentarse ante el Juez Supremo que le pediría cuenta de sus talentos. "Señor, tendría que contestarle, los empleé en vanagloriarme en ser perito en retablos antiguos, en deslumbrar con citas bíblicas a almas sencillas como Carmen Elgazu" (pág. 802).

Y David y Olga, como tenían algunos aciertos pedagógicos y sentían sinceramente sus ideales políticos y anhelaban para todos una era de justicia social, sabían ser agradecidos y hasta exponían sus vidas por esconder en su casa a Marta, la hija del comandante faccioso y comprometida también en el Movimiento.

Y lo mismo se podría decir del Responsable, de Teo, que salva el cuerpo de San Narciso de la barbarie; de don Jorge, que tenia a su cargo una sala de tuberculosos del hospital; de Cosme Vila, el jefe comunista; de la andaluza y la valenciana, todos tienen su parte luminosa que es la que veían y la que amaban César y Mosén Francisco y la que querían cultivar y purificar de odio y de errores.

Este parece ser el mensaje que nos quiere dar GIRONELLA en su obra, un llamamiento a la benevolencia, a la concordia, a la

caridad cristiana. El catolicismo hay que vivirlo como lo vivían Mosén Francisco, César y el Vicario de San Félix que se había ido a Fontilles al lado de los leprosos, untándose de pobre, de sus miserias, viviendo sus zozobras ante la vida.

En cuanto a la caída y conversión de Ignacio, no creo que se le pueda reprochar al escritor de querer hacer con ello labor apologética. Ignacio pasa por una época difícil y todo se va preparando para acabar como acaba, aunque el primer mal paso, en cierto modo, fue de sorpresa. Tal vez no convenza la alegría consiguiente comparada con la insignificancia del remordimiento. Pero después de una negativa a Dios, por lo menos en una temporada, no suele ser el temor y la angustia lo que predomina en ocasiones, sino un sentimiento de liberación, de haber arrojado de sus hombros la cruz y haber entrado en posesión de sí mismo. Así dice San Gregorio: "Los bienes materiales, cuando no se poseen, parecen los más preciosos de todos; los bienes espirituales, por el contrario, mientras no los gustamos, parecen irreales; los goces materiales, una vez experimentados, sólo a la larga descubren la saciedad que ocultan, mientras que las realidades espirituales, una vez vividas, se muestran inagotables".

Pronto experimentó Ignacio esta saciedad junto con la vergüenza de una repugnante enfermedad. Necesitaba su orgullo pasar por esta prueba de la humillación.

De nuevo se nos presenta la sensibilidad delicada del novelista y su amplitud de corazón en las escenas de reconciliación de Ignacio con sus padres que recuerdan la del hijo pródigo. Después de leer otras novelas de esta época en que no hay más que egoísmos y odio hasta en el seno de las familias, produce una impresión sedante ver que alguien cree todavía en el amor y la caridad.

Se plantean en la novela bastantes problemas sociales, pero no intelectuales ni religiosos. Todo se reduce a mucha ignorancia y no menor hambre. La gente se va a la CNT, a la UGT, a la FAI o al comunismo, no por ideología, sino porque cree que ahí va a encontrar pan y felicidad: "Toda España es así, se habla de la revolución como si fuera una corrida de toros. ¡Abajo los magnates!, eso es lo que se sabe del anarquismo". Hablando de Rusia se dice: "¡Entrega de los hijos al Estado! Y se acabó" (pág. 116). No se sabe más, pero si es preciso se da la vida por el partido, como la dan los católicos por su fe, aunque tampoco sepan discutir las profundidades de su religión.

Pero si el catolicismo de tantos españoles llegó a ser algo ruti-

nario y superficial, la persecución a unas creencias que creían desvitalizados hizo tomar la conciencia de lo que significaban en sus vidas. Muchos debieron ser los pecados de los hombres cuando fue necesario para su expiación no menos que la inmolación de cerca de un millón de hermanos.

La obra demoledora de la irreligiosidad y el paganismo iba ganando terreno en los espíritus de tal manera que ni los mismos afectados se daban cuenta de su transformación.

La religión iba quedando relegada al interior de las iglesias o al seno de las familias. Pero aún en éstas, lo habitual era que llevase la iniciativa la madre, siguiendo el padre las prácticas piadosas a remolque, aunque por otra parte fuese muy celoso de la dignidad del hogar en cuanto a las buenas costumbres, sobre todo de las mujeres de la casa.

La gente solía asociar la idea de católico cumplidor de sus deberes con la de beato. O sea un tipo encogido, miedoso, siempre a la defensiva en medio de un mundo contrario, con una actitud de repulsa y temor contra todo lo moderno, sea el cine, el teatro, la radio, el obrero o el seglar.

Por eso muchos en cuanto entraban en la adolescencia se daban buena prisa por salir de este cuadro ramplón y amanerado en que les había colocado su generación. También Ignacio Alvear, a pesar de su buena voluntad, siente el gusano molesto de los respetos humanos ante sus compañeros que sonríen desdeñosos a su capuchón y tea encendida de las procesiones de Semana Santa.

Fué necesario pasar por la sangre y el fuego para que los católicos españoles comprendiesen lo que significaba llevar este nombre. Era una fuente de alegría y paz en sus vidas, sí, pero también un gran peso de responsabilidad delante de Dios y de la sociedad.

NOTAS AL CAPÍTULO X

Novela consultada del autor: *Los cipreses creen en Dios*, Publicaciones Helios, Méjico, 1955.

(1) JOSÉ LUIS ARANGUREN: *¿Por qué no hay novela católica en España?* "Cuadernos Hispanoamericanos", núm. 62, Madrid, febrero 1955.

(2) FERNANDO GUILLERMO CASTRO: *Situación actual de la novela española*, "Indice", núm. 62, Madrid, abril 1953.

CAPITULO XI

Carmen Laforet (1921)

En 1944 fue un acontecimiento literario sensacional la aparición de *Nada* en una España en la que todavía resonaban las repercusiones de dos guerras. La autora pasó a ocupar el primer plano de la actualidad en las letras al ganar el primer premio "Nadal" y su prestigio se ha ido consolidando según publicaba nuevas novelas, sobre todo *La mujer nueva* que le valió el premio "Menorca" en el año 1955.

Nació en Barcelona en 1921, pero vivió en Canarias desde los dos años hasta los 18, en que de nuevo se trasladó a Barcelona para estudiar la carrera de Filosofía y Letras que siguió durante tres años y le dio oportunidad de saturarse del ambiente universitario que luego iba a verter en sus novelas. Pasó después a Madrid, donde contrajo matrimonio y vive en la actualidad, compartiendo sus labores del hogar con las tareas literarias.

* * *

Carmen Laforet sigue el realismo tradicional de nuestra novela, pero se aleja, en lo posible, de una objetividad impasible de los ojos de la máquina fotográfica, para buscar una subjetividad que haga girar a su alrededor las criaturas, las acciones, reacciones e imágenes. Todo ello va a estar en función de la protagonista. Junto con un realismo intenso y absoluto hay en *Nada, La mujer nueva* y *La isla y los demonios* calor vital, por tener tales obras carácter autobiográfico en parte. *Nada* refleja su vida de estudiante en Barcelona; *La isla y los demonios,* su infancia y adolescencia en Canarias; *La mujer nueva,* su vuelta a Dios.

Bien lejos de idealismos románticos la casa de la calle de Aribau, con sus malos olores, su suciedad y polvo acumulado en los rincones, aunque la mente juvenil de Andrea, la protagonista

de *Nada,* quisiera ver allí la "buhardilla de un palacio abandonado". Sus moradores le hacen comprender pronto que no son seres encantados, en todo caso, tal vez embrujados. La sensación de locura y de amoralidad no puede enrarecer más el ambiente hasta ser algo turbador y morboso: "¡Cuántos días inútiles! — piensa Andrea —, días llenos de historias, demasiadas historias turbias, historias incompletas, apenas iniciadas e hinchadas como una vieja madera a la intemperie. Historias demasiado oscuras para mí. Su olor, que era el podrido olor de mi casa, me causaba cierta náusea...".

Hay quien ve influencias de la Concha Espina, de *La niña Luzmela.* Juan Luis Alborg la compara con *Cumbres borrascosas,* de Emily Bronte, por esa tendencia al clima de "suspense" y de misterio con que se aderezan algunas escenas; por esa afición a las sicologías desorbitadas y caracteres enfermizos y turbios.

Toda la novela destila tristeza, pesimismo, desencanto: hijos que aborrecen a sus padres, hermanos que se odian, vidas que se mueven a impulsos anormales; desencantos, bajas pasiones... Hay momentos en que la protagonista llega a creerse también a punto del histerismo; llora desesperada y le parece ahogarse en la tristeza y la abulia.

Apenas encontramos un oasis donde descansar la vista y refrescarnos de tanta sequedad; quizá los ojos mansos y bondadosos de la abuela, una viejecita también medio loca de tanto sufrir y callar, o la amistad que une a Ena con Andrea, la misma sinceridad y juventud de ésta... se pierden entre tanta cosa oscura.

Barcelona está vista por la escritora bajo la tristeza de la postguerra. Se ha sufrido allí mucho, se adivinan sucesos horribles todavía frescos en las memorias, mucha hambre aún insatisfecha y la sensación de derrota que pesa sobre la ciudad.

Andrea siente su vida vacía, sin objeto: "Una vida sin importancia que le pesaba como una cuadrada piedra gris en el cerebro" (pág. 43), y a mí llegaban oleadas, primero ingenuos recuerdos, sueños, luchas, mi propio presente vacilante, y luego agudas alegrías, tristezas, luchas desesperación una inspección impotente de la vida y un anegarse en la nada" (pág. 41).

Un vacío se nota en todos el de la religión. Dos personas la representan o por lo menos tienen relación con ella en esta novela: la abuelita y Angustias. La primera porque se mueve en un mundo de recuerdos es una momia del pasado y con ella la religión toma este carácter de pergamino antiguo o del mundo de los sueños. Angustias la tía de Andrea que podría formar serie con las faná-

ticas de Galdós "Clarín" o Pérez de Ayala: una mujer sin entrañas seca y autoritaria. Sólo que aquí nadie culpa de ello a la religión. Más bien parece que los sufrimientos de la guerra han embotado el sentimiento o lo ha degenerado en la familia de la calle Aribau. Se ve en Angustias que la religión no le penetra, y no sabemos, como Gloria, por qué se va a hacer monja: "A Angustias no le da Dios ninguna calidad de comprensión y cuando reza en la iglesia no oye músicas del cielo, sino que mira a los lados para ver quién ha entrado en el templo con mangas cortas y sin medias... Yo creo que en el fondo el rezo le importa tan poco como a mí, que no sirvo para rezar..." (pág. 108).

La impresión que deja la novela es deprimente y amarga, la misma que siente Andrea al bajar por última vez las escaleras de la casa de sus parientes: "Recordaba la terrible esperanza, el anhelo de vida con que las había subido por vez primera. Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de Aribau no me llevaba nada..." (pág. 302).

Marta, protagonista de *La isla y los demonios*, es una adolescente que pudiera ser la misma Andrea antes de partir a la universidad de Barcelona. Lo mismo que ésta, se desenvuelve en un ambiente hostil, de incomprensiones, rodeada de personajes de baja categoría moral o próximos a la locura, aunque no llegan a ser tan demonios como los de *Nada*. Sólo Pina es peor que Gloria debido a sus neurastenias y celos furiosos. José Camino no es tan brutal como Juan, ni Matilde tan seca y repelente como la tía Angustias.

La pequeña sueña con salir de ese pequeño mundo, evadirse de los demonios de la isla. Es inquieta y soñadora, algo vagabunda, lo mismo que Andrea está enamorada de unos ideales que necesita realizar ideales imprecisos románticos vivir plenamente... Para ella la opresión es el origen de todas las maldades: "Un ser libre en el maravilloso mundo de Dios es bueno siempre" (pág. 127).

Es un estudio acabado de un alma adolescente. Su pandilla de amigas "aquellas muchachas con las que leía libros comía fruta y soñaba esos sueños tranquilos que se pueden tejer en voz alta" (pág. 177). Estaban unidas todas por el gusto común de la lectura, por la edad parecida, por la adoración común hacia los creadores de cualquier clase de arte. Tenían un código moral muy curioso, y en honor de ellas hay que decir que si era inflexible para ellas mismas, concedía gran tolerancia para las acciones de los otros, o mejor dicho, de las otras muchachas que no pertenecían a la pandilla,

porque a los hombres no sabían juzgarlos exactamente" (pág. 68).

Cuando tuvo aquel arranque tan inesperado como repentino de manifestarse como la verdadera dueña de la casa y por tanto responsable de la hospitalidad con sus huéspedes, provocada por la brutal descortesía de su hermano, nos sentimos, como ella, bajo el peso de una pesadilla, con la cara ardiendo por la bofetada, aplastada, pegada a la tierra "como cualquier insecto perdido entre la vegetación sobre el inmenso mundo" (pág. 74), absolutamente sola con Dios en una sociedad que paga sus gestos generosos con la indiferencia. Los elegidos de su corazón le habían rechazado. Entonces se da cuenta Marta de la soledad en que se mueve el hombre y aquello fue una revelación, un paso crucial en su vida de adolescente: "Esto es crecer, estoy creciendo", se dice (pág. 74).

Marta tiene buenos sentimientos y se avergüenza de haber sido algunas veces mezquina y envidiosa, pero tanto aquí como en *Nada* jamás afloran sentimientos religiosos o algún remedio sobrenatural que oponer a los demonios que le rodean, ninguna idea sana o pensamiento elevado ante ellos, sino algo confuso e inferior a lo que se debería esperar de una niña de su edad y perteneciente a un país católico.

El choque con la realidad desata la íntima tragedia de la muchacha; fue ante el cadáver de su madre, un ser al que se había acostumbrado a mirar indiferente, extraño a ella, desde que, siendo muy pequeña, perdió la razón. Ahora, como siempre, se siente fría e insensible delante de la difunta, y por ello se preocupa: "Dios mío, que no sea un monstruo, que yo pueda llorar por mi madre; yo, que lloro por cualquier cosa insignificante" (pág. 238).

Otras veces también se había sorprendido a sí misma tan impasible y sin corazón ante las tragedias que le rodeaban: una guerra atroz que anegaba España en sangre y lágrimas.

Carmen Laforet tiene un tacto especial para descubrir la sicología femenina de sus protagonistas. Para que Marta sintiese las cosas, éstas tenían que afectarle de cerca, sentir los sucesos vinculados a su vida, tenían que hacerse las ideas carne y sangre suya descendiendo de la abstracción de las palabras.

Cuando la llevaron por primera vez ante su madre loca, había llorado mucho pataleado gritando que aquélla no era su mamá. Ahora, le bastó con el recuerdo volver a verse pequeña, recibiendo las caricias y mimos de su madre, aquella hermosa joven en su plena salud, para que se reblandeciese su espíritu y brotasen las lágrimas siquiera un momento. La oración delante de su madre muerta

es la única que conocemos de sus labios y ningún otro pensamiento del más allá le sugiere la presencia de la muerte.

Al final, cuando siente que deja definitivamente la adolescencia porque ha descubierto cosas que le impiden volver a esa edad, quiere romper también con todos los recuerdos anteriores para desprenderse de ellos al mismo tiempo que aquella fase de su vida y escribe en el polvo de la isla que va a abandonar para siempre: "Los demonios están en todas partes del mundo. Se meten en el corazón de todos los hombres. Son las siete pasiones capitales". Pero aún no le parece esto bastante, lo borra: "los demonios no son sólo siete, son innumerables, no se pueden contar" (pág. 308).

Poco después CARMEN LAFORET iba a descubrir también esto: que no sólo existen corazones oscuros, ásperos y espinosos morada de los demonios, sino que los hay morada del Espíritu Santo y regados por las aguas sacramentales. Y nos lo quiere mostrar en "La mujer nueva". Hasta ahora sólo había vislumbrado la parte tenebrosa de la humanidad. No es esto lo más aunque suela ser la que más pronto se manifiesta.

Se ha discutido sobre si sería o no esta obra novela católica. Carlos Arce no la considera así; según él, es el simple relato de una mujer que halla la fe. Es que ahora al hablarse de novela católica suele venir a la mente como prototipo de ella, la de Bernanos, Greene, Merton o el mismo Chesterton. Sin embargo esto sería limitar mucho el campo de la literatura católica. ¿Por qué no va a ser novela católica aquella en que se plantee cualquier problema del catolicismo actual, de su ideología, con tal que se trate de un modo directo?: el campo íntimo del hogar, el trabajo, la sociedad, el mundo misterioso de lo sobrenatural, la gracia además del pecado, el heroísmo de la lucha entre el ángel bueno y el malo"... (1).

Parece que a CARMEN LAFORET le gusta hacernos narración de sus vivencias. Ya hemos dicho que esta obra, como las anteriores, contiene algo de su vida. Así nos lo confirma en *Mis mejores páginas*:

"El hecho humano que motivó la temática de esta novela fue mi propia conversión a la fe católica... Fe que podría suponerse que me era natural, pues fui bautizada al nacer, pero de la que jamás me volví a preocupar después de salir de la infancia, y cuyas prácticas — para mí enmohecidas y sin sentido — había dejado por completo".

"He huido en esta novela — precisamente por haberse motivado en una vivencia mía — de todo elemento autobiográfico, aparte de

la sensación repentina de la gracia. He creado un tipo de mujer, protagonista de mi libro, totalmente distinto de mi tipo humano, y lo he colocado en situaciones, ambientes y circunstancias de conversión y lucha espiritual, totalmente diferente a las mías" (2).

Precisamente lo único de interés que ocurre en esta obra y lo que sostiene el relato, es esta conversión: la llamada de Dios al alma y su respuesta.

El personaje femenino protagonista de la obra tiene parentesco con Andrea y con Marta, pero sin el candor de éstas. Una mujer independiente, sensible, algo exótica, indiferente en materia religiosa, incapaz de adaptarse al medio social que le rodea en un pueblecito de León. Este corazón insatisfecho busca fuera del hogar apagar la sed de cariño que la devora y cae en el adulterio. Pero en un viaje que hace a Madrid, en el camino, siente un acercamiento de Dios a su alma, una inundación de luz que le hace emprender su regeneración espiritual pasando por diversas fases espirituales, nuevas caídas, lucha, gozo, tinieblas, hasta encontrar el puesto que le ha señalado Dios, junto a su marido.

Es interesante, en la primera parte de la obra, el estudio que se hace de la adolescencia y juventud de Paulina, la protagonista. Se había propuesto como lema de su vida la sinceridad, y sobre todo le hace apartarse de la religión de sus padres, la repugnancia que siente ante la conducta doble de su padre, amigo de curas, muy metido en la iglesia y organizador de procesiones y luego, un desastre en su vida privada: blasfemo, libertino, atormentador de su pobre esposa. Esta era una mujer amargada, tristona, que pasaba la vida en la iglesia descuidando su casa. A Paulina le iban quedando estas vivencias de la religión, "como algo de color oscuro, olor sucio, a carnes enfermas y blancas cubiertas de ropas espesas que las privan del beneficio del sol" (pág. 53).

"Cuando Paulina se hizo mayor y dejó de ir creyendo aquellas cosas que de pequeña le contaban los mayores... Cuando fue quedando vacía de todo, empezó a aborrecer a los curas que aconsejaban a su madre resignación y daban grandes palmadas en el hombro de su padre y comían arroz los domingos en su casa, después de la Misa mayor, servido por Leonela... Los curas que hablaban como de la peste de los ganaderos Nives, de aquel matrimonio Nives que estaba ejemplarmente avenido...".

La familia Nives, que era izquierdista y anticlerical, culta y elegante, llegó a ser el prototipo de familia feliz para Paulina.

Así, Paulina, se propuso ser la antítesis de sus padres; ni lloricona, asustadiza y ñoña como su madre; ni, sobre todo, una hipócrita como su padre. Había llegado a decir a Víctor, su novio: "Tengo que ser consecuente conmigo misma. Odio la hipocresía. La he respirado demasiado en el aire de mi casa. Odio la suciedad en las acciones. Si quieres que me vaya contigo, mañana mismo me voy contigo a tu casa. Pero así, a la luz del día, con mi atadillo de ropa debajo del brazo... Nada de trampas legales, ni un papel firmado... Pero tampoco tapujos" (pág. 41).

También hay que tener en cuenta la época en que se desarrolla la juventud de Paulina. Eran los años de la República y el ambiente de las universidades era hostil a la religión y benévolo para con cualquier libertinaje.

Estaba muy extendida la idea de que la Iglesia era la "excusa de todos los males de la patria, de todos los gamberrismos de los hombres, a los que, según le parecía, no exigía nunca nada: "Para Paulina era algo viejo, corrompido, malo, contra lo cual su juventud quería luchar" (pág. 57).

Pasaron algunos años, se casó civilmente en medio de la guerra en Barcelona, y dejó de sentir aquella exaltación anticlerical; pero su vida está dominada por las mismas ideas ajenas a toda religión.

Sin embargo un día cayó en la cuenta que, después de aborrecer tanto la falsedad y las costumbres viciosas de su padre, había venido a caer en las mismas faltas: "Soy igual que mi padre", pensaba con horror y vergüenza. Había fracasado en el ideal de orgullosa rectitud que se había forjado. También ella andábase escondiendo y engañando a su alrededor para poder seguir con sus pasiones.

Esta segunda parte de la novela contiene el núcleo principal del argumento: el proceso sicológico por el que lleva a darse cuenta de modo evidente de la presencia de Dios.

Avergonzada por las anteriores reflexiones, quiso huir de todo lo que le recuerda su humillación y emprende el camino a Madrid. Contempla el paisaje a través de las ventanillas del tren y empieza a descubrir bellezas en las que antes no había caído en cuenta, comienza a ver nuevas cosas o de modo distinto: el dolor de los seres humanos, sus deseos en busca del amor. Los hombres pueden impedir el paso del amor hacia otros hermanos, pero también hay seres que son vivos canales por el que el amor corre y fructifica. Estos son los que cumplen enteramente su misión en la vida.

Y se van enlazando unas ideas con otras y se va apercibiendo que algo extraño, algo que nunca le ha sucedido a ella, algo hecho paz y serenidad, va invadiendo y tomando posesión de su espíritu... "El amor es algo más allá de una pequeña pasión o de una grande, es más... Es lo que traspasa esta pasión, lo que queda en el alma de bueno, si algo queda, cuando el deseo, el dolor, el ansia, han pasado... El amor se parece a la armonía del mundo, tan serena... El amor es más que esa armonía; es lo que lo sostiene... El amor es Dios — supo Paulina —".

"De repente sintió como una llamarada de felicidad... Mucho más que eso: Lo que sentía no cabe en la estrecha palabra felicidad: gozo" (pág. 107).

"Por primera vez en su vida, Paulina supo lo que era el gozo. Algo sin nombre le había ocurrido, le estaba ocurriendo fuera de toda la experiencia de cosas humanas que le hubieran sucedido en su vida...".

"Como si un ángel la hubiera agarrado por los cabellos y la hubiera arrebatado hasta el límite de sus horizontes pequeños de siempre, y hubiese abierto aquellos horizontes, desgarrándolos y enseñándole un abismo, una dimensión de luz que jamás hubiera sospechado... La dimensión de la vida que no se encierra en el tiempo ni en el espacio y que es la dorada, la arrebatada, la asombrosa, inmensa dimensión del gozo. El porqué del universo. La gloria de Dios...".

"¡Dios mío... Dios mío!"

"Por primera vez sus palabras no eran una costumbre mecánica, sino algo lleno de reverencia y significado."

"Para unos, la mejor parte de la novela, literariamente hablando, es ésta, al lado de la cual queda como desvaída la primera. Y dan esta razón: que es algo vivido intensamente, en cambio la primera parte es algo imaginado, y que luego desmerece y decae el nivel antes alcanzado.

Algunos coinciden en que lo repentino de la transformación de Paulina, puede causar extrañeza, pues no ven una suficiente justificación sicológica.

A los que tenemos fe en los efectos de la gracia, no nos puede parecer esto algo irreal, además de que nos lo confirman tantas historias de conversiones de todas las épocas. ¿Qué le impide a Dios obrar cosas maravillosas en el interior de las almas? Y precisamente es propio de la gracia esas irrupciones repentinas y al pare-

cer injustificadas, incluso cuando se podría esperar lo contrario precisamente.

Pero conociendo como conocemos los acontecimientos anteriores a este hecho, no es difícil dar una explicación del proceso sicológico de la protagonista:

En Villa de Robre llevaba una temporada conviviendo con personas de índole religiosa muy distinta de las que ella estaba acostumbrada a tratar. De este modo, se le habían mostrado facetas de la Iglesia católica nuevas que le habían impresionado: Católicos que vivían su fe además de profesarla con palabras. Había visto la virtud, el sacrificio junto con mucha paz y alegría, esa paz y esa alegría por las que ella tanto suspiraba y no había logrado alcanzar. Y todo eso estaba patente entre los amigos de Dios:

"Blanca es una mujer exquisitamente buena... No es una beata del tipo de mi madre. Nada le escandaliza, todo lo mira con unos ojos puros, limpios, una siente que no quiere herir esos ojos... Siempre he creído ser una mujer agradecida. Pero a ella, ¿cómo le he pagado?... Yo que he hablado tanto de la gente corrompida y sucia, que oculta sus miserias bajo el manto de la religión, yo me encontré ocultando las mías debajo de otra cosa: de mi mirada franca, de mis modales atrevidos de siempre" (pág. 88).

Iban sintiendo hondamente el sabor de su vileza, más que por la ilegitimidad de sus amores con Antonio, porque éste era el yerno de Blanca, por haber ido a ser una segunda edición de su padre, por sus hipocresías. Adivinaba que Blanca se había dado cuenta de sus pasos, pero sólo salían siempre de sus labios palabras de bondad, de caridad cristiana y de deseo de hacer algo por ella, pues también adivinaba sus sufrimientos: "Si vieras, Paulina — le había dicho — cuánto me gustaría que Dios te iluminase... Si vieras qué distinto sería para ti el sufrimiento si tuvieses el refugio de Dios... (página 91).

También se había enterado entonces que muchas almas estaban rogando por ella, sobre todo las Carmelitas. Estas almas dedicaban su vida a eso, a rogar y sacrificarse por los pecadores. Y el Padre José, que había dejado su brillante porvenir, su carrera, para meterse en un pueblo abandonado, ya de sacerdote, y ayudar a las almas...

Paulina confiesa que todo eso le estaba afectando mucho, tanto que se quiso ir del pueblo para emprender nueva vida, era un gran sacrificio para ella porque dejaba allí lo que más quería.

Mientras tanto, Blanca se quedaba la noche entera orando ante el sagrario de su casa pidiendo al Señor luz para aquella desgraciada.

Visto todo esto, ya no parece tanto un recurso "deus ex machina" esa conversión, tiene sus antecedentes explicables cuanto podemos los hombres explicarnos las intervenciones de Dios.

La última parte de la novela es la más floja. Parece que se prolonga demasiado el final con episodios de relleno, como las aventuras de Julián y Amalia por ejemplo. Parece que lo más espontáneo hubiera sido que volviese con su marido de una vez, sin tanto dar vueltas en otras soluciones. Si, como nos dice, se pasaba aquellos días devorando libros de religión, ¿cómo no se había enterado que, en caso de no encontrarse con facilidad un sacerdote, como era su caso en la zona roja, bastaba la mutua entrega de los dos como marido y mujer, ante testigos, para que delante de Dios ya estuviesen casados?

La protagonista se hace mil proyectos de perfección, incluso piensa ingresar en un convento de Carmelitas y parece que, quizá inconscientemente, cierra los ojos a la única solución conveniente.

Sólo ante su hijo comienza a comprender que deberá quedarse a su lado porque éste la necesita, y también a su padre. Estaría el niño una temporada con cada uno. Pero aquella solución no la deja tranquila. "Había algo en sus propios razonamientos que le hacía daño, que no encajaba, que era como una dolorosa piedra incrustada en su carne. Había algo falso en todo aquello, pero no adivinaba qué era lo que pudiese ser esa falsedad" (pág. 264).

Y tiene que ser Dios el que dé un nuevo aldabonazo a su alma. Fué presenciando en la iglesia el matrimonio de dos viejos ante sus propios hijos como testigos. Recibían el sacramento del amor, una unión indisoluble, estos dos seres humanos. Eran libres y por el deseo de una unión de por vida, se otorgan el sacramento matrimonial. El sacerdote es sólo un testigo que bendice"... "A Paulina le pareció sentir el olor a hierba recién cortada. Vió de nuevo los serios ojos azules de Eulogio sobre los suyos: "Para siempre, Paulina... En la riqueza, en la pobreza, en la felicidad, en el dolor"... Ella también se había dado así. No como una aventura, sino para toda la vida... Ella era la mujer de Eulogio, ya que los dos, siendo libres, se habían dado uno a otro, limpiamente y para toda la vida" (pág. 286).

Ese era su camino de perfección, seguir a su esposo y consagrarse a su hogar y a los suyos.

Hay mucho fondo en esta novela de CARMEN LAFORET y mucha trascendencia. Ya no se presenta un solo ángulo de la realidad, el más oscuro, como en sus primeras novelas, sino que se nos muestra ésta en todas sus perfectivas. Ha habido una vuelta, una rectificación en la ideología de la novelista que le da, sobre la riqueza de su estilo, lo indispensable para una obra de madurez. Ya puede confiar en sí misma, pues posee la paz de andar en espíritu y en verdad. Esa paz de Cristo "que supera todo sentido" (pág. 291).

Notas al capítulo XI

Novelas consultadas de la autora: *Nada,* edic. II, Ed. Destino, Barcelona, 1955; *La isla y los demonios,* 3.ª ed., Edit. Destino, Barcelona, 1954; *La mujer nueva,* 4.ª ed., Ed. Destino, Barcelona, 1957 .

(1) Hornedo, Rafael María de: *La novela católica española en 1956;* en "Razón y Fe", Madrid, septiembre-octubre, 1957.

(2) Laforet, Carmen: *Mis mejores páginas,* Madrid, 1956, p. 298.

Conclusiones

La evolución filosófica y la religión

Pasado el positivismo y el racionalismo de casi todo el siglo xix, trasciende a la novela a fines de siglo y principios del xx la preocupación por los valores existenciales. El yo íntimo de la personalidad, su espíritu vital, se halla oculto por la tiranía de la razón. Para volver a encontrarlo hay que ir a lo espontáneo, y colocar la pasión y el sentimiento en el lugar preeminente que ocupaba la razón.

En realidad viene a ser otro camino para un mismo ideal: Llegar a ser el hombre independiente de Dios.

La Iglesia con sus dogmas está dentro de lo que se quiere desterrar: también sus normas cohiben los impulsos sinceros del yo.

Pero esta alegre salida hacia la libertad, se convierte en angustia, tedio y pesimismo de la vida. Pesa demasiado el escepticismo en una mente hecha para la verdad absoluta. Y cuanto más libre quiere ser el hombre abandonándose a sus instintos primarios, más sujeto se encuentra hasta llegar a afirmar la maldad radical de la naturaleza humana negando el libre albedrío.

Los que buscando lo más íntimo de la personalidad se encontraron con un alma ansiosa de universalidad y de espiritualidad, debieron ir de nuevo a lo religioso para encontrar plenamente esos valores.

La cultura religiosa

En general se puede decir que las dudas y problemas que se plantean estos novelistas, lo mismo que las soluciones con que pretenden resolverlos, indican una gran indigencia en cultura religiosa católica, histórica y filosófica. Además que para poder dar un juicio completo sobre la vida religiosa del país hubiera sido necesario más experiencia propia de lo que constituye esta vida y estas costumbres.

Quitados los ataques y exabruptos contra la Iglesia y sus instituciones, no hay nada original en doctrina o en herejías.

Unamuno, el más versado en todas las ramas del saber, incluso

en religión, se ha comprobado que fueron pocas e insuficientes las obras católicas que consultó comparadas con las de carácter protestante o racionalistas.

Actitud crítica ante la Iglesia católica

La actitud crítica de fines de siglo se exacerba en torno a la la Iglesia católica, pero es demasiado apasionada: 1.° por el temperamento español vehemente y extremista, 2.° por la situación de España dividida en bandos rivales, 3.° por las tendencias filosóficas del momento, el anhelo de sinceridad.

Esta sinceridad consiste para ellos en dejar brotar, sin dique que las contenga, cuantas ideas salgan espontáneas de la mente o del corazón afectado por el último acontecimiento.

A pesar de todo, hay que reconocer que hubo verdadero deseo de resurgimiento de aquella España aletargada y caída en la rutina y cuya Iglesia veían ellos en una situación semejante a la del siglo XVI antes de la Reforma. Por eso pretendieron ser los nuevos protestantes en el sentido de reformadores.

Pero resultó una labor más bien demoledora por la crítica negativa que predomina que conduce a un nihilismo en Baroja, al individualismo antidogmático y antisolucionista de Unamuno o a vagas utopías en Ayala.

La Iglesia y los problemas de la vida moderna

El análisis pesimista de una España pobre en cultura, en economía y que acaba de perder sus últimas posesiones de ultramar, culpa a la Iglesia de haberse quedado estancada en fórmulas ultraterrenas que ya no sirven para las necesidades prácticas de la nación.

Olvidaban que una visión de la vida bajo luz de eternidad genuina del espíritu español había hecho posible un don Quijote, la epopeya de América y una historia áurea de misiones.

La Iglesia tiene como fin primario la salvación de las almas, pero como esta salvación se halla vinculada tanto a ciertos derechos humanos, necesita intervenir también en el terreno social, aunque como fin secundario. Ya desde S. S. León XIII se colocó a la vanguardia de todos los problemas difíciles del siglo. Pero de nada sirve a la Iglesia jerárquica iniciar nuevas rutas si no sigue su paso la Iglesia civil que formamos todos.

Desgraciadamente en España, aunque se trabajó e hizo competencia al Estado en la cuestión obrera y agraria, en el aspecto edu-

cativo produjo la impresión general de ir algo rezagada respecto a los avances modernos.

Acusaciones a los católicos

Una acusación muy común que se hace a los católicos en estas novelas es la de fariseísmo, hipocresía e inautenticidad. O sea, falsa jerarquización de valores, empeño en ocultar una conducta reprobable bajo una apariencia de virtud, y divorcio entre la confesión que se profesa y la forma de vida.

Lo primero procede de falta de formación religiosa y moral. La hipocresía religiosa se da en todo pese en que se cotice alto la religión y sea algo tan impuesto en el orden social y familiar como el aire que se respira. Quizás en Rusia haya también hipocresía comunista. En España se ve muy mal a quien no practica su religión y todavía es un escándalo social lo que es escándalo; y si uno cae, se le pide que, por lo menos, no exponga al sol sus deformidades. Es difícil mantenerse en sus justos límites y el que quiere disimular su pecado puede que vaya al otro extremo de querer aparentar un alto grado de virtud.

Acusaciones al clero

Se refleja en estas obras la idea de un clero bastante ignorante, comodón, amigo y contemporizador de los ricos.

Donde haya hombres siempre tendrá que haber humanadas, y la Iglesia, aunque institución divina, participa de las cualidades de toda institución humana. Apartarse de ella por razones históricas o sociales, además de ser manifestación de ignorancia, es una injusticia, pues todo eso no son más que accidentes de la periferia.

Sin embargo, siempre han sido más numerosos los episodios edificantes que los escandalosos; pero eso no le conviene ver al que va con mala intención, pues si ha de ser consecuente, ya que lo malo le alejó de la Iglesia, reconocer lo bueno significaría colocarse en primera línea del catolicismo.

A pesar de todo hay un fondo religioso

En todos estos escritores se trasluce el fondo religioso que, como dice Angel del Río, lleva más o menos soterrado todo español. Este es un problema que a nadie deja indiferente: unos tratarán de él para atacarlo, como Galdós, otros para defenderlo, como Alarcón.

o para hacer a los demás partícipes de las propias cavilaciones, como Unamuno. Tal vez se hayan apartado de la religión oficial jerárquica y de autoridad, pero entonces se habrán creado una propia para su uso particular antes que afiliarse a una nueva confesión ya establecida. Así la religión mística y agónica propia de Unamuno, o el vago deísmo de Baroja asocia a músicas e incienso.

Evolución espiritual de la postguerra.

En las novelas de la postguerra se observa cambio de actitud en la manera de juzgar a la humanidad circundante en buenos y malos según pertenezcan o no a determinado grupo ideológico. Es señal del cansancio de discordia ya demasiado prolongado, y de que hay un esfuerzo por colocarse en el punto de vista del que está al otro lado para poder comprenderle y tener una visión más completa y por tanto más real de la realidad y de este modo resolver de modo duradero y fecundo los problemas de la nación.

También se advierte una nueva valoración de la religión católica que es mirada ahora como testimonio ante la sociedad. No hay que dejar todo el cuidado de su salvación en función de un clero mejor o peor, sino que esta responsabilidad recae también en todos los que formamos parte de la comunidad.

Gironella nos cuenta cómo los hombres por separarse del Amor acabaron odiándose entre sí y ocasionando una catástrofe que descuartizó a España.

Carmen Laforet en *La mujer nueva*, yo diría "mirada nueva", descubre la obra maravillosa de ese catolicismo oscuro, callado y silencioso, levadura de la sociedad.

A. M. C. J. G.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

a) Novelas básicas para la tesis:

Fernán Caballero: *La gaviota*, Ed. El Heraldo, Madrid, 1920.

Pedro Antonio de Alarcón: *El escándalo*, Ed. Sopena, Buenos Aires, 1940; *El niño de la bola*, Ed. Sopena, Buenos Aires, 1939.

Juan Valera: *Pepita Jiménez*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1930; *Juanita la Larga*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1929.

Benito Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, Aguilar, Madrid, 1949 (obras completas); *La familia de León Roch*, ibídem; *Gloria*, ibídem.

Miguel de Unamuno: *Abel Sánchez*, Aguilar, Madrid, 1951.

Pío Baroja: *Camino de perfección*, Bibl. Universitaria, Santiago de Chile, 1956.

Ramón Pérez de Ayala: *La pata de la raposa*, Colec. Austral, Buenos Aires, 1951.

Concha Espina: *El metal de los muertos*, Gil-Blas, Renacimiento, Madrid, 1920.

José María Gironella: *Los cipreses creen en Dios*, public. Helios, Méjico, 1955.

Carmen Laforet: *Nada*, 11.ª ed., Destino, Barcelona, 1955; *La isla y los demonios*, ibídem, 1954; *La mujer nueva*, ibídem, 1957.

b) Obras consultadas para la documentación:

Alborg, Juan Luis: *La hora actual de la novela española*, Ed. Taurus, Madrid, 1958.

Altamira, Rafael: *Manual de Historia de España*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1948.

Aunós Pérez, Eduardo: *Itinerario histórico de la España contemporánea*, Ed. Bosch, Barcelona, 1940.

Azpiazu, Joaquín: *Problemas sociales de actualidad*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1929.

Balmes, Jaime: *Escritos políticos*, tomos I y II, B. A. C., Madrid, 1950.

Baquero Goyanes, Mariano: *Problemas de la novela contemporánea*, Col. Crece o muere, Ateneo, Madrid, 1951.

Baroja, Pío: *Memorias*, Ed. Minotauro, Madrid, 1955.

Bruhl, Charles: *La reconstrucción social según el plan del Papa Pío XI*, Ed. Poblet, Buenos Aires, 1943.

Campos Giles, J.: *Vida del Excmo. y Rvdmo. Sr. don Manuel González*, Ed. Granito de Arena, Valencia, 1950.

Calvo Serer, Rafael: *España sin problemas*, Ed. Rialp, Madrid, 1949.

Comín Colomer, Eduardo: *Historia secreta de la segunda República*, t. II, Ed. Nos, Madrid, 1955.

Chabas, Juan: *Literatura española contemporánea*, Cultural, La Habana, 1952.

Díaz Plaja, Fernando: *La vida española en el siglo XIX*, Ed., Afrodisio Aguado, Madrid, 1952

Donoso Cortés, Juan: *Textos políticos*, Ed. Rialp, Madrid, 1954.

Gómez López, José: *Literatura española*, Ed. Teide, Barcelona, 5.ª ed., 1959.

GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO: *El genio de España*, Ed. Jerarquía, Barcelona, 1939.
HERRERA ORIA, ENRIQUE: *Historia de la educación española*, Ed. Ventas, Madrid, 1941.
LARRA, MARIANO JOSÉ DE: *Artículos de costumbres*, Col. Austral, Argentina, 1950.
LÓPEZ IBOR, JUAN JOSÉ: *Discurso a los universitarios españoles*, Ed. Rialp, Madrid, 1957.
LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *La generación del 98*, Aguilar, Madrid, 1946; *España como problema*, Aguilar, Madrid, 1956.
JUDERÍAS, JULIÁN: *La leyenda negra*, Ed. Araluce, Barcelona, 1917.
MAURA GAMAZO, GABRIEL: *Crítica del reinado de Alfonso XIII*, t. I, Ed. Montaner Simón, Barcelona, 1952.
MADARIAGA, SALVADOR: *España*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1950.
MAEZTU, RAMIRO DE: *Defensa de la Hispanidad*, Ed. Fax, Madrid, 1935; *Defensa del espíritu*, Ed. Rialp, Madrid, 1958.
MARAÑÓN, GREGORIO: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, Col. Austral, Buenos Aires, 1940.
MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO: *Historia de España*, Ed. Fax, Madrid, 1934; *Antología general*, B. A. C., Madrid, 1946.
MOELLER, CHARLES: *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Ed. Gredos, Madrid, tomos I, II, III: 1958; tomo IV: 1960.
NORA, EUGENIO DE: *La novela española contemporánea*, Ed. Gredos, Madrid, 1958.
PEÑALVER SIMÓ, PATRICIO: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Col. Mar adentro, 1953.
RAGUCCI, RODOLFO: *Letras Castellanas*, Ed. Apis, Rosario, 1939.
RÍO, ANGEL DEL: *El concepto contemporáneo de España*, Antología de ensayos, Ed. Losada, Buenos Aires, 1957.
SÁINZ DE ROBLES, CARLOS: *La novela en el siglo XX*, Ed. Pegaso, Madrid, 1957.
SCHOKEL, LUIS ALONSO: *Pedagogía de la comprensión*, Ed. Juan Flors, Barcelona, 1954.
UNAMUNO, MIGUEL DE: *Ensayos*, Aguilar, Madrid, 1951.
VALBUENA PRAT: *Literatura española*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1952.
VICENS VIVES, J.: *Historia Moderna*, t. II, Montaner Simón, Barcelona, 1952.
ZABALA Y LERA: *España bajo los Borbones*, 5.ª ed., Col. Labor, Barcelona, 1955.

c) REVISTAS:

"Razón y Fe", Revista hispanoamericana de cultura, Madrid, núms. 650, 654-655, 656-657, 700.
"Cuadernos Hispanoamericanos", Madrid, núm. 62 de 1955; 88 de 1957; 106 de 1958.
"Clavileño", Madrid, núm. 22 de 1953, y 29 de 1954.
"Indice de Arte y Letras", núms. 70-71 de 1954, y 62 de 1953.
"Bolívar", Bogotá, núm. 37 de 1955.
"SIPE", Madrid, núms. 653, 655, 656 de 1957.

INDICE